

2022-05-01

Las nubes

Jefferson Daniel De Los Rios Trujillo
The University of Texas at El Paso

Follow this and additional works at: https://scholarworks.utep.edu/open_etd



Part of the [English Language and Literature Commons](#), and the [Latin American Literature Commons](#)

Recommended Citation

De Los Rios Trujillo, Jefferson Daniel, "Las nubes" (2022). *Open Access Theses & Dissertations*. 3484.
https://scholarworks.utep.edu/open_etd/3484

This is brought to you for free and open access by ScholarWorks@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of ScholarWorks@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

LAS NUBES

JEFFERSON DANIEL DE LOS RÍOS TRUJILLO

Master's Program in Creative Writing

APPROVED:

José de Piérola, Ph.D., Chair

Sandra Garabano, Ph.D.

Daniel Chacón, M.F.A.

Stephen L. Crites, Jr., Ph.D.
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Jefferson Daniel de los Ríos Trujillo

2022

DEDICATION

A la memoria de Ana Elvira Regalado,
también a Deysi y a Santiago y a todas las familias que conforman mi familia

LAS NUBES

by

JEFFERSON DANIEL DE LOS RÍOS TRUJILLO, B.A.

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2022

ACKNOWLEDGEMENT

Las nubes no hubiese podido ser escrito sin la colaboración de José de Piérola, mi maestro, cuyos consejos y revisiones acompañaron la composición del libro de principio a fin. También debo agradecer a los profesores Sandra Garabano y Daniel Chacón, miembros de mi comité de lectores. Asimismo, fue importante el intercambio de opiniones que mantuve, entre talleres y correos electrónicos, con Alaíde Ventura, Yoshimar Maceda y Daniel Vifian. Finalmente, llegar a este punto no hubiese sido posible sin el apoyo incondicional de todos y cada uno de los miembros de las familias Tanta Trujillo y Alva Trujillo, en quienes siempre encontré ese fermento atesorado de casa que siempre buscamos los que parten.

TABLE OF CONTENTS

| | |
|---|--------|
| ACKNOWLEDGEMENT..... | v |
| TABLE OF CONTENTS..... | vi |
| INTRODUCTION..... | vii |
| ALGUNAS PALABRAS SOBRE EL TIEMPO Y ALGUNAS OTRAS MÁS SOBRE EL ESPACIO..... | vii |
| LOS MOTIVOS DE <i>LAS NUBES</i> | xv |
| OTRAS NUBES..... | xx |
| MIDADÁ..... | xxiv |
| BAJO <i>LAS NUBES</i> | xxix |
| REFERENCES..... | xxxiii |
| LAS NUBES..... | 1 |
| UNA COMEDIA ENSIMISMADA..... | 2 |
| LAS NUBES..... | 18 |
| VITA..... | 138 |

INTRODUCTION

ALGUNAS PALABRAS SOBRE EL TIEMPO Y ALGUNAS OTRAS MÁS SOBRE EL ESPACIO

Pongamos que el marginal vive en el tiempo desde otro tiempo. Ello implicaría que empezar por la duración, por la certidumbre de que se existe por encima de las promesas de una vida de ensueño es empezar por el final de un recorrido, por la vergüenza del melancólico que se ha reconocido en un retrato y ha decidido incluir una acuarela de sí mismo en los pasajes de su autobiografía. Esta visión no solo resultaría nostálgica, sino que, además y, sobre todo, ociosa. El marginal se ubica en el espacio desde otro espacio. Empezar por la duración es empezar, también, por el lugar.

Una explicación menos romántica y más palpable por intuitiva la ofrece San Agustín en el libro XI de sus *Confesiones*, se trata del famoso capítulo XIV. En él dice:

¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé. Lo que sí digo sin vacilación es que sé que si nada pasase no habría tiempo pasado; y si nada sucediese, no habría tiempo futuro; y si nada existiese, no habría tiempo presente (XI, XIV, 17).

Lo que Agustín parece sugerir es que solo se puede hablar del tiempo en relación con el espacio; es decir, atándolo a hechos que tuvieron, tienen o tendrán *lugar* en el *tiempo*. Lo curioso es que al final del fragmento, Agustín utiliza el subjuntivo, es decir, la hipótesis, la conjetura, el atributo fundamental de la ficción. Toda narración, incluso la histórica, se apoya en el supuesto. Borges en su *Nueva refutación del tiempo* utiliza dos ejemplos extraídos de la historia para mostrar las inclemencias del tiempo. Se trata del desenlace de la batalla de Junín y de la diatriba que De

Quincey publicó contra *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, obra de Goethe, ambos hechos acaecidos “a principios de agosto de 1824” (Borges 212). Borges afirma que la contemporaneidad de ambos sucesos radica exclusivamente en su literalidad. Más importante aún, se empapa de idealismo al sugerir que desde cierto punto de vista cualquier otro es supuesto o que, en otras palabras, el tiempo, fuera del yo, es poco más que un chantaje. La diferencia con el planteamiento agustiniano es importante, ya que el santo filósofo da por sentada la existencia del yo y de lo otro (la creatura) como elemento fundamental para la aprehensión del tiempo.

¿Qué demuestran estas reflexiones separadas por 1554 años de historia? Solo bajo los postulados del creacionismo puede entenderse la noción agustiniana del tiempo, del mismo modo en que se hacen necesarias las consecuencias del idealismo para dar sentido a la lógica del universo borgiano. En ambos casos, se trata más de una defensa que de una demostración. Salta a la vista, con ello, la dimensión social del tiempo, de su creación, y de las subjetividades que se destinan a tal empresa.

Esta dimensión social del concepto físico-filosófico del espacio-tiempo es interpolado por el crítico literario ruso Mijaíl Bajtín en su ensayo *Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela*. Con fines diferenciadores, Bajtín traduce tiempo-espacio como *cronotopo*, su traducción literal en griego, haciendo de este un concepto referido a las relaciones de este tipo en la literatura (237). En una explicación un poco más amplia dice:

En el cronotopo artístico literario tiene lugar la unión de los elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto. El tiempo se condensa aquí, se comprime, se convierte en visible desde el punto de vista artístico; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los elementos de tiempo se revelan en el espacio, y

el espacio es entendido y medido a través del tiempo. La intersección de las series y uniones de esos elementos constituye la característica del cronotopo artístico (237-38).

Para Bajtín el *cronotopo* es la suma de todos los elementos que caen en las categorías de espacio y tiempo y que moldean la forma y la realidad de la narración ayudando, en ello, a la configuración del género, por ejemplo, la novela de aventuras y de la prueba, distinta a la novela de aventuras costumbristas. Con esto, lo que definirá a cada género novelístico será el modo en que, a través de la narración se percibe el tiempo y el espacio en que los personajes se desenvuelven. En la novela de aventuras y de la prueba el tiempo parece nacer con la presentación del héroe y la heroína y luego se estanca hasta el desenlace, mientras que el espacio suele ser el pretexto de la aventura en que se pone a prueba a los personajes (estos se mueven por varias geografías) y sirve de pretexto para que los héroes realicen digresiones extensas e ingeniosas. Con esto en mente, si se toman en cuenta las relaciones particulares del espacio y el tiempo en *Las nubes*, puede establecerse una especie de *cronotopo cuir*.

En su estudio sobre esta realidad, Judith Halberstam especula sobre la importancia de la construcción temporal para entender el mundo en el que las marginalidades transitan. Amparándose en el intercambio social al que impone la postmodernidad, propone:

“Queer time” is a term for those specific models of temporality that emerge within postmodernism once one leaves the temporal frames of bourgeois reproduction and family, longevity, risk/safety, and inheritance (6).

En otras palabras, una determinada noción del tiempo está destinada a moldear su realidad. Para esta autora, lo fundamental en su arquitectura es la comunidad que hace uso de ella. Así, el tiempo no es más que la suma de sus prioridades. Con ello, sus dimensiones —que implican

pasado, presente y futuro— se reducen a sus expectativas: tiempo para formar un matrimonio, para la infancia, para acumular riqueza y para heredar (Halbertam 5). El que se enfatice en el aspecto social de esta división tiene como finalidad mostrar que la elaboración del tiempo entraña la persecución de su institucionalidad. Y es en este punto que la discusión de la duración se encuentra con la del espacio:

“Queer space” refers to the place-making practices within postmodernism in which queer people engage and it also describes the new understandings of space enabled by the production of queer counterpublics (6).

Bajo esta perspectiva, toda aquella utilización del espacio que no se ajuste a los fines para los que este ha sido reservado y construido no solo resulta marginal, sino que además, y fundamentalmente, excluyente. Al tiempo fundado bajo el concepto de infancia le corresponde un espacio (guarderías, escuelas); y lo mismo ocurre para otras etapas como la vejez (asilos) y la adultez (hogares, oficinas, fábricas). El sujeto marginal es atemporal y no posee un espacio de desarrollo, es aquel al que nadie se aproxima para preguntarle nada, al que nadie se espera encontrar en ningún sitio. En la Oceanía orwelliana, el viejo *prole* que reclamaba *pintas* de cerveza apenas puede recordar haber existido antes de la Revolución y, en todo caso, nadie, ni siquiera él mismo, parece tomar muy en serio sus palabras. Otro tanto sucede en *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, en aquella Campaña contra el Pasado cuyo objetivo fue marginalizar, privar de espacio y tiempo a toda la historia humana previa a la consolidación de la sociedad fordiana. En ambas novelas, además, la existencia es más bien modélica que experiencial. Lo mismo vale un Winston Smith que un Bernard Marx. Estos personajes constituyen fallas en el sistema que rápidamente serán corregidas mediante la asimilación, en el primer caso, o el aislamiento, en el segundo, lo que permitirá que sus realidades vuelvan a esa inmutabilidad pesadillesca.

En este horizonte de significación, el *cronotopo cuir* se caracteriza por el *aquí* y *ahora*. Se trata de una comunidad que ha sido expulsada de los lugares públicos tradicionales y se ve obligada a establecerse donde sea posible (cloacas convertidas en viviendas, un bar donde hubo una tienda de repuestos automovilísticos, un camerino en un antiguo depósito de herramientas). La cuestión del tiempo se presenta aún con mayor gravedad. Entre la muerte y el rechazo, al marginal solo le queda el *ahora*, lo que unido al *aquí* deja apenas dos posibilidades igual de monstruosas: la extrema transitoriedad y el estanco. Esto no impide que el marginal se relacione con las expectativas espacio-temporales tradicionales de la sociedad, pero sí implica que las percibe de forma distinta. Para él, la ruta de la vida está constantemente acechada por el desarraigo y la muerte (indigencia, viviendas precarias, homofobia, transfobia, crímenes sexuales, crímenes raciales, violencia conyugal, xenofobia). Es decir, no puede escapar a la construcción temporal hegemónica, pero tampoco ser parte de ella, por lo que ha quedado varado en una especie de limbo en el que existe bajo el acecho de lo cotidiano, que lo rechaza.

En esta narrativa, el personaje lucha por encontrar un espacio y prolongar su existencia en el mismo y, no solo eso, sino que también persigue hacerla significativa de algún modo. En la mayoría de los casos, no lo consigue y, cuando lo hace, vuelve a insertarse en la lógica de desarraigo comunitario. No hay final feliz. Entre el inicio y el desenlace de la trama, el héroe, o anti-héroe, vive entre su invisibilidad social y cierto afán de reconocimiento sub-cultural que, de lograrse, no dura demasiado¹. Las acciones de este tipo de narraciones encierran periodos muy breves de tiempo (el germen de una insurrección, la huida)². Por su parte, la geografía resulta relevante más allá del mero detalle. Se trata, si se quiere, de la forma material que adquiere el

¹ El Salvaje de Huxley, en principio, anhela conocer la Sociedad Fordiana, luego intenta escapar de ella y solo lo consigue mediante la muerte.

² La brevedad del estanco prolongado puede entenderse desde su monotonía.

tiempo. Los personajes deambulan de aquí para allá intentando evitar su entorno. En algunos casos es la geografía urbana quien persigue y asfixia al personaje, privándolo de intimidad, de espacio y tiempo para sí³. Los motivos de la trama son diversos, conseguir un lugar donde vivir, cambiar de sexo, ser aceptado por un grupo social, migrar satisfactoriamente, cierta fama o, simplemente, sobrevivir. Cuando el personaje logra su cometido, cae en un nuevo círculo de desarraigo, de marginalización (el transexual, el arribista, el extranjero, la víctima social, el sobreviviente, el artista extravagante).

Como ya se dijo, uno de los elementos medulares de la ficción se encuentra en ese carácter subjuntivo que se extiende del *si nihil praeteriret* al *si nihil adveniret* y termina en el *si nihil esset*. Lo importante de esto es que demuestra que la ficción, además, posee una dimensión fundacional. Como señala el teórico José Esteban Muñoz en su estudio sobre lo que él llama *desidentificación* y que se refiere a las formas alternativas en que las identidades se construyen:

With this posited, we begin to glimpse an understanding of fiction as a “technology of the self”. This self is a disidentificatory self whose relation to the social is not overdetermined by universalizing rhetoric of selfhood (20).

Lo hipotético de la ficción recorre todo el espectro temporal y sus consecuencias en el orden de las cosas. Sin embargo, esto no implica, por obvias razones, que la ficción se reduzca a la utopía. Todo lo contrario, la literatura utópica es más bien escasa. Cuando Esteban Muñoz habla de la ficción como tecnología desidentificadora del yo lo que intenta explicar es que en ningún otro lugar como en la ficción los sujetos (lectores) están dispuestos a aceptar otro estado de cosas. Ese contrato silencioso que se establece entre el lector y el texto posibilita tanto las proyecciones somáticas del invento de Rolland Poe en el XYZ de Clemente Palma como el extraño mundo que

³ Piénsese en las telepantallas de 1987 o en las gigantescas televisiones interactivas de Fahrenheit 451.

atestigua el paciente psiquiátrico Número 23 en *Kappa*, la sátira akutagawánea, y no solo como expresiones de una realidad mágico-mitológica, la una, o de un asombroso desarrollo científico, la otra, sino que, y sobre todo, como posibilidades de ser en el tiempo y en el espacio, y, desde su lógica interna, como certidumbres. Este razonamiento subyace incluso en la literatura más descabellada como la que narra que un potente chorro de agua llevó a Luciano de Samósata a la luna o esa otra que tira por los suelos los libros de historia y aborda como hechos reales la dominación nazi sobre el mundo (*El hombre en el castillo* de Philip K. Dick), la victoria napoleónica sobre Rusia (*La victoria de la “Grande Armée”* de Valéry Giscard d’Estaing) o la completa eliminación de la sociedad cristiana (*Roma eterna* de Robert Silverberg).

La decisión de utilizar las concepciones del tiempo y espacio cuir como las plantea Judith Halberstam no es caprichosa, se basa en el alcance del sujeto que la autora intenta establecer: “*queer*” refers to nonnormative logics and organizations of community, sexual identity, embodiment, and activity in space and time (6). El concepto cuir es extensible, así, a diversas marginalidades que coexisten dentro del discurso social hegemónico, que lo habitan abruptamente y forman parte de su historia más en términos benjamianos que marxistas, es decir, como irrupciones, apariciones al final de un pasadizo oscuro, leyendas urbanas, deformidades incomprendidas, *somas* redimensionados o anhelantes, discursos prohibidos, milagros, conceptos.

A diferencia de la ficción futurista que pone énfasis en los adelantos científicos, la distopía y la ucronía no lo hacen necesariamente o pueden incluso no resultar determinantes. Si bien la clonación es fundamental en la obra de Dick, no parece serlo tanto la propulsión atómica, en todo caso, es menos importante que el I-Ching o *La langosta se ha posado*, aquel apócrifo que hace de *El hombre en el castillo* un bucle ficcional; otro tanto sucede con ese anzuelo llamado *El libro* que termina por perder al personaje de *1984* y tiene un peso protagónico similar al del panóptico; por

su parte, en *Scintillant Orange*, la versión de William T. Vollmann de la historia de Sadrac, Mesac y Abed-Nego, la experimentación con la arcilla es abordada como un suceso de dimensiones revolucionarias, mientras que la existencia de walkmans y autos en la Asiria de Nabucodonosor casi como hechos anecdóticos. Lo determinante en todos estos universos es la división social.

Lo que todos estos géneros tienen en común es que muestran el enfrentamiento entre aparatos políticos terroríficamente sofisticados con cuerpos marginales que no encuentran lugar y duración, y, en esta medida, pertenecen a otros. Así, de cierta forma, el *cronotopo cuir* es distópico en tanto se trata de una forma de habitar la realidad bajo sistemas sociales, culturales, económicos y judiciales opresivos que son parte de la cotidianidad que establece dicho orden. Los sujetos al margen de esta institucionalidad no solo son atemporales, sino que, además, casi carecen de materialidad. Este es el universo de *Las nubes*, sujetos desarraigados que se desplazan en la frontera entre Macao y el Nuevo Ming sin aferrarse al espacio que habitan, siempre a la espera de poder cruzarla, aunque esto implique pasar a pertenecer a un nuevo grupo marginalizado; sujetos que viven promiscuamente en una realidad alternativa inserta en los márgenes de la realidad misma y para quienes un minuto vale lo mismo que una vida. Retomando la cosmovisión agustineana, se trata de entidades extrañas a la creación, personas a las que nadie jamás podría preguntarles por el tiempo, porque nadie sería capaz de estar frente a ellos el tiempo suficiente para formular dicha pregunta.

LOS MOTIVOS DE *LAS NUBES*

Las nubes surgió de la idea de una variación a la sátira homónima de Aristófanes. Pensé reemplazar el sofismo con el fanatismo religioso para explorar la violencia de tales contextos. Sin embargo, más pronto que tarde, la intensidad cambió por completo.

La historia familiar de cualquier peruano está atravesada por la migración de sus miembros y lo mismo con cualquier habitante de la mayoría de países de las regiones más vulnerables del orbe. Lo terrible es que aquello que la persona que decide migrar desea, aquella esperanza de un mejor futuro, puede terminar transformándose en una versión abominable del movimiento, una cuyo fin inesperado es el estanco, un estanco límbico que suprime los motivos del viaje. Siguiendo la tradición cristiana, el sujeto límbico es el espíritu del no bautizado, es decir, de aquel que no forma parte de una comunidad, del que no comulga. En el universo de *Las nubes*, el migrante vive en la frontera en un estado permanente de espera, sus emociones se ven casi suprimidas pues carece tanto de la desesperanza de quien se mantiene en el lugar odiado como de la alegría de quien ha cumplido con su cometido. Este limbo es, propiamente, el *cronotopo cuir*. Esa realidad que habita entre otras como escindida, donde los lugares no parecen significar nada y el tiempo no da señales de transcurrir. La moralidad también se ve casi suprimida. Los sujetos están dispuestos a hacer cualquier cosa para cruzar la frontera o sentirse próximos a ella de algún modo y a estos actos no los acompañan sentimientos de culpa: los padres pueden matar de hambre a sus hijos para acceder a los lugares reservados para las personas provenientes de aquel mundo al que ellos aspiran, inhalar un poco del perfume de aquel otro lugar que, en la imaginación, aún los espera. De no llegar nunca este día, el hambre bien habría valido la pena. Aganbem, previendo una comunidad futura, también

piensa en el limbo, ese lugar en que la carencia se vuelve alegría natural (11). Refiriéndose a la obra de Walser, dice:

Sus creaturas están irreparablemente extraviadas, pero en una región situada más allá de la perdición y de la salvación: su nulidad, de la que están orgullosos, es ante todo neutralidad respecto a la salvación, la objeción más radical que jamás se levantó contra la idea misma de la redención (11-12).

De esta forma, aunque carentes de orgullo, imaginé a quienes anhelan. Solo una posibilidad se me abrió paso. No podía abordar al migrante desde su meta, desde ese lugar deseado en el que, sin embargo, busca el pasado aquí y allá. Los relatos de Jhumpa Lahiri son ejemplos excepcionales de esto. Lo que yo buscaba, por mi parte, era la impotencia del maratonista que en los últimos metros de la carrera más importante de su vida tropieza y se ve privado del primer puesto: ningún espacio reflejaría esto mejor que la frontera. De cumplir con su objetivo, quizás el migrante quedase atrapado entre otras fronteras (el idioma, la cultura, las oportunidades laborales), pero la espera interminable en un espacio determinado carga sobre sus hombros el peso de lo físico. Claro que no todas las fronteras son igual de apetecibles. El sueño de una vida mejor perfuma con mayor intensidad solo algunas murallas. Macao, Ciudad Juárez, Kuznica, Edirne son algunas de las ciudades que adquieren significado gracias a su vecindad con China, Estados Unidos, Europa. Las fronteras del Nuevo Ming de *Las nubes* son las mismas de la China actual y entre ellas resalta Macao por sus buenas relaciones diplomáticas con el gobierno chino, caso contrario de Hong Kong, además del hecho de que las ciudades fronterizas ofrecen la posibilidad de la subsistencia de no lograrse el objetivo, algo imposible de pensar en las fronteras naturales. También quise hacer un guiño a la historia de la inmigración china. Cantón, Hong Kong y Macao fueron las ciudades

desde donde se embarcaron la mayor cantidad de chinos huyendo de la pobreza y la dictadura. Quise articular aquí un giro irónico en la historia.

En algún lugar que no recuerdo, Borges afirmaba que ambientaba sus ficciones en un pasado no tan próximo por dos razones: la primera, el lenguaje; la segunda, evitar a los censores de la verosimilitud. Decidí seguir el mismo proceso, pero con la proyección temporal dirigida hacia el futuro. Pienso que las realidades más límbicas en el sentido agambemiano son aquellas cuya proximidad con las grandes potencias mundiales hacen de ellas subjetividades condenadas al anhelo. Mi vida en la frontera Ciudad Juárez-El Paso no ha hecho más que agudizar esta convicción. La potencia mundial obvia era China, que decidí rebautizar con el nombre de Nuevo Ming, usando como referencia una de sus dinastías históricas, mientras que la frontera que me pareció que se adaptaría mejor a mis fines fue la que separa China de Macao, aquella pequeña isla del sur de la nación de la viuda Zishi que fuera colonia portuguesa por casi 500 años y que hoy en día compite con Las Vegas por el título de capital mundial del juego (*gambling*). Escoger esta ciudad plagada de calles con nombres portugueses me pareció ventajoso tanto por su condición de colonia como por su proximidad con el punto de llegada del famoso Galeón de Manila, ruta que conectaba América con Asia entre 1565 y 1815, y que utilicé para ayudarme a imprimirle veracidad al hecho de que individuos sudamericanos se encuentren estancados en una ciudad de Asia. Por su parte, colocar el tiempo de la narración en el futuro también me sirvió para fortalecer el contrato literario con el lector y hacer que este asumiera el habla de los futuros habitantes. Las torpes aproximaciones al cantonés que se formulan en la novela pueden caer bajo la etiqueta de “un cantonés futuro” y el pasado portugués, bastante irreal *de facto*, me dejaban un amplio margen de acción para poder juntar a personajes de realidades disímiles.

La elección de los personajes la realicé siguiendo las reflexiones que sobre el tiempo, el espacio y la identidad desarrollé en el apartado anterior: un peruano sin más habilidades que su prepotencia, su obsesión con las palabras y su gusto por el baile y el transformismo; un macaense nacido de padres extranjeros que se dedica a sanear escenas de crímenes; una antigua bailarina clásica filipina que se resiste a aceptar el fracaso de su carrera; una costurera brasileña venida a menos, atrapada en su condición de *wannabe*; y un joven bailarín local cuyo único objetivo parece ser el de enfrentarse al personaje-narrador haciendo de él mismo un remedo de aquel. A todos ellos, es decir, a Macao, se oponen los llamados *verdes* (ciudadanos del Nuevo Ming). A través de ellos intenté realizar un retrato de lo que Guy Debord llamó *La sociedad del espectáculo* y que Agamben resume magistralmente en *La comunidad que viene*:

El capitalismo en su forma última [...] se presenta como una inmensa acumulación de espectáculos, en la que todo lo que era directamente vivido se aleja en una representación. El espectáculo no coincide, sin embargo, simplemente con la esfera de las imágenes o con esto que hoy llamamos *media*: es una «relación social entre personas mediada por las imágenes», la expropiación y la alienación de la misma sociabilidad humana. O también, con una fórmula lapidaria: «el espectáculo es el capital en tal grado de acumulación que se convierte en imagen». Pero, por esto mismo, el espectáculo no es más que la pura forma de la separación: donde el mundo real se ha transformado en una imagen y las imágenes se han convertido en reales, la potencia práctica del hombre se separa de sí misma y se presenta como un mundo en sí (50).

Los personajes de *Las nubes*, son sujetos desarraigados, expropiados y alienados cuyo único objetivo es formar parte de ese espectáculo mayor que es el Nuevo Ming, aquella gran nación

exacerbada mediante una ingente propaganda nacional y que, para la mayoría de los habitantes de Macao, no es más que una frontera repleta de rascacielos cuyas verdaderas dimensiones son ocultadas por las nubes. Aquí lo real no son los sujetos como tales, sino en tanto participan de lo que ellos esperan de sí mismos como espectáculo del ser. Como afirma William T. Vollman, el pobre, el marginal, solo posee el espectáculo de su miseria para sobrevivir.

Los personajes llegan desde diversas partes del mundo a Macao y se hallan en una situación de desarraigo constante. No pertenecen a Macao, y entienden que, de lograr sus objetivos, tampoco pertenecerán al Nuevo Ming. El fenómeno migratorio es el pretexto para mostrar las condiciones a las que se adapta el individuo que agota sus energías esperando. La novela busca exhibir la despersonalización del sujeto migrante, sin olvidar su necesidad de vivir en sociedad, lo que hace que se escude en la espera o termine integrándose a ella, consciente de que su meta se hace cada vez más lejana. El retorno para estos individuos difícilmente es una posibilidad.

Con este proyecto, me planteo considerar el movimiento de las sociedades sin abusar de los lugares comunes de la ciencia ficción. La que busco es mostrar cómo la migración puede vaciar de sentido y obligar al individuo a aceptar condiciones de vida que se enfrentan a su personalidad. Además, abordo la cuestión del racismo de forma bidireccional (*verdes* contra el mundo) desde la perspectiva de la sociedad como espectáculo. De esto modo, si bien la vida de todos se reduce a su imagen, existen individuos destinados casi exclusivamente al entretenimiento del grupo social dominante.

Las nubes, ciertamente, es una novela sobre la vida en la frontera y la migración, pero también espero que, en su versión final, logre reflejar la tragedia, que puede resultar absurda, de una vida entregada a la persecución de un sueño, de la perpetua búsqueda de aquel lugar al que poder llamar *casa*.

OTRAS NUBES

Las nubes debe su existencia a otras entidades con las que, a su vez, dialoga. Entre las más importantes de ellas se encuentra *1984* de George Orwell. En esta novela, el Partido Único obliga a sus miembros a comunicarse en neolengua (*Newspeak*), que no es otra cosa que una versión simplificada del inglés y que tiene como objetivo limitar el pensamiento de quienes la hablan. Algo similar ocurre en *Las nubes* donde ya sea por mandato del Nuevo Ming o por beneficio personal, las personas que aspiran a ser parte de él se esfuerzan en el aprendizaje del cantonés, lengua hegemónica que modela la forma de pensar de sus hablantes. ¿No hay algo de esto en la primacía actual del inglés como lengua universal? En uno de los pasajes de *1984*, el filósofo Syme acusa a Winston de no apreciar la neolengua, de continuar pensando en la lengua antigua (51). Este es el reproche que Santiago parece arrojar sobre su entorno al resistirse a decir algo sin utilizar, aquí y allá, el cantonés. De lo que se trata es de reducir la experiencia humana al lenguaje, lo que es imposible. Esto se ve en los momentos en que Santiago no puede reproducir en cantonés lo que ha dicho en ese portuñol supuesto de la novela, momentos en los cuales una extensa fracción de diálogo se ve reducida a dos o tres palabras en cantonés. También en *Las nubes*, como en la novela de Orwel, el poliglotismo es sinónimo de marginalidad.

En la construcción de la atmósfera y de sus espacios, mis influencias más directas fueron el filme *In the mood for love* de Wong Kar Wai y la *Trilogía de los juegos del hambre* de Suzanne Collins. Del primero me fascinó el contraste estético entre personajes deliciosamente ataviados transitando en espacios mucho menos suntuosos. Presté especial atención en la forma de vestir de mis personajes para intentar lograr este efecto. Para lograr el contraste, me decidí referirme a la ciudad en términos un poco vagos, casi oníricos, de forma que la impresión que deje en el lector

sea la de que realmente Macao no importa y, así, a su decadencia sumarle su falta de significancia, pues Macao no es otra cosa que un puesto de espera al que nadie debe aferrarse mucho. *La Trilogía de los juegos del hambre* agudizó la idea de que el espacio del marginal no existe, pero, además, me mostró que aquellos que lo habitan están dispuestos a realizar cualquier sacrificio para formar parte de la elite, de ese *otro lado de la vida*.

Philip K. Dick también significó una fuente formidable de influencia. Tanto en *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* como en *El hombre en el castillo*, la fuerza del pasado como objeto de colección está presente. Traté de sugerir una idea similar mediante la popularidad de una forma futura del bolero y la popularidad de un parque de diversiones *retro*. En la novela también se sugiere la existencia de eventos sociales en los que lo *vintage* parece ser la norma.

La alusión a *La muralla China* de Kafka no puede ser más obvia. No se trata solo de la muralla, sino de lo absurdo de la empresa, o mejor, de lo caprichoso. ¿A qué sino obedece la obstinación en una arquitectura que parece no tener fin?

La idea del juego de los roles me llegó de dos fuentes aparentemente antagónicas. Por un lado, la belleza delicada del Kabuki, especialmente la pieza Sagi Musume interpretada por el *onnagata* Bando Tamasaburo, y, por el otro, el esplendor fatuo de los bailes *drag* como se muestran en *Paris is Burning*, documental dirigido por Jennie Livingston. Lo que ambos tienen en común, más allá de ser artes travestis, es que lo que se busca demostrar es una profunda interpretación del modelo. En efecto, estas puestas en escena van más allá del realismo y se acercan más a lo que ha venido a llamarse danza moderna. Esa forma de entender la vida de los otros y expresarla por encima de sus formalidades. Las actuaciones Kabuki y *drag* son expresionistas, no imitativas. Se guían por conceptos que los artistas intentan mostrar a sus espectadores. Mostrar, efectivamente, y no decir. Ni el *drag* ni el Kabuki son declarativos en sentido tradicional y es, siguiendo esta

concepción, que el personaje de *Las nubes* intenta desarrollar determinadas realidades, más que a los personajes en sí, una vez que se sube a una tarima. No se trata, pues, por ejemplo, solo de una bohemia hongkonesa, sino de la realidad que hace posible que una bohemia hongkonesa de características particulares exista.

El uso de un tipo popular de droga lo extraje de tres fuentes diferentes: *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, *Sábado* de Alexis Iparraguirre y *Congreso de futurología* de Stanislaw Lem. Para todos estos autores la droga va más allá de lo lúdico y significa una reconfiguración del mundo al que los individuos están dispuestos a arrojarse a pesar de sus consecuencias. En general, no se trata de lo que la droga genera en la mente y el cuerpo del consumidor, sino de su oferta como paliativo y, a excepción del relato *Sábado* de Iparraguirre, tampoco de la condición social de sus consumidores. En *Las nubes*, verdes, macaenses y extranjeros consumen grapa, una droga cuyos efectos no quedan claros. ¿No es justamente sobre eso de lo que va una droga?

Finalmente, para la construcción de la psicología tanto de mi personaje principal como de Preeda, su antagonista, recurrí a uno de los mayores nombres de la literatura japonesa. Se trata de Sei Shonagon, autora y personaje, y su exquisito *Libro de la almohada*. Traté de colocar en Preeda esa pedantería refinada y el amor por las formalidades de Shonagon, mientras que en el narrador, su amor por el pensamiento misceláneo acompañado de una reflexión profunda y, en algunos casos, excesiva. Preeda y el personaje narrador tienen en común sentirse personas especiales, pero no en el sentido en que un carro o una casa lo es, sino en uno ridículamente más sublime. Shonagon tenía a su favor el hecho de ser una cortesana, los personajes de *Las nubes* no poseen más que su estatus de marginales en constante lucha. Existe en ellos una especie de negación que los aliena y que, en alienarlos, los hace sentir especiales.

Bajo estas influencias directas se gestó *Las nubes*; las indirectas, estoy seguro de que las notará el lector con facilidad.

MI DADÁ

Cuando Aristóteles habló de la forma de una pieza trágica, se refería tanto a las partes cualitativas (argumento, caracteres, pensamiento, dicción, puesta en escena y canto) como a las cuantitativas (prólogo, episodio, éxodo y coros). Si algo ha demostrado la historia de la literatura a lo largo de todo su recorrido es que estos elementos no constituyen esencias en sí, o, dicho de otra manera, que la mano del escritor puede prescindir de cualquier elemento estructural con pretensiones universalistas siempre que no caiga en la ingenuidad de toda metódica: *existe un esquema capaz de soportar cualquier entramado literario; o su opuesto, no hay método posible para el discurso literario.*

Mi dadá no va más allá del “Si cada quién dice lo contrario es porque tienen razón” (Tzara 23)⁴; es decir, me ciño al modelo utilitarista de cualquier método literario⁵, a ese carácter creador y destructor por el cual el verso medido ocupa hoy en día el lugar que ocupaba el verso libre en época de Whitman y que, a su vez, hace que muchos poemas de John Donne o Baudelaire aún puedan ser tomados por escandalosos.

⁴ Traducción propia del portugués.

⁵ El anarquismo epistemológico de Feyerabend, su dadá, como método, también resulta bastante utilitarista: “Como el Dadaísta, al que se parece mucho más que al anarquista político, el anarquista epistemológico ‘no sólo no tiene ningún programa, (sino que está) contra todos los programas’ aunque a veces sea el más estrepitoso defensor del *status quo*, o de sus “componentes: ‘para ser un auténtico Dadaísta, se debe ser también un anti-Dadaísta’. Sus objetivos permanecen estables, o cambian a consecuencia de un argumento, o por cansancio, o por una experiencia de conversión, o para impresionar a una señora, etc. Dado algún objetivo, puede intentar alcanzarlo con la ayuda de grupos organizados o sólo; puede hacer uso de la razón, la emoción, el ridículo, de una ‘actitud de serio interés’ y de cualesquiera otros medios que hayan sido inventados por los humanos para conseguir lo mejor de sus camaradas. Su pasatiempo favorito consiste en confundir a los racionalistas inventando razones imperiosas para doctrinas irrazonables. No existe ningún punto de vista, por ‘absurdo’ e ‘inmoral’ que sea, que rehúse considerar o someter a su influencia, y no existe ningún método que considere indispensable. La única cosa a la que se opone positiva y absolutamente es a los criterios universales, a las leyes universales, a las ideas universales tales como Verdad’, ‘Razón’, ‘Justicia’, ‘Amor’, y al comportamiento que provocan, aunque no niega que a menudo es una buena política actuar como si existieran tales leyes (criterios, ideas), y como si él creyera en ellas.” (214-215).

En *Las nubes*, mediante rápidas pinceladas, quise retratar la vida de un recluso, el narrador-protagonista, condenado por asesinato que, después de más de una década de silencio, decide escribir un libro para dar a conocer su versión del asunto. Es a esta historia a la que el lector de *Las nubes* tendrá acceso. No se trata de meta-literatura por cuanto las intervenciones del autor-personaje, su presente, no forman parte de la obra. Se trata, si se quiere, de una novela dentro de una novela.

Mi primera dificultad se presentó en la voz narrativa. Decidí utilizar el pretérito de la primera persona, tanto en el discurso directo como en el indirecto, con la finalidad de mostrar al lector la insania de una mente reflexiva que no sabe lidiar con sus propias ambiciones. Para diferenciar los momentos narrados, ambos usando técnicas retrospectivas (básicamente *auto-narración consonante* en la estructura de Dorrit Cohn), intenté generar distintas voces del mismo sujeto, cada una de las cuales correspondería a distintos momentos de su vida. Así, está el recluso, el amargado cuyos días transcurren entre la queja y la nostalgia; está, por otro lado, su yo pasado más significativo, el bailarín exitoso al que nada, ni sus propias intenciones, parecen importarle mucho siempre que el entorno le recuerde, aunque de vez en cuando, su grandeza; pero además está su yo menos significativo, el artista que ha caído, sin saber muy bien cuándo y por qué, en decadencia. Por supuesto, también existe ese yo escritor que colecciona fragmentos periodísticos y enciclopédicos que es el yo que da forma, en última instancia, a todos los demás.

Como ya se mencionó, se trata de una especie de novela dentro de otra, pero esta novela, el resultado de años de aislamiento penal, su propia estructura, una que quizás la acerque a una de aquellas tantas cosas que queremos decir cuando decimos *vanguardista*. Los segmentos de esta segunda novela están divididos por retazos de un pasado que se superpone al tiempo en que transcurren los eventos de esta como un futuro. Entradas enciclopédicas, recortes periodísticos,

reflexiones anodinas y poemas del yo en reclusión buscan clavar los eventos en su contexto histórico.

Hay una tercera narración que se desliza en la pequeña novela del recluso. Se trata de una historia familiar que busca dar cuenta, a grandes rasgos, de los procesos migratorios de ciudadanos chinos hacia Latinoamérica, el Perú en específico, y de ese gran regreso que cada vez está más alejado de la ficción. Estos segmentos están escritos en el pretérito de la tercera persona y utiliza, como en el caso anterior, ambos, discurso directo e indirecto⁶. La finalidad de estas interrupciones a la línea temporal de la narración principal es mostrar, a través de un caso particular, la situación de ese mundo en que el Nuevo Ming domina sobre el orbe y alimenta los sueños de millones de personas que ven esta nación el lugar para una mejor vida. La novela, así, está transida por distintas épocas y circunstancias, todas las cuales buscan enfatizar el fenómeno de la migración local e internacional.

El uso y la destrucción de las formas literarias, sin abandonar los modos de la cognición humana, parecen sugerir que la forma es tan maleable como los usos de la lengua. Va de un lugar a otro en búsqueda de los elementos que mejor se ajusten a la obtención de sus fines, que son los fines del autor. Abandonar las convenciones formales (del tipo *Todo x es p* o *Siempre que x, entonces p*), no solo significa ampliar el horizonte de expresión literaria en tanto creación, sino también incidir en la libertad de lecturas que la trama posibilita y centrar el fenómeno de la literatura no en el signo lingüístico como en la relación significante que se establece cuando el lector entra en contacto con el texto. La literatura, en estos términos, puede entenderse como un ejercicio de traducción. La furia de Aquiles desencadenada por un Agamenón temeroso de las profecías del adivino Calcante, no fue un ejemplo de *in medias res* sino hasta la introducción de

⁶ El discurso indirecto libre se encuentra también presente en *Las nubes*, aunque en muy poca proporción.

este concepto por Horacio en el siglo I a. c. y esto, naturalmente, es decir demasiado si se toma en cuenta la capacidad de difusión de las ideas en aquella época. Con esto quiero decir que el uso de estas formas en el proceso real de escritura parece ser más bien intuitivo y reservado para un posterior análisis de la obra. Esto no quiere decir de ninguna manera que no debería ser esta una preocupación en el escritor. En todo caso, en *Las nubes*, lo que busqué en todo momento fue poner énfasis en las líneas temporales y en el lenguaje de los personajes.

En resumen, lo que he intentado mediante este libro, y sigo intentando, es mostrar la vida en desarraigo, he allí la importancia de los escenarios, pero también del lenguaje. Hablar de un tiempo y un espacio diferentes al nuestro o al de todo lector no es solo realizar una descripción detallada. La visibilidad de los personajes está en su lenguaje, pues este manifiesta su procedencia, su situación actual y sus aspiraciones. Me pareció obvio que el idioma de esta realidad debería ser el chino, pero debido a la mayor accesibilidad del mandarín, pensé en el cantonés para, de un golpe, atrapar al lector en la distopía futurista y disimular mi ignorancia del idioma sin tener que sacrificar la veracidad en el habla de los personajes. El uso del portugués me lo impuso, engañosamente, la ciudad; sin embargo, una vez que descubrí que el idioma de Pessoa jamás fue mayoritario en Macao, no desistí, pues no dejé de ver en el sesgo una oportunidad. ¿No resulta sencillo pensar en las ciudades fronterizas como en territorios políglotas? La realidad demuestra que este no siempre es el caso, pero la ilusión persiste. Este recurso me ayudó, además, a introducir personajes de distintas nacionalidades en un mismo contexto, lo que, a su vez, me facilitó conflictuarlos entre sí. No solo eso, también a establecer jerarquías en base a la nacionalidad. De este modo, introduje a los ciudadanos del Nuevo Ming (*los verdes*) en la cima de la escala social; detrás de ellos, están los locales, nacidos y crecidos en Macao y, finalmente, los extranjeros, que por compartir esta condición han perdido cualquier rasgo distintivo y han pasado a ser *extranjeros* a secas.

Mucho antes de haber leído a Thomas Kuhn, ya pensaba en la historia de las ideas como en la historia de sus emociones, aunque desde una perspectiva más poética. Leo a Ludwig Wittgenstein o a Gottlob Frege como a Angelus Silesius o a Sor Juana Inés de la Cruz. ¿No están estas cuatro voces intentando comprender, recrear si se quiere, al mundo desde sus pasiones? Lo que quiero decir es que la reflexión teórica multidisciplinaria también forma parte de la escritura como una herramienta estética más⁷. No creo que esto haga de mí un escritor menos tradicional o más vanguardista que un realista o un minimalista —y antes que nada uno *talentoso*—: siempre me inclino hacia lo que creo me resultará útil para lograr determinado efecto. Veo en esto una verdad que, aún hoy, algunos escritores se resisten a asimilar.

Volviendo al dadá, lo que creo haber hecho en *Las nubes* es decir y desdecirme y, en este intento, creo haber salido victorioso y derrotado.

⁷ Pienso, no sin nostalgia, en el Enrique Verástegui de *Angelus Novus* y *Monte de goce*, pero también en el Mark Z. Danielewski de *La casa de Hojas* y, por supuesto, en el Cortázar de *Rayuela*.

BAJO LAS NUBES

Trabajar en *Las nubes* constituyó para mí un gran desafío. Mi producción literaria hasta entonces estuvo enfocada en la poesía y el ensayo literario. Fueron mis clases en University of Texas at El Paso las que me motivaron a desarrollar este proyecto y salir, con ello, de mi zona de confort. Esta decisión me pareció lógica por cuanto en el programa constantemente se motiva a los escritores a explorar nuevas formas de escritura. Este fue, pues, mi primer desafío.

Mi problema con la prosa literaria es la prosa literaria misma. Cursé un bachillerato en filosofía en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Esta experiencia influyó en mi forma de pensar y de escribir. Tiendo casi naturalmente a la escritura lógico-explicativa, lo que es un defecto en cualquier proyecto literario si no se posee un genio abrazador. Así, las páginas del primer borrador resultaban densas, demasiado reflexivas. Párrafos y párrafos en que el autor competía por desvelar su propia inteligencia por encima de la del personaje. Lo primero que había que hacer, entonces, era sacarlo de *Las nubes*. Lo singular era que, aunque en otro nivel, el personaje de *Las nubes* era el autor de *Las nubes*. ¿Cómo podría, entonces, resolver esta aparente paradoja? Roland Barthes, en su célebre ensayo *La muerte del autor* aborda el problema:

El autor es un personaje moderno, producido indudablemente por nuestra sociedad, en la medida en que ésta al salir de la Edad Media y gracias al empirismo inglés, el racionalismo francés y la fe personal de la Reforma, descubre el prestigio del individuo o, dicho de manera más noble, de la «persona humana» (66).

Y más adelante:

Por el contrario, el escritor moderno nace a la vez que su texto; no está provisto en absoluto de un ser que preceda o exceda su escritura, no es en absoluto el sujeto cuyo predicado sería el libro; no existe otro tiempo que el de la enunciación, y todo texto está escrito aquí y ahora (68).

En otras palabras, el autor es su personaje y viceversa. Esto no quiere decir que el personaje sea efectivamente el autor. Barthes se refiere más bien a la percepción que del autor se tiene a través de sus obras. Forma parte de ellas con una intimidad y obligación de la que el escritor *pre-moderno* carecía. Con todo, me pareció encontrar en esto también una ventaja. Mediante esta asociación podría lograr que el recluso que escribe su libro adquiriera plena identificación con el bailarín de *Las nubes*, pues se trata de su yo pasado, de aquel de quién escribe y que no puede ser distinto de él mismo. Así, el reo que redacta *Las nubes* existe porque existe en y con su texto.

La gran dificultad que subyace a las reflexiones previas es, naturalmente, la creación del personaje, o mejor, de los personajes. ¿Cómo hacer que un autor relacionado tan esencialmente con su personaje admita al otro? Primero, aceptando que los otros son proyecciones del autor, personas pasadas por su particular forma de ver el mundo. Segundo, el lenguaje. El mayor problema aquí fue mostrar a través de los diálogos las diversas personalidades presentes en la novela. Me fue de mucha ayuda en esta tarea establecer la existencia de un idioma hegemónico, ese cantonés futuro que imaginé y con el que los personajes debían relacionarse de formas diversas. Está, en primer lugar, el bailarín obsesionado con las palabras, pero que se resiste a comunicarse en cantonés; con él coexiste el hombre que trabaja con cadáveres y que se halla en un perpetuo intento de llevar a sus interlocutores por el camino del idioma hegemónico; también está la profesora de ballet para quien el cantonés es una mera herramienta para conseguir sus fines y no quiere mostrar en su uso excesivo los rasgos de una personalidad alienante; finalmente, tenemos a

aquella costurera acostumbrada a complacer para la que el cantonés resulta irrelevante, pues le basta con hacerse entender. Los personajes secundarios se alinean cada cual más cerca o más lejos de esta relación sujeto-idioma.

El aspecto de mayor dificultad y en el que, creo, *Las nubes* encuentra su defecto más visible fue la construcción de la atmósfera. Puede pensarse que en una sociedad futura lo más obvio sería el desarrollo de la tecnología, pero la existencia real de países semif feudales y no desarrollados en la actualidad tira por los suelos tales ensoñaciones. Lo primero que hice fue dejar de lado esta tendencia de la novela futurista. Aquí y allá se sugieren tecnologías que podrían llamarse modernas, pero de ninguna manera poseen demasiado protagonismo. Las personas de este futuro Macao se desplazan bajo las condiciones de la marginalidad, es decir, viven como pueden. Esto no anula el problema, sino que coloca su énfasis en otro lugar. Se trataba, entonces, de lograr crear una atmósfera decadente y narcótica. Decadente por sus condiciones reales y narcótica por la ilusión que la cercanía de la gran potencia inculca en sus vecinos. Por ello decidí poner a los verdes en Macao y no, sino en contadas ocasiones y casi como siendo parte de un sueño, a los macaenses y extranjeros en el Nuevo Ming.

En mi breve vida en El Paso he escuchado decenas de historias sobre la libertad, y los excesos, con que los norteamericanos habitan Ciudad Juárez, pero jamás algo similar sobre la experiencia opuesta. El miedo de ser devueltos es omnipresente y acaricia las mejillas de todo el que forma parte de ese gran *otro lado*. La atmósfera que intenté recrear fue la de esta especie de anhelo decadente que atraviesa todos los rincones de una ciudad próxima a una gran nación del todo restrictiva. Este es, estoy seguro, el aspecto más flaco de *Las nubes*.

Finalmente, quiero decir que la escritura de esta novela representó en mi vida como escritor un viaje personal desafiante en extremo. Mi biografía familiar no está exenta de las experiencias

que aquí se abordan. Lo que intenté, por ello, fue retratar la vida de individuos en constante estado de espera, sujetos sin tiempo y espacio reales, sin algo a lo que poder llamar hogar, personajes atrapados en las desventuras del anhelo, imposibles de pensar siquiera en el arraigo toda vez que las nubes, esa gran obsesión distante, parece prometerles, cuando menos se lo esperen, la gran oportunidad de sus vidas.

Daniel de los Ríos

El Paso, 18-03-2022

REFERENCES

- Agamben, Giorgio. *La comunidad que viene*. Traducido por José L. Villacañas y Claudio La Rocca. Pre-Textos, 1996.
- Agustín, San. *Obras de San Agustín II. Las confesiones*. Biblioteca de autores cristianos, 1974.
- Aristóteles. *Investigación sobre los animales*. Traducido por Julio Pallí Bonet. Gredos, 1992.
- Bando V, Tamasaburo. *Sagi Musume. Materpieces of Kabuki Theater Series (Volume Nine)*. DVD. Marty Gross Film Productions Inc, s.f.
- Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje*. Más allá de la palabra y de la escritura. Paidós, 1994.
- Borges, Jorge Luis. *Otras inquisiciones*. Alianza Editorial, 1997.
- Cohn, Dorrit. *Transparent Minds. Narrative Modes for Presenting Consciousness in Fiction*. Princeton University Press, 1978.
- Dick, Philip K. (2019). *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* Minotauro, 2019.
- . *El hombre en el castillo*. Minotauro, 2016.
- Feyerabend, Paul. *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Traducido por Diego Ribes. Tecnos, 1986.
- Halberstam, Judith. *In a Queer Time and Place. Transgender Bodies, Subcultural Lives*. New York University Press, 2005.
- Iparraquirre, Alexis. *El inventario de las naves*. Estruendo mudo, 2010.
- Kafka, Franz. *La muralla china*. Barcelona. Alianza, 2015.
- Lem, Stanislaw. *Congreso de futurología*. Alianza, 2005.
- Livingson, Jennie. *Paris is burning*. DVD. Miramax Films, 1991.

Muñoz, José. *Disidentifications. Queer of color and the Performance of Politics*, Kindle ed., University of Minnesota Press, 2013.

Palma, Clemente. *XYZ (Novela Grotasca)*. PUCP, 2006.

Shonagon, Sei. *El libro de la almohada*. Selección y traducción de Jorge Luis Borges y María Kodawa. Alianza, 2004.

Vollmann, William T. *Historias del arcoíris*. Pálido fuego, 2013.

—. *Los pobres*. Random House Mondadori, 2011.

Tzara, Tristan. *Sete Manifestos Dada*. Tradução de José Miranda Justo. Hiena Editora, 1987.

LAS NUBES

UNA COMEDIA ENSIMISMADA

Una noche soñé que corría hacia la Gran Gran Muralla. Al llegar a ella, la escalé hundiendo manos y pies entre las grietas calizas. Ya en su tope, pude contemplar aquellas cumbres himalayitas de las que tuve noticias por primera vez al curiosear entre los tomos de mi vieja *Enciclopedia Estudiantil de la Geografía Universal* (Grupo Clasa, 2012). Detrás de ellas, me dije, oculta entre las nubes, debe habitar una respuesta. Y pude señalar las nubes y las montañas detrás de esas nubes y aún las nubes detrás de esas montañas.

Cuando desperté, los altavoces de la prisión aún no anunciaban el inicio de un nuevo día.

Llevo más de una década viviendo en una celda de 13 m². Una superficie interrumpida por una bandada de bloques de vidrio, a través de los cuales se escurre la luz del exterior, descansa sobre cuatro láminas de concreto pintadas de un blanco hipnótico que, a juego con la palidez del suelo, imprimen en el huésped la sensación de encontrarse atrapado en una paupérrima imitación del vacío; de dos de ellas se sostiene una pequeña tarima de argamasa sobre la cual se amontonan un colchón endeble, un cojín y unas cuantas mantas de un azul más parecido al del arándano que al del mar; frente a ella, un inodoro, un lavabo y un escritorio a duras penas dejan espacio para un pequeño sendero cuyo único propósito parece ser el de dificultar el tránsito de cualquier que pretenda darle la vuelta a la primera nadería que haya acudido al auxilio de su cordura.

Tres veces al día, los guardias deslizan una estudiada ración de alimentos y un vaso con agua a través de las ranuras que hacen de las puertas puertas. Ninguno de los que he conocido hasta ahora se ha privado alguna vez de intentar pactar una apuesta conmigo o con cualquier otro recluso. Cuando llega la hora, detienen sus pasos charolados frente al corte de la puerta, se agachan un poco y susurran algo así como: «Si adivinas el nombre de la fruta que se ha servido hoy,

te agrego una, si no, me quedo con las dos»; o bien: «¡Doble o nada! ¿En qué año se publicó el Sueño en el pabellón rojo?» Si el prisionero decide no correr el riesgo, le arrojan la bandeja de papel con una capa de saliva sobre el arroz blanco o las verduras y se alejan maldiciendo a los migrantes.

En cada una de estas rondas, los reclusos podemos solicitar el periódico del día, una revista o uno de los libros disponibles en la biblioteca de la correccional. La mañana en que me tiraron a esta celda decidí que el exterior ya no tenía nada que ofrecerme, por lo que cuando llega mi turno siempre reclamo una novela, un libro de versos o alguna de esas enciclopedias de historia reciente en las que los hechos han sido amañados de tal manera que parecen haber sido registrados por uno de esos profetas que esparcen su culto bajo los efectos del LSD. Una de las cosas más curiosas que pueden leerse entre estos tomos es que si bien los ilustrados Ming admiten los orígenes portugueses del bolero, aseguran que el tango fue inventado por el eunuco Hu Juzheng a finales del siglo XIV a pedido del emperador Hongwu, quien además de haber sido un líder sin precedentes, fue un gran aficionado a la música.

Por las tardes, después de haber castigado a mi olfato con el polvillo que se desprende de entre las páginas castañas, me entrego a lo que llamo *El bautismo de las cosas*, juego que consiste en renombrar el mundo como si me preparase para hacerle frente a la pérdida de memoria en solitario. El *pavimento* de ayer puede ser el *piso* de hoy o el *suelo* de mañana; el *cielo*, un *charco* formado con un poco de excremento y otro poco de orina; el *inodoro* es un *lavabo* para gente muy, muy pequeña cuyo inodoro es un *tazón de papel* y las *paredes* pierden consistencia ante mi voz y se endurecen y se ablandan para satisfacer mis devaneos; las *estrellas* se transforman en *ventanas* a través de las cuales es posible entrever otras vidas: planetas con un cielo azul de millones de años, ciudades sin más límites que la fatiga de quienes las habitan, animales que todavía no conocen la extinción.

Juego a los gritos, lo que molesta al vecino que en más de una ocasión me ha amenazado con quejarse ante los guardias. No lo ha hecho hasta el día de hoy,

aunque nada le hubiese costado. He interpretado ese gesto como un saludo de verdadera amistad, por lo que decidí darle un nombre, atraparlo en la dicción y hacer de él un cuerpo más cercano al mameluco azul que nos diferencia de los reos de otros bloques y más allá del coraje, un interlocutor juicioso, una entidad palpable que incluir con alegría entre mis pasatiempos.

—¡Oye! ¡Al de Junto! —gruñí una mañana en la que había despertado con esa urgencia de la frustración—. ¡No he podido aún con el primer capítulo! ¡Tendrás algo que decir, seguramente!

Nunca quise escribir una novela, pero he tenido que relatar una historia para restarle unos piojos a la locura.

—¡Está completamente loco! —rugió Al de Junto, seguro que irritado por haber perdido en su primera apuesta del día.

Así que hoy no habrá cereal para el vecino, pensé.

Quizá mi compañero tenga razón y mi cabello no sea otra cosa que un hervidero de piojos compitiendo por mi sangre. No me he visto en un espejo en años, por lo que nada me asegura que cada vez que llevo las manos a mi cabeza acaricio una melena cortada al ras en lugar de una colonia de parásitos del tamaño de granos de arroz.

—¡Quizá mañana no vuelvas a ser *Al de Junto*! —grité a mi único amigo mientras tendía una manta sobre el colchón, tratando de convencerme de que con esta amenaza también estrujaba las pústulas de su encierro.

Adivino en el nuevo operario de la iluminación los atributos de un corazón perseverante. Honesto como pocos, ejerce su oficio con esa escrupulosa profesionalidad de los primeros días. No se permite el descuido. Si alberga alguna duda, vuelve sobre su manual de comandos hasta dar con la combinación adecuada. Entonces contacta al encargado del perifoneo que reproduce un discurso pregrabado de tres minutos, después de los cuales, como lo exige el

protocolo, debe ponerse en marcha un espectáculo luminoso que intenta imitar el atardecer.

Por desgracia, el nuevo operario de la iluminación también ignora todo lo relativo al encierro. En su primera semana de servicio, hubo más tráfico de grapa (*dēng sū zhām*) que en toda la historia de la Correccional N^o 7 (*Chāt Lēng Yūú*). Nadie le advirtió que debía esperar a que los reclusos del Bloque Amarillo se dieran las buenas noches antes de apagarle las luces, tampoco que el contrabando en prisión es una empresa comunitaria, por lo que al desconfiar de los reclusos, debió también dudar de sus colegas. Quien trafica con algún remanente de la Resistencia Popular (*Mān Gāan Dái Zhái*) no solo arriesga su trayectoria y sus aspiraciones a la alcaldía, sino que también inclina peligrosamente su cabeza hacia la fachada del Nuevo Censurado Ming (*Sān Mēng Yū Sì*); quien lo hace con un antiguo funcionario acusado de malversar fondos públicos, por el contrario, puede que haya encontrado un atajo. La subsistencia de ambas cuadrillas va más allá del beneficio económico y encuentra sus razones en compromisos políticos bastante complejos.

Esto no lo entendió el nuevo operario de la iluminación.

De llegar al año, habrá nacido con suerte.

Una vez al mes debo acercarme al módulo de salud y firmar el formulario que certifica la recepción de un pequeño salvavidas de 90 mcg. Se trata de un tamborcillo metálico que deberé insertar en mi inhalador como el suicida que carga una escopeta para aplacar su pérdida de sentido. De poseer fortuna o valor político, podría negociar con el bibliotecario, pero, en sus propios términos: «Nada tiene para ofrecer una pasiva en perpetuo estado de negación». Así las cosas, para no enfrentarme al matorral de la escasez, por las mañanas intento desentenderme de mí mismo e ignorar mi natural inclinación al ahogo. A veces me basta con bautizar las cosas, ordenar mi celda o comentar con Al de Junto

algún recuerdo de los tiempos del Before. «Una vez le hablé de aquella noche en fue a verme el mismísimo Yuan Shi. ¿Y sabes qué? —le dije—. No es tan alto ni tan apuesto como parece en las proyecciones». Cuando nada de esto funciona, finjo que mi amigo no existe, regreso a la cama, me cubro con una manta y me hago un bulto, una criatura de fibras sintéticas cuyo único ojo recorre la pared de enfrente imaginando las sutiles variaciones de una danza que terminará en una flexión de rodillas y un gesto hermético.

[18:55 h]

El altavoz anuncia el cese de actividades.

[19:00 h]

La luz empieza a menguar.

[19:01 h]

Todo aquel que se precie de buen contrabandista desliza las manos por la hendidura de su puerta.

Cuando la luz ha palidecido lo suficiente como para despintar los bordes de los objetos que atiborran la celda, dormir no resulta más fácil. Un pastor dropka que haya perdido el rumbo y se encuentre solo en la montaña, sería incapaz de acariciar el sueño incluso en una noche sin luna, una de esas noches en que en ningún fuego ahuyentaría a la alimaña y valdría lo mismo intentar defender al rebaño que contemplar las estrellas. Algo similar me ocurre cuando las luces de mi celda están al 10 %. Sé que lo más sensato es alejarme del albuterol y esperar a que el aburrimiento golpee mis párpados, pero los minutos corren y mis ojos siguen abiertos como cortinas en primavera. Intento distraerme arrojándolos sobre el objeto más próximo que, sin importar si se trata del inodoro o el

escritorio, siempre termina siendo el más próximo al albuterol. No puedo permitirme una descarga cada vez que esto sucede, por lo que es común que pase largas horas despierto, esforzándome por conservar el poco oxígeno que se siento amontonarse en mis pulmones. En una ocasión, llegué a imaginar que la celda daba un giro inesperado y que las mantas, la almohada y el colchón se desplomaban sobre la pared de enfrente y lo cubrían todo menos el albuterol que centellaba junto a los bloques de vidrio mientras que yo luchaba por desprenderme de aquel cielo reciente que sujetaba mi cuerpo como una madre.

—¡Oye tú! —Me quejé con Al de Junto al despertar en medio de la noche—. ¡Por qué diablos nos obligan a dormir con las luces encendidas!

Al escuchar los ecos de mi propia voz, entendí que anhelaba algo más que una respuesta.

—¡Me gustaría soñar tus sueños! —Le confesé en un grito—. No debe haber espacio allí para algo remotamente parecido a un *zhou*. Ya sabes. Esos salones repletos de reliquias andantes en los que todo macaense se ha aburrido alguna vez en su vida. Una pasiva del Before me contó que sus padres le hacía vestir un traje con chaleco y leontina sin reloj. ¡Sin reloj! Eso me dijo. Su madre tenía que sujetar la cadena al interior del bolsillo con un alfiler. Una vez en la recepción, la sentaban en una mesa y la obligaban a poner cara de estar disfrutando la velada, mientras que ellos fingían no estar preocupados por que alguien se le acercase a hacerle una monería y preguntarle la hora.

Una luz turbia y cálida se filtró por el cielo raso e inundó la celda por completo. Me resigné a no dormir. Dejé mi cama y me arrastré hasta la hendidura de la puerta. El guardia de turno deslizaba una bolsita de grapa con la punta del zapato.

—Apuesto a que ahora mismo en tu cabeza —volví a mi cacareo—, toda esta palabrería que aprendí de mi madre te ha de sonar horrenda.

—¡Silencio! —Me interrumpió el custodio que, ahora en cuclillas, trataba con el recluso de enfrente.

—¿Te hablé alguna vez de mi madre? —Continué alzando un poco la voz—. Digamos que fue una mujer impetuosa. No solo vendía enciclopedias de puerta en puerta, sino que también las leía y me obligaba a leerlas. No es que haya sido una tortura, pero lo mío siempre fueron los diccionarios.

El guardia se puso de pie, dio unos pasos hasta la línea azul que rodea el pabellón e intentó asestarme un puntapié por la hendidura de la puerta. Para evitarlo, retrocedí con tanta fuerza que estrellé mi cabeza contra el lavabo. Cuando el retumbo del metal se atenuó, escuché a Al de Junto mofarse con un resuello intenso.

—¡Ya duérmete!, gritó y lo imaginé todo de largo contra la pared, con ambos puños bajo la quijada y los ojos apretados.

—Para mañana temprano —le dije—, un poco de buen humor no te vendría mal.

Volví a mi cama a rastras. Me coloqué boca arriba para dejar entrar la mayor cantidad posible de oxígeno a mis pulmones. Guardé silencio e intenté atrapar el sonido de los párpados de Al de Junto enfrentándose con rudeza. Quise contarle un poco de lo que había pensado que al día siguiente podría escribir.

—¡Tengo un par de ideas! —le grité.

Sabía que era imposible que Al de Junto estuviese dormido, pero también que mi compañero ya había tenido suficiente de mí por una noche

—¡Seguro no te interesa escucharlas! —Agregué—. ¡Me da lo mismo!

Al día siguiente podía intentar acercarme a él cuando nos sacasen al área de recreación después del almuerzo, aunque estaba seguro de que Al de Junto intentaría evitarme como lo había venido haciendo desde aquella vez en que, confiando en que mi amistad no le traería problemas, me senté a su lado.

—¿Cómo has dormido? —le pregunté.

—¡Lárgate, pasiva! —me respondió y se echó a correr hacia al otro extremo del solar mientras los demás reos se burlaban de mí.

Desde entonces cada vez que me topo con él solo me atrevo a hablarle si estoy seguro de que nadie más que los guardias nos observa, pero, incluso en

estos momentos, me limito a susurrarle una que otra cosa. Una vez le dije: «Sé que apostaste el almuerzo entero y lo perdiste... Te he guardado algo». Al de Junto recibió en silencio la manzana que le ofrecí, la escondió bajo la manga del mameluco azul y siguió de largo.

Cuando cerré los ojos, el guardia arrastraba una nueva dosis de grapa sobre el cemento pulido. El ruido me recordó a la época en que trabajé de archivador a tiempo parcial en la biblioteca de Patane. Al salir, me pasaba horas enteras mirando las nubes sentado en una de las bancas cercanas al puerto.

Abrí los ojos.

Motas de luz se desplomaban sobre los bloques transparentes del cielo raso, pequeñas pompas que se escabullían con excesiva cautela como tanteando entre la bruma para no despertar a nadie.

[21:30 h] → [21:31 h] → [22:00 h] → [23:59 h] → [Ó]

Mi madre fue una enciclopedista contumaz. Estaba convencida de que incluso los acontecimientos más paradójicos en la historia de la humanidad podían comprenderse husmeando entre las páginas de una enciclopedia.

—Los diccionarios son engañosos —me dijo un día con una voz ronca que no era la suya; luego apoyó sus ojos pequeñitos sobre mí, perdido, en ese momento, en la morfología de una palabra que muy bien pudiese haber sido *amover* o *cagaprisas*. Al notarlo, soltó una risita discreta, pero nada tímida. — Combina *humo* y *distancia* —agregó—. Ese humo gris que te imaginas puede que sea un ballenato o la resaca del fuego o una montaña. Estarías en aprietos. Yo, por mi parte, no tendría más que consultar *La Enciclopedia Estudiantil de la Geografía Universal* para zanjar el asunto.

Mi madre vendía enciclopedias de puerta en puerta y sus analogías eran siempre una bofetada de fino exceso.

—¿Quién escribe buena literatura con un diccionario? —Me preguntó en otra ocasión.

Nunca me atreví a sugerirle que las enciclopedias son objetos contruidos con palabras, interrumpidas por imágenes que pueden ser descritas con palabras, ni que las cafarenas y los pantalones afganos son lo peor que alguien se atrevería a vestir en una ceremonia de graduación, aunque esta fuera la de un grupo de jóvenes humanistas demasiado entusiasmados con la filología.

Mi madre murió en el verano del 62, un año antes que mi padre. Si he de creer en los testimonios de familiares y amigos, me heredó unos sillones en los que nadie hubiera podido recostarse sin poner en riesgo su salud y una habitación repleta de aquellas viejas enciclopedias que ella jamás logró vender.

Empezar por contraer los labios y exigir que se haga un poco de silencio, por favor, si no es molestia, por entregarse al juicio artístico, a esa lámina viscosa por la que un verde de los que se hacen retratar puede sentarse en un restaurante de Cotai, pedir una tacita de té de Makaibari y leer un poco de buena literatura.

—¿Cómo caíste en la novela experimental? —Me preguntó Diogo Almeida, el editor, un tipo pequeño y estiloso con ese acento agudo y proverbial de las pasivas del barrio bohemio de Sé—. Una novela se compone de párrafos y diálogos —agregó—. Si dependiera de mí, el *Ulises* de James Joyce —y dijo *de James Joyce* como antes *se compone de párrafos y diálogos*—, ese adefesio que ustedes leen porque es antiguo, no volvería a pasar por una imprenta.

Al terminar de decir esto, se puso de pie y empezó a rodear su escritorio de sándalo con tallas geométricas de estilo tradicional.

—No me malinterpretes —volvió sobre su discurso—. Si se pagara por ese tipo de relatos...

El sonido de su teléfono lo interrumpió.

—Debo contestar —me dijo después de observar su reloj de pulsera e, inmediatamente, el rostro de una muchacha que no debía pasar de los veinte años se proyectó sobre la parte interna de su antebrazo.

—Dame un segundo —le dijo y levantó su cara mal maquillada para dibujar una sonrisa parecida a la de uno de esos adictos a cualquier narcótico que deambulan por Nossa Senhora de Fátima tratando de ganarse esos tres o cuatro yenes que no le hacen falta a ningún turista.

Al abandonar esa horrible oficina de paredes moteadas con fotos y notas periodísticas ubicada en plena avenida Rodrigo Rodrigues, decidí enterrar para siempre las 500 páginas de la novela cuyo único párrafo me había tomado más de dos años de escritura.

Nada peor que la literatura fuera de forma, párrafos cargados con más ideas de las que una página puede soportar, líneas obstinadas en el cuaderno de un hombre perpetuamente trasnochado, un diario escrito en estilo académico, un compendio que registre los arrebatos de una inquietud poco ilustrada, páginas repletas de promesas, de incógnitas y compromisos forasteros. Quizás un breviario alcanzaría si los acontecimientos que me dispongo a narrar no girasen alrededor de uno más amplio y concluyente, uno de esos eventos extraordinarios que muchos ignoran y que se parecen a un ataque de rabia tras las cortinas de una larga noche de *¡mucha mierda!* seca y compactita. En ese formato, y con apenas una escritura enclenque, podría referirme tanto a mi viaje en barco por el Pacífico como a los restos de Preeda Saensuk, ese cadáver picoteado por una furia que nadie entiende y que me arrojó a la celda desde la que escribo, una pequeña caja de la Correccional N^o 7, lugar en donde se me trata como a la fruta hedionda, una materia en descomposición que es obligada, día tras día, a convivir con delincuentes, a encallecer sus manos con trabajo a penas pagado y a tolerar esa viscosa y maloliente medicina de amor al prójimo.

Con su muerte, Preeda no solo me privó del pequeño círculo social que hacía llevadero mi atasco macaense, también me arrebató la habilidad de agradecer, pero no gracias: un convicto debe aceptarlo todo.

Como en cualquier otra prisión, los reclusos de la Correccional N^o 7 tenemos habilitado un buzón de correo que obliga al remitente a utilizar un bolígrafo y un papel en una época en que difícilmente alguien se animaría a comprarlos para ocupar los dedos en dibujar algo que bien podría expresar con un símbolo. ¿Quién invertiría su tiempo y su energía en transcribirle a un ladrón de turistas, a un insurgente o a un asesino de migrantes el resumen semanal de sus emociones? Sin embargo, la población penitenciaria de la Correccional N^o 7 goza de una fluida correspondencia.

Cada lunes recibo, en un paquete atado con cuerdas de yute, las cartas de amigos y admiradores. Si bien no puedo rechazarlas, puedo sí prescindir de aquellas en cuya lectura adivine la prórroga de antiguos escarnios —las que consignen el sello de la familia Saensuk, por ejemplo. Las páginas bellas, esas que espero con apetito, se dividen entre las cartas que envían mis seguidores, las postales de Cheché y el papel fino con el que Leslie me sumerge en su melancolía elogiosa. Por fortuna, estas son las más comunes. Existe, además, un tercer grupo que recoge toda la caligrafía sobre la que nunca he logrado arrastrar la mirada y que se compone, *casi* exclusivamente, de las cartas que me envía Santiago. Y digo *casi exclusivamente* porque me niego a aceptar las ligerezas del olvido, porque me clavo al pasado, a aquel sentimiento de baratija que me embarga cada vez que el recuerdo me lleva al parque Sun Yat Sen, a los paseos por Largo do Senado y a esa mañana en que el aliento de Camila, ya macerado por el alcohol, acariciaba mi rostro *como* la lluvia. Y digo *como la lluvia* porque carezco del valor necesario para afrontar esa escritura supuesta, la tinta oscura que hiende una lámina olorosa, los garabatos de esa presunta Camila que me escribiera una

tarde al aire libre con el aroma dulce del Yang Zhi Gan Lu. Y digo *presunta* y digo *Camila* pues contemplar aquel papel sobre decenas de otros, acumulados en un rincón de mi celda, me arrulla y otorga paz a mi alma.

Algunas noches, antes de entregarme al sueño, estiro una mano hacia la repentina calidez del cielorraso, hago un puchero con los dedos índice y pulgar e imagino escribir el nombre de Camila Soares, el mismo nombre que jamás ocupará un lugar entre los miles de diccionarios, entre las miles de enciclopedias.

Camila Soares.

Yo también.

[19:00 h.]

El silencio de Al de Junto me ayudó a bocetar las primeras líneas de lo que, intuyo, será el siguiente fracaso de un novelista anónimo. Me sacó de este trance un recuerdo de Camila, de la boca de Camila, o más precisamente, de sus labios chocando y retirándose como aguas encontradas cada vez que me decía que era mejor no apostar o que intentáramos las dos cosas. *As dois coisas*, repetía y me amoldaba a su beso.

[19:01 h.]

Aunque un rojo cada tanto más intenso me impida verlas, sé que las nubes permanecen allí: torpes, estancadas y modestas en la altura. Camila era quizás la única persona en todo Macao (*Ou Muñ*) que hubiese podido llegar a la vejez sin entregarse una solo día a ese placer de contemplarlas. Una tarde, mientras nos dirigíamos hacia Nam Vam, me detuve en una de esas calles angostas atiborradas de comercios y le señalé una nube con forma de zapato que se deslizaba junto al Grand Lisboa como una premonición. «No veo nada», me dijo con algo de pena. «Mejor ya vámonos», agregó. Quiero llegar a los botes.

[19:30 h.]

—Te diré una cosa, Al de Junto.

La celda se tiñó con ese amarillo de los girasoles que han empezado a marchitarse.

—De haber sido yo

Mi voz se interrumpió al escuchar a Al de Junto gruñir bajo una estrella que vibraba al 55 % de su potencia.

—De haber sido yo, Al de Junto, esa tal Preeda Saensuk de la que te he hablado, bien se hubiera merecido cada-uno-de-los-diez-y-siete-cuchillazos que el médico forense anotó en su libretita.

Ingresaron a mi celda el entrevistador y un pequeño grupo de producción conformado por una camarógrafa, un técnico de sonido, un microfonista, una maquilladora y un director artístico que, además, hacía las veces de encargado de la iluminación. Colocaron dos sillas de tijera entre la pared posterior de la celda y la cámara para lograr que el encuadre exhibiera las condiciones de mi cautiverio. Cuando nos lo indicaron, el entrevistador y yo ocupamos nuestros lugares.

—¿Nervios? —Me preguntó.

—¿Frente a las cámaras? —Respondí.

Es vergonzoso mostrarse ante el público con el rostro mal maquillado. Los reflectores no hacen más que acentuar ese aspecto de paisaje invernal en retirada. Un poco antes de empezar con el rodaje, llamé a la maquilladora y le pedí un espejo. Su trabajo era notable, aunque deliberadamente había pasado por alto algunas pequeñas imperfecciones, probablemente, con la finalidad de ofrecer un espectáculo de mayor dramatismo.

—Necesito que afines más aquí —le dije señalando mis pómulos—. No voy a salir con la cara así. Parezco una pepa.

El director artístico la miró y le hizo un gesto aprobatorio. Ella ni se inmutó. Con una esponja, aplicó rubor sobre mis pómulos y mis mejillas, desde

el inicio de las orejas hasta los surcos de la boca. Luego golpeteó el área con una brocha de la marca *Gō móú gēi*, la misma que usaba Man en los camerinos del Before, hasta que se dio por satisfecha.

No le tomó ni diez minutos disimular las redondez de mi rostro.

—¿Ahora? —Me preguntó.

—¿Acaso no se nota? —Le dije, devolviéndole el trato y no le quedó más que asentir.

La luz blanca me recordó a la primera noche en que me subí a una tarima. El brillo se acumulaba entre mis párpados como arena.

—¿Entonces? —Me preguntó el entrevistador.

—Cuando quieras —le dije.

Para las 22:00 h de hoy, jueves 20 de enero del 78, la *Teledifusao de Macau* ya ha obtenido de mí todo lo que necesitaba. Tras el último corte, la producción empacó sus cosas, me dio las gracias y se marchó a una velocidad escandalosa incluso para el macaense promedio. El entrevistador agregó unas cuantas palabras celebrando la publicación de mi libro, se acomodó el saco e hizo lo propio.

Pedí que me dejaran el maquillaje, pero el alcaide solo accedió a que me quedara con el que ya traía puesto. Un guardia cerró la puerta de la celda y deslizó por su orificio mi tercera ración. No había en ella algo remotamente parecido a un líquido.

Me tumbé sobre la cama.

[10:30 h]

—¿Estás allí, Al de Junto?

La luz empezó a envejecer rápidamente.

El apartado *Circunstancias extraordinarias* indica que el nivel de las luces de la sección comprometida debe alinearse con las del resto del pabellón inmediatamente después de que el evento extraordinario ha concluido. Por tratarse de un acontecimiento de esta naturaleza, el encargado del perifoneo no está en la obligación de hacer un anuncio.

—¡Al de Junto! —Insistí.

Agudicé el oído, pero nada parecía respirar del otro lado.

He sabido de reclusos que fueron aislados sin haberlos tenido que sacar de sus celdas. Pobres diablos a los que la administración decidió privar de compañía de un día para otro.

Me resisto a creer que este sea el caso.

—¡Mañana estaré en señal abierta, Al de Junto! —Volví a insintir.

...

—¡Nada mal, eh!

[13:00 h] → [13:01 h] → [13:35 h] → [14:03 h] → [Ó]

El anterior es un ejemplo de cómo transcurre la vida en la correccional.

LAS NUBES

La Gran Gran Guerra fue el periodo bélico extendido entre mayo de 2046 y enero de 2047. En el conflicto se vieron involucradas la mayoría de las naciones de Occidente y Asia. Salvo puntuales discrepancias, a razón de incursiones guerrilleras, los historiadores coinciden en que los hostigamientos cesaron con la firma del tratado para la construcción de la Gran Gran Muralla que daba por sentada la supremacía económica y militar del Nuevo Ming. Luego de algunos escándalos gubernamentales, los líderes de los países implicados aceptaron los términos establecidos por la superpotencia, a excepción de Alexandr Nóvikov, presidente de la Federación Rusa, quien, aunque suscrito, se negó a separar a los pueblos eslavos y perder, con ello, influencia sobre Europa.

Enciclopedia Nuevo Testamento

Eran los días agitados del Renacimiento Ming, días de un desarrollo bullicioso en los que me entregué al libre ejercicio de repetir cada palabra impresa en mi tesoro del dialecto cantonés. Me gustaba perderme entre las multitudes que se atrincheraban frente a los edificios gubernamentales. ¡Abajo Jíxiáng!, gritaban. De tal jolgorio me despegaba el descubrimiento de un límite cualquiera, de una ficción de horizonte que podía tomar la forma de un callejón, una muralla, el enrejado de un parque o el final de una calle sin desvíos. Entonces abría el cuaderno estilo oriental que cargaba siempre conmigo y especulaba con dos o tres ideas. A veces, esta rareza de mi libertad destilaba apenas un par de palabras a cambio de lo que podía pasar por una jornada completa de trabajo. No *naves*, no *vuelos*, no *aves*, no *plumas* siquiera; en cambio *nubes* o solamente *nubes* o casi solamente *nubes*, además de *altura*, esa reliquia de Dios atrapada en el lenguaje. Con apenas eso facturaba material suficiente para escribir unas cuantas oraciones, encender un cigarrillo y entregarme a sus vaivenes. Cada vez que formaba una nueva a modo de paradigma, sentía el impulso de volver a ampliar mi léxico, capricho que tropezaba con el compromiso que adopté antes de llegar a Macao y por el que me obligaba a nombrar exclusivamente aquello capaz de ser señalado. La mayor parte del tiempo, bajaba un poco la mirada en busca de algo que me dictara una nueva combinación. Tomaba, por ejemplo, el principio y el final del cielo, lo que se conoce como *horizonte*, que fuera *orizón* alguna vez, y entonces *tín zhài*, y me esforzaba por hacerlo suficiente, por evitar que mi apetito me jugara una mala pasada y fuera incapaz de recordar aquellas palabras con las que tan placenteramente había jugado. A veces me entretenía alargando las vocales —hooooorizooooooooonte... *tiiiiiiin zhàààààài*...—, pero luego no hacía más que regresar al griterío, abrir los ojos, adherirme, dejarme arrastrar por esa multitud en fuga. Preeda siempre tuvo estas conductas por ridículamente juveniles. «¿Cómo es que lo hacías? —Me preguntaba—. ¡Ah sí! *Tiiiiiiiiiiin*

zhàààààààà!», y se reía hasta que la cara le quedaba como la piel de un mango maduro.

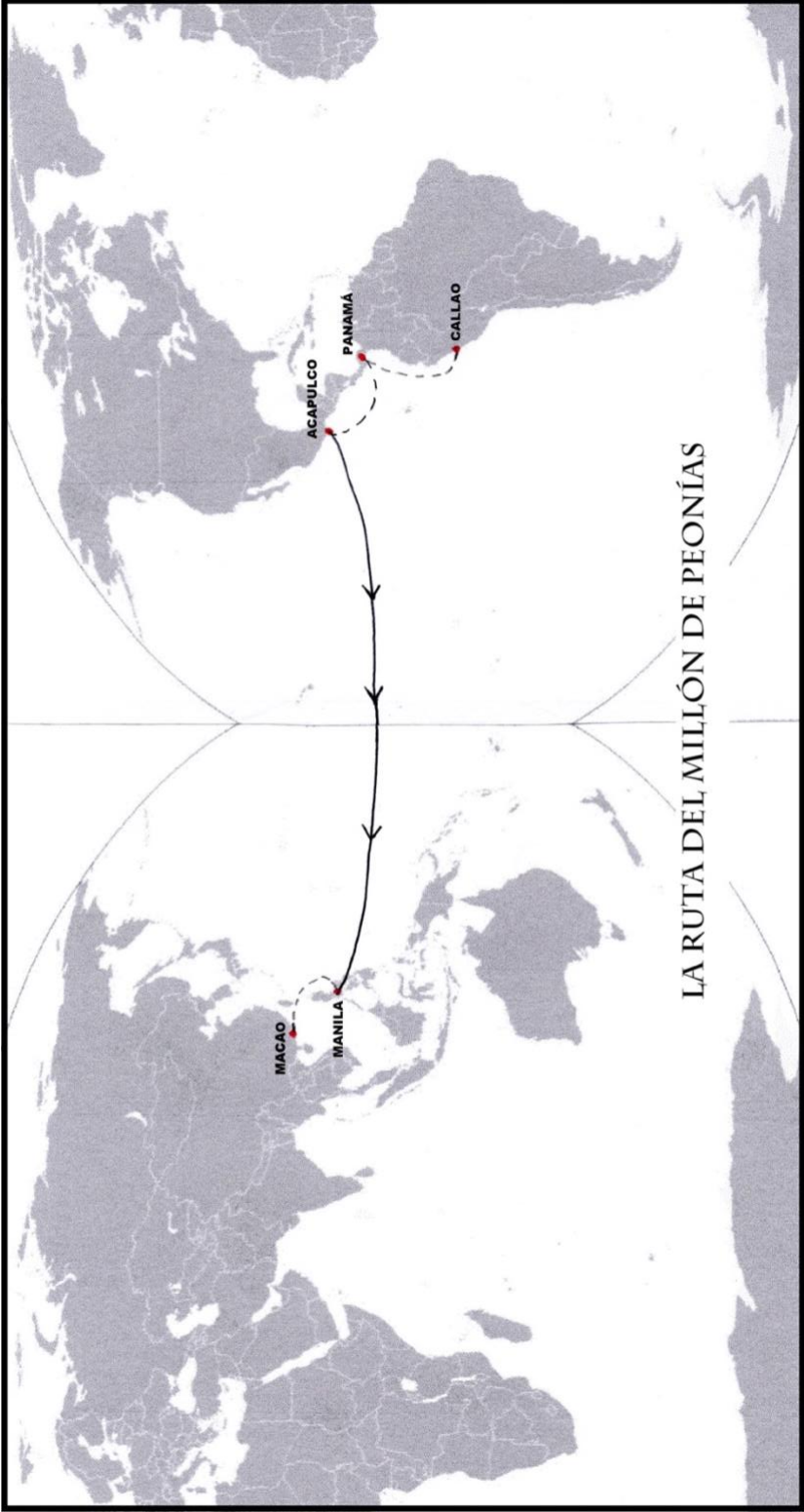
La costumbre más extendida de la época era una suerte de devoción a las nubes, esas piedras que oprimen a sus devotos hasta casi pulverizar sus osamentas. Con huesos más sólidos, pensaba, la sensación sería diferente. Un adormecimiento sutil detrás de las rodillas, un hormigueo en los brazos, un leve dolor en la nuca, nada de qué preocuparse. Me engañaba. Aquel peso era sermón de quienes observávamos luces a la distancia. Nada más alzar la mirada para notar los contrastes de nuestra existencia. Uno de los apéndices menos nocivos en el imperio de los rascacielos, un pedazo de tierra unida a él por dos vías difíciles de transitar sin una razón válida que ofrecer a la guardia fronteriza, sin un permiso de trabajo a solicitud de algún verde (*chong*) cualquiera con una cuota mínima de riqueza. No era lo mismo para ellos, naturalmente. Los verdes podían circular con libertad entre las dos naciones. Los pobladores de Macao se dividían entre aquellos que se enfocaban en los benefició de comerciar con verdes y aquellos que los despreciaban debido al excesivo celo que estos demostraban cada vez que llegaba el momento de plantearse la contratación de un extranjero.

Siempre que me detenía en medio de alguna calle, alzaba la cabeza como a la espera de un milagro, depositaba la mirada sobre alguna de las innumerables torres que habían ido incrustándose sobre el paisaje hasta ocultar el horizonte y buscaba los elevadores: largas cajas transparentes repletas de personas sumergidas en alguna conversación superflua. Mis ojos perseguían a estos cuerpos cristalinos hasta que las construcciones menores me los arrebataban y entonces debía saltar hacia otra torre cuya maquinaria estuviese en ascenso.

Me entregaba a esta rutina como cualquier otro en Macao desde que las relaciones con el Nuevo Ming (*Meng San*) se volvieran menos fraternas, pero,

aunque podía pasarme un buen tiempo persiguiendo a estos cofres como un galgo, lo mío era el suelo. Este era, ante mis ojos, lo que nos definía mejor, lo que mejor nos recibía, lo que con mayor claridad nos empujaba al goce, a la esperanza en que el espíritu se regocija con esmero. El pavimento nos ofrece la constancia de su rudeza. Nada como la sombra para vencer el miedo prehistórico de ser quien nos refleja, su brusquedad nos redime del gesto, de esa apatía infantil que es el remedo y nos orienta con una lastimosa cautela, una que después de habernos humillado, encuentra aún los medios para hacernos trastabillar de rabia. Mirar hacia abajo es también mirar hacia atrás, clavar los ojos en el pasado.

El día en que lo conocí, Santiago no mencionó una sola vez a su esposa, por el contrario, lo escuché sonreír, reclamar y hasta jadear sin miedo. Nada parecía preocuparlo demasiado. El Renacimiento Ming florecía frente a su muerte como la espuma del río.



En la década de 1950, mi tatarabuelo, de nombre Chen, recorrió las 9,941 millas náuticas que separan a Macao de Lima en un viaje en barco que le tomó poco más de cuatro meses. En su infancia, aprendió que detrás de la cabaña en la que vivía, en la prefectura de Foshán, se extendía un pequeño huerto en el que sus padres cosechaban manzanas, tomates y lichis. Para el niño, esta célula del mundo era suficiente. Cuando sentía sed o hambre, arrancaba los frutos más hinchados, sin diferenciar entre ambas maniobras, los masticaba y sorbía hasta quedar saciado; cuando el calor lo sofocaba, lograba escabullirse bajo la fronda y tendido sobre la tierra fresca, aprovechaba la sombra, agredida aquí y allá por esquirlas de luz, hasta que el sueño lo vencía; cuando el invierno se acercaba, torcía el ramaje y, entre el aroma a savia de la leña aún verde, se preparaba para el frío. Creía saberlo todo, pero un día sus padres le enseñaron que detrás del cerco de madera, más allá de la Constitución de 1954, serpenteaba el Río de las Perlas, cuyo caudal desembocaba el Mar del Sur. Solo el miedo parecía existir sobre las tablas mohosas del navío mercante en que el matrimonio embarcó a su pequeño a cambio de poco más que una promesa.

El Mar del Sur le enseñó al niño las limitaciones del deseo al cambiar su nombre por el de Mar de Filipinas, una seda que parecía no tener fin y desde donde le fue cada vez más difícil imaginar su huerto. Pronto ese espontáneo Mar de Filipinas acarició la isla de Luzón, que abraza a la Bahía de Manila, y que es el nombre con el que los insulares conocen al Mar de Filipinas. Detrás de esta bahía, se alza la ciudad de Manila, y con ella, naturalmente, el manileño, pero también el nilad, arbusto de tallo ramoso y largas hojas que parecen desplegarse en alabanza a su flor, blanca y agradable al olfato como lo pudo comprobar el tímido Chen en su primer desembarco. El comerciante que le vendió una guayabera de lino azul a quien sería mi tatarabuelo, le contó que detrás de Manila se extendían las montañas boscosas de las provincias de Rizal y Quezón, parajes de difícil acceso donde los últimos combatientes huks habían encontrado refugio.

La mañana en que mi padre recibió las maletas de viaje que mi abuelo receló en vida, hurgando entre ellas, encontré esa guayabera de lino azul que, protegida del tiempo por la naftalina, había llegado a formar parte del tesoro familiar. Bordado sobre el bolsillo izquierdo de su pechera, palidecía un sol de oro. Intrigado, abandoné la sala y me dirigí al pasillo que hacía de la suma de cinco agujeros una casa. Oteando de puerta en puerta, encontré a mi padre en la habitación de mi madre, la cabeza hundida sobre su regazo dejaba a la vista una docena de canas impetuosas que pugnaban entre su cabellera de color negro azabache.

—¿Qué es esto? —Le pregunté señalando la insignia. Él, al escuchar mi demanda, desveló el pastizal de su perfil demacrado.

—Una insignia —me respondió. Luego mi madre me largó con un gesto.

Aquella mañana fue una ringlera de incógnitas que guardo vívidamente, pero que son parte de otra nostalgia.

De vuelta en el mar, el pequeño Chen descubrió que detrás de la isla Luzón, la isla Polillo se asomaba como la melena de un cazador de arrecifes de coral y que, detrás de ella, persistía el Mar de Filipinas, la misma mole salina que, a pesar de su empeño, sería finalmente tragada por el Océano Pacífico. Y cuando la isla Polillo se apagó de su memoria, vio que detrás de ella, mogotes de tierra fértil flotaban, cada tanto, a babor y estribor como los restos de un naufragio mesozoico. Detrás de ellas, los días se hicieron monótonos. Como otros niños, Chen debía mantener limpio el puente de mando, las cubiertas de madera grasienta y hasta las amarras. Por las tardes, se esforzaba por aprender a pronunciar aquellas palabras de un matiz diluido que nunca antes había escuchado. Alzaba la cabeza. «Cieeelo (*tiiiin séong*)», repetía con una voz juguetona y avispada. Luego corría hacia un costado de la nave, miraba más allá de la espuma y agregaba: «Maaaar (*hoooi*)», y, así, poco a poco revistió su universo con una copia inexacta, pero que creía útil. Al anochecer, escuchaba a los adultos entonar canciones en ese dialecto que las radios habían regado por

todo el país. «Noooooche (*xīāāāāo*)», traducía a los borrachos. «Paartiiiiir (*líbiéééé*)».

Una mañana, ocupado en popa, el rumoreo de la tripulación le advirtió a Chen que ya era inútil tratar de anclarse a Oriente, porque detrás de su espinazo, la bahía de Acapulco los esperaba con sus acantilados imponentes sobre los que decenas de curiosos se asomaban para observar a los clavadistas que se perdían entre el oleaje como gaviotas hambrientas. En su segundo desembarco, Chen ayudó a poner en tierra las pertenencias de los que soñaban con el norte y esa misma tarde vio al inmenso puerto José Azueta hacerse más pequeño que una semilla de lichi y le dio la espalda.

Con los días, el mar arreció, las nubes se tiñeron de gris y el viento se perfumó con la fragancia de millones de escamas. El pequeño Chen aterrizó en el Puerto del Callao con los primeros brotes de un amanecer cualquiera. Vestía su camisa de lino azul, un viejo pantalón estilo Mao y unos zapatos de lona desteñida que alguna vez fueron negros. Siguiendo el consejo de sus padres, no dejó de repetir la palabra *trabajo* (*lou zhok*) hasta que un señor con cara de tomate y aliento a pescado se detuvo frente a él, le arrojó un breve discurso del que el niño nada pudo sacar en limpio. El hombre, al notar el desconcierto del menor, empezó a repetir la palabra *trabajo*. Este asintió con la cabeza.

Lo siguiente que le contó a su nieto fue que lo llevaron en autobús al norte, junto con otros migrantes. No deja de ser paradójico que, después de que le arrancaran el apellido con la avidez con que se abre una ostra, terminara trabajando como esclavo en una hacienda azucarera de La libertad. Allí se hizo más alto y más delgado, olvidó el rostro de sus padres, aprendió a balbucear el español y a dominar el fuego para segar la caña. Allí también tembló de deseo por primera vez, se enamoró de una india de nombre Josefina con la que se perdió entre el laberinto rubio del cañaveral para hacer el amor como serpientes para luego contemplar la barriga de su mujer inflarse con cada mes hasta exhibir sus venas y reventar con el llanto de un varoncito al que llamó David. Allí levantó una cabaña y tendió un huerto donde sembró ciruelas, manzanas y chirimoyas.

Y allí animó a su hijo a arrancar los frutos más dulces, morderlos y sorberlos hasta quedar saciado; lo persiguió con la mirada mientras este corría, sudaba y se escurría bajo la fronda donde el sueño al fin lo encontraba; le enseñó a escoger el ramaje que daría de comer por más tiempo a una cocina de adobe; lo vio hacerse más alto y más delgado y casi se dio por satisfecho. No volvió a pensar en Oriente ni en otra cosa que no fuese su familia o la cabaña desde la que, llegado el momento, miró hacia el sur y le explicó a su hijo que detrás de La libertad, las montañas longevas de Ancash esparcían el frío al descasparse, pero que detrás de Ancash, la capital lo recibiría como un embate de luz entre las cañas.

A mí me tocó hacer el camino de regreso y creo que me las arreglé bastante bien. Partí del puerto del Callao en un buque mercante rumbo a las islas Filipinas. Me enlisté para el montaje, cuidado y transporte de diversos tipos de papa. El capitán me asignó a las rondas nocturnas en las que no hice otra cosa que mirar las estrellas. ¿Quién podía tener el tiempo suficiente, o ser lo bastante inútil, para intentar nombrarlas? En menos de dos meses, la nave atravesó el Océano Pacífico de sur a norte, con escalas en las ciudades de Panamá y Acapulco, luego viró hacia el oeste para evitar con destreza la región de los monzones y adentrarse en el Mar de Filipinas, lugar donde lo esperaba el cálido puerto internacional de Manila. El viaje fue tranquilo y las actividades monótonas. Al pisar tierra firme, agité los brazos como sacudiéndome de un sueño fácil de olvidar. Después de ayudar con el vaciado de los contenedores, profesionalmente fríos, utilicé lo que había ganado para rentar una pequeña habitación en San Nicolás y buscar un empleo. No demoré mucho en encontrar un puesto como traductor portuario, pero Manila no era mi destino. Así, en lo que para mí fueron unos breves seis meses, logré reunir los requisitos para ser contratado en una escuela de idiomas en Macao. Vendí lo que pude de los trastos que había acumulado durante mi temporada, y lo que no, fue a parar a la basura. Dejé el Aeropuerto Internacional Ninoy Aquino a las 21:35 de una noche nublada y en tan solo seis horas, Macao me abrió las puertas de su prosperidad parasitaria.

La Gran Gran Muralla es una fortificación destinada a controlar el flujo migratorio desde y hacia el Nuevo Ming continental. Diseñada por el arquitecto Xin Zejú, el proyecto contemplaba, inicialmente, la separación de Asia Central, Oriental y algunos países sudorientales del resto del mundo. La construcción empezaría en el noreste de Bangladesh, en Khulna, rodeando el territorio hasta la frontera con Birmania, entre Chitagog y Chin; luego avanzaría por el norte hasta Nyingchi, al sureste del Tíbet, donde se inclinaría hacia Taplejung, al noreste de Nepal, para luego retorcerse y abarcar sus límites occidental, septentrional y oriental hasta llegar al municipio de Byash, punto de reencuentro con el Tíbet, en Burang, desde donde seguiría su recorrido por la región hasta chocar con Rusia, entre Altay y Belyashi, en la Republica de Altai, lugar en que la caprichosa empresa encontraría, por fin, su extremo opuesto. Antes de ejecutarse las primeras obras, la mayoría de naciones involucradas decidieron retirar su participación en defensa de unos intereses económicos bastante debilitados debido, en buena parte, al financiamiento de incursiones militares durante la Gran Gran Guerra. El Nuevo Ming, antes que adherirse a sus aliados, vio en este fracaso una oportunidad geopolítica y replanteó el diseño de la muralla de modo que esta solo bordease la totalidad de sus fronteras terrestres, confiando en la rigurosidad de su comercio ultramarino.

Enciclopedia de los Últimos Días

Observar el cielo me ayudaba a pensar en algunos colores, ampliar mi repertorio lingüístico y espolvorear mi universo con la fragancia fétida de la esperanza. El cielo (*tín seong*) es el espacio gaseoso que rodea la tierra (*sai gaan*), me informó la *Enciclopedia meteorológica Ming*. El azul (*wai laam*) se imponía según estas versiones difíciles de imaginar desde hacía muchos años. El cielo es azul, me repetía con ojos inexpresivos, pero también gris (*fui sek*). Y aunque un riguroso razonamiento me obligara a desprenderme de este tono, *las nubes pueden ser grises*, me obligaba a creer. Los científicos ming, por su parte, habían llegado a una conclusión distinta sobre el fenómeno. El gris no es un color (*bat si yin*) y lo que no es un color, no puede ser atrapado por la mirada (*ngaan gwong*). Por lo tanto, las nubes, al ser grises, no podían habitar el cielo.

En realidad, no existía una sola hebra de azul o cualquier otro color en el firmamento a excepción de las tardes en las que la frontera (*gwok gaai*) era ocupada por las protestas, menos frecuentes con el tiempo, y el cielo se pintaba de un rojo artificial (*hong sek*). Otra excepción se apretujaba en ese límite tan familiar como inalcanzable del que ya he hablado —el horizonte—, pero que, por ser un artificio espacial, siempre consideré ilegítimo. Todo lo que no proviniera del cielo me parecía cansino, enmarañado, espurio.

Con estas ideas en la cabeza bamboleaba la distancia mientras me dirigía a las clases de baile que tomaba en uno de los edificios coloniales de los alrededores de Largo do Senado. El camino, una riada de pequeños azulejos que formaban ondas blancas y negras que fluían entre paneles luminosos, me abarrotaba de ilusión. Lo mismo arriba, cada fulgor podría haberme hecho suplicar por un ligero matiz en el cielo, aunque no reconociera en él la nitidez y el deslumbramiento propios de la altura. En el fondo, la promesa de una emoción como esta era la única razón de mi perseverancia en las protestas.

Siempre lo mismo en las protestas. Con aquella osadía del olvido, lográbamos arrastrarnos hasta el parque Sun Yan Set que se holgaba acariciando el horizonte y amortiguaba la *gwok gaai*. A lo lejos, se erguían los rascacielos.

Antes del muro que anunciaba el límite oficial entre Macao y el Nuevo Ming, se nos oponía un cerco que había sido levantado pensando la seguridad de los viajantes. Una vez allí, las cosas eran catastróficamente rápidas. Todos anhelábamos ser lanzados, con ello queríamos decir *ser admitidos* por el Nuevo Ming, y aún así mirábamos con desprecio a los que regresaban a la ciudad después de sus jornadas laborales. ¡Servir a un verde!, decíamos, ¡no he venido hasta aquí para eso! Y entonces una piedra diminuta, una rama seca o un poco de polvo arrojados al azar desataban esa rutina del desborde que siempre le sirvió a Preeda para justificar su falta de interés. ¿Quién en mis condiciones?, nos espetaba y flexionaba las piernas en una postura desafiante. Ninguno de nosotros se atrevió jamás a hacerle alguna sugerencia conscientes de que esto implicaría hacerse cargo del asunto por lo que preferíamos concluir que era cierto que en algún momento, quizás por ocio o por rencor o por solo ahuyentarnos, la guardia fronteriza iba a lanzar un proyectil, que este ascendería esbelto hasta arañar el cielo y que una vez en su tope, florecería en un estallido seco, pero emotivo; que a primera vista, la explosión iba a ser un prodigio al que la multitud se aferraría; y que para cuando por fin el bombazo hubiera exhibido su voluntad de destrucción, bajo un cielo rojo como las plumas del cardenal, los marchantes íbamos a tener que atrapar al vuelo una salida, abrir una puerta, obedecer a esa señal que nos escupiría en la cara y nos diría que solo nos pertenece el regreso y que solo allá atrás encontraremos el mundo para el que hemos nacido; y que, para entonces, Preeda...

Más que un espacio donde la voz de los relegados encontraba eco, las protestas eran una especie de deporte comunitario, una manera de tonificar los músculos con la ayuda de ese vecino al que nadie reconocería si se lo cruzara caminando por Sé. Ni el peso de la corteza terrestre hubiera podido competir con nuestro afán de ser lanzados. Vivíamos para el momento en que ese empujón nos pusiera del otro lado. ¿Algo distinto al espectáculo de las nubes estancadas podría habernos conmovido? Respirábamos para contemplarlas. Al cobijo de su sombra, soñábamos con esa puerta inmensa junto a la que existíamos. Nos

veíamos venciendo esos doscientos metros que nos separaban de ella, llegando a ella, llamando quedito con la aldaba y siendo atendidos por un amable anciano de traje azul que, finalmente, nos invitaba a pasar.

El día en que conocí a Santiago, uno de los últimos del 65, el asunto se precipitó como de costumbre. Un niño de las cloacas de Taipa llegó hasta la primera hilera, gritó algo como *¡abajo la muralla!*, o *¡muerte a mi padre, el señor Lao!*, y con sus dos manitas sucias golpeó el cerco. Inmediatamente se activó el silbido de advertencia. Cuando levanté la mirada, el proyectil estaba casi en su tope. La muchedumbre seguía rugiendo, por todas partes ondeaba la nueva bandera de la dinastía Qing, un manto amarillo en cuyo centro un dragón azul contempla eternamente las cinco estrellas rojas de la unidad del pueblo chino. Por un momento tuve la sensación de que solo el niño y yo compartíamos ese placer por lo cromático que acompañaba a la suspensión del explosivo. El cielo encarnado, su posibilidad, me afianzaba. Para cuando el color se hizo sonido y el sonido, infierno, del pequeño no quedaba un rastro; el resto de la multitud era el residuo de su propio movimiento, despojos apurados por colarse entre las calles de Nossa Senhora de Fátima y dejar atrás esas paredes blancas del sureste del Sun Yat Sen para buscar refugio detrás de cualquier esquina en la que el ruido haya dejado de ser una amenaza.

Santiago se arrastraba entre una multitud acostumbrada al escape. Vestía un mameluco mostaza y su cabello oscuro contrastaba con el tono sanguíneo de su piel, lo que le daba un aspecto de serpiente macerada con limón u pimienta. Me acerqué a él tan pronto como pude y lo ayudé a levantarse. Parecía no oír, parecía no ver, parecía no sentir más que su propia agonía. Como pude, lo arrastré hasta el primer tramo visible de Castelo Branco.

En ese estado, le dije al tiempo que le acercaba mi inhalador, necesitarás por lo menos tres tiros. Toma.

Santiago abrió las manos como un santo atrevasado por el éxtasis de una revelación. Encajó el cilindro en su boca, aguantó la respiración por uno o dos

segundos y, con esa fuerza desgarradora de la fe, inhaló tres tiros secos que sonaron broncos y se perdieron con rapidez entre el barullo de la urbe.

Gracias, me dijo.

Y nos largamos al Before.

Cada vez que intenté recordar el camino por el que Santiago y yo nos alejamos del Sun Yat Sen, me lo impedía no poseer un nombre que asociar al cuerpo envuelto en los acontecimientos de aquella tarde. Santiago y yo habíamos respirado del mismo inhalador, brindado y caminado por calles inmundas sin presentarnos como dos adultos lo hubieran hecho. En su lugar, todo el tiempo que estuvimos juntos nos habíamos tratado simplemente de amigos.

Fue Cheché quien, sin proponérselo, se encargó de llenar ese espacio.

Una noche de tránsito pausado en el Before, el negro se acercó a la barra. Terminaba de beber una Sangres cuando con su aparatosa voz me dijo que un tal Santiago me había estado buscando, que me buscaba todavía.

El Before venía animando las noches de Macao desde antes de la Gran Gran Guerra. Cheché empezó a trabajar allí cuando los cadáveres empezaron a amontonarse en el puerto. Sabía que la policía local no iba a permitir que la muerte de un verde quedase impune y que pronto algún oficial con iniciativa empezaría a inventar testigos. Sabía, además, que, llegado el momento, el suyo sería uno de aquellos rostros que la gente describe como *imposibles de olvidar*. La noche en que por primera vez se plantó frente a su puerta cercada con tubos de neón púrpura, el Before no era más que un modesto salón de encuentros para jóvenes marginales que sin hacerse notar se aglutinaban como la grasa contra sus paredes.

Cheché sabía leer todo tipo de ademanes, también distinguía claramente a un extranjero de un local y, a cualquiera de ellos, de un verde, pero el valor real del negro residía en que era capaz de transformar su cuerpo, siempre que fuera

necesario, en una barrera artificial que asegurase la buena convivencia entre los unos y los otros.

Cheché ya había conocido a mucha gente.

Después de escucharlo, me puse de pie y me acomodé el flequillo como sacudiendo, en una mata de polvo, cualquier rastro de incertidumbre. Miré hacia todos lados con un aire de fingida apatía antes de decidirme a volver sobre los ojos del mulato.

—Solo tienes que gritar, Rey —me aseguró.

Luego elevó su formidable mano y señaló con un dedo una de esas mesillas de pareja que entre semana adornaban los laterales.

—Allá en frente, Rey. El de camisa negra.

Verde

Del lat. *viridis*.

1. adj. Dicho de un color: Semejante al del sauce o al del jade.
2. adj. Dicho del sauce y análogos y de las plantas: Que conserva su savia, que no está seco.
3. adj. Dicho de la leña: Recién cortada del sauce vivo o algún análogo.
4. adj. Dicho de un fruto: Que aún no está maduro.
5. adj. Dicho de una persona: Principiante, poco preparada.
6. adj. ant. Dicho de un lugar: Área de una construcción destinada a ser jardín o parque.
7. adj. Dicho de una cosa: novedosa, pero falta de perfeccionamiento.
8. m y f. despect. Dicho de una persona: Habitante del Nuevo Ming, por derecho natural, directo o indirecto, o por gracia migratoria autorizada.

Diccionario de las cosas y los seres

Santiago y yo, después de huir de la protesta, nos acodamos sobre la barra del Before. La madera recién lustrada reflejaba nuestros rostros maltratados. Hicimos todo el camino a pie, confiando en que a buen ritmo nos mantendríamos alejados del inhalador. Pero allí estábamos: muertos de cansancio y sin una sola descarga disponible.

El Bruto, un viejo con la frente hasta la nuca, operaba detrás de la barra.

—¡Oye Bruto, dos cervezas! —Le grité al tiempo que nos aplastábamos contra unos taburetes de falso ébano.

—Hace más de un año que dejé las protestas —me dijo Santiago un poco para disculparse y otro poco para darse ánimos.

El Bruto se acercó, arrojó un posavasos frente a cada uno y colocó sobre ellos sendas botellitas de Sangres Bohemia.

De un solo trago, apuré la mitad de mi cerveza.

Santiago pidió un vaso.

—Así que trabajas allá —le dije.

—*Māt yeé?* —Me preguntó sin mirarme, concentrado en vaciar el contenido de su botella en el vaso que el Bruto le había alcanzado—. *¿Qué?* — Agregó.

Santiago tenía la costumbre de traducirse, por lo que hablar con él sobre cualquier nadería terminaba en un ejercicio de aprendizaje por repetición, en una insistencia no solicitada.

—¡Que trabajas allá!

—*Hei!* ¡Sí, sí, efectivamente! —Respondió—. *¿Y tú, amigo? ¿Dijiste que eras maestro, mēng sáú?* *¿Verdad?*

—Enseño en la Gonzaga Gomes.

—Yo me dedico a sanear escenas de crímenes —puntualizó—, *zhōi chēng*. Eso es lo que hago allá, *yāt bin*.

—¿Sanear?

—Sanear, sí, *sái zhéng*. Dejar el lugar como nuevo, *chiün sán*.

Que no hayan cedido sus cadáveres a las máquinas era la prueba de que aún latía entre los verdes algo de aquella vieja humanidad que nos empuja a maquillar a los muertos. No tan distintos... después de todo, pensé, pero me engañaba. A diferencia de ellos, nuestros muertos eran objetos recargables, hologramas que podíamos llevar en el bolsillo o colocar en un rincón de nuestras casas, pequeños cubos que proyectaban un alma virtual y que al unirse con otros tendían un puente para que las figuras interactuasen de formas predefinidas, pero dolientes lo mismo. Soldados que volvían a sus hogares tan jóvenes y tan pulcros como el día en que habían partido hacia la batalla, amantes que después de mucho tiempo se reencontraban frente al mar, ancianos que discutían antes de darse las buenas noches. Todo era posible si se estaba dispuesto a pagar por la descarga.

—Buena música, amigo, *hoú ngok*.

Asentí.

A pesar de que la iluminación vibrante, parecida a la de los clubes glitch, podía sugerir otra cosa, en el Before se escuchaban boleros. Las parejas se trezaban y mecían al ritmo de aquellas tristes ensoñaciones que conocieron la decadencia mucho antes de la Gran Gran Muralla y que habían vuelto a la vida gracias a la persistencia de quienes no podían pagar por el sonido de su época. Al igual que esta ciudad donde empieza el camino hacia más allá de las nubes, el bolero nos sumergía en una contemplación vegetal de la que solo nos arrancaba el grito de quien hubiese acurrucado una bala o la alegría del verde que en una estación de Coloane se adelantara en la fila.

Para cuando el Bruto se nos acercó cargando una tercera ronda de cervezas, mi disposición para el diálogo era la de un aprendiz de cuchillero. El viejo reemplazó los posavasos de Sangres con los de una cervecería local, acomodó las botellitas sobre ellos y regresó a su lugar junto a la caja.

—También bailo aquí —le dije a mi amigo.

—¿Bailas?

—Bueno, algunas noches.

—Mi esposa también baila... *móu zheé*.

—¿Esposa?

—Más bien es maestra de baile, *móu dou mēng sǎu*.

—Entiendo... tampoco soy un bailarín precisamente.

Habíamos bebido apenas tres cervezas, pero tres cervezas significaban muchas más cervezas de las que dos extraños podían permitirse en Santo António.

—Hasta hoy pensé que limpiarle el culo a un verde era el peor trabajo del mundo —le dije alzando la voz con algo parecido a un sobre con la peor invitación posible para continuar una charla.

—¿Y ahora? —Me preguntó.

—Ahora pienso que no puede haber algo peor que limpiarle el culo a un verde muerto.

Santiago, sin inmutarse, observaba la espuma que, atrapada en su vaso, empezaba a secarse.

—¿No te hace gracia, amigo? —Le pregunté.

—*Ng* —me respondió.

Después de contemplar la espuma por unos segundos más, Santiago se puso de pie y se alejó tambaleante, pero sin abovedar.

—Puedes visitarme cuando quieras —le grité.

—Lo haré —me dijo o eso creí adivinar guiado por su reflejo tecnicolor que, amable sobre la losa, se tambaleaba como asintiendo.

SE AGUDIZAN LAS DIFERENCIAS EN LA FRONTERA ENTRE EL NUEVO MING Y MACAO, informa el Departamento de relaciones exteriores del gigante rojo. «Ellos nos dicen *subterráneos*. No veo por qué no podemos llamarlos *verdes*», afirma el líder político Crisento Ramos.

A voz de Macau.

Abril, 7, 2056

El Before maduraba como un injerto en la intersección de la segunda de Bairro da Concordia y Conselheiro Borja. Iluminada con letras de neón, entre las que se distinguía el nombre del bar, la fachada de un antiguo concesionario de automóviles alimentaba la vida nocturna del norte de Macao. Después de recorrer una calleja que a primera vista podía resultar perturbadora, el visitante se topaba con un portón salpicado de óxido y una taquilla en la que, después de pagar en yuanes, recibía un brazalete cuyo color determinaba su posición en la cadena alimenticia. En la cúspide cromática se hallaba el dorado, reservado para uso exclusivo del verde, mientras que el verde, ese otro nombre del azul, parodiaba la condición del lugareño, ese vecino incómodo que solo vive para contemplar las nubes y que encarna al grupo más amplio de cualquier enjambre. En el otro extremo, está el foráneo, el cuerpo rojo de ese tono rojo con el que las fuerzas del orden hacían chillar a legiones de resentidos sociales y que era el mismo rojo con el que los nobles de la vida nocturna marcaban a todo aquel que se atreviera a formar parte del resto. A este grupo pertenecían aquellos con los que los verdes, por pura diversión, intercambiaban sus brazaletes. Alguna vez Preeda se sintió nostálgica e intentó conseguir uno de ellos para probar suerte, pero nadie le creyó que era extranjera. Toda esa noche utilizó únicamente las manos para hacerse entender y bebió cerveza local. Por supuesto, aquel tipo de intercambio no era la única forma en que alguien podía conseguir un brazalete dorado; los verdes organizaban rifas, subastas y apuestas con ellos. Sé de pasivas que pagaron con un mes de favores sexuales una noche con brazalete dorado y de muchas otras personas que sin nada más que dinero para ofrecer, perdieron el salario de una semana con horas extras solo por intentarlo.

El Before sumaba una barra, dos baños contrapuestos y una pista de baile en cuyo centro se levantaba una tarima circular que democratizaba los espectáculos de medianoche. Lo que empezó como un refugio para marginales, con el tiempo terminó por regentar el ministerio de la moda. Esta repentina

popularidad alimentó la ambición de las administradoras, un grupo de pasivas circunspectas que hablaban entre ellas en patuá y se rompían el lomo para satisfacer los caprichos de sus amanantes, en su mayoría verdes, hermanos de otros verdes, maridos de verdes hacendosas, rigurosos padres de tiernos verdecitos. Con el fin de aprovechar aquel renombre que les cayó del cielo, las devotas ofrecieron desde conciertos hasta exhibiciones colectivas. Ningún espectáculo logró despachar tantos brazaletes como el de los roles que pronto pasó a ser el único atractivo del lugar. Los participantes debían representar un personaje sobre el escenario, alimentarlo con detalles de toda índole, pequeñas expresiones que encontraran en el cuerpo del transformista los trazos de una escritura diligente. Los criterios de evaluación dependían de las inclinaciones estéticas con que negociara cada juez o de la pericia sexual con la que los hubiesen sobornado. Pocos de ellos se aferraban a la perfección. Así, un participante de movimientos torpes, podía alzarse aún con el triunfo si alcanzaba, en suma, una caracterización ingeniosa de expresión elevada. Los lineamientos generales establecían que el equilibrio entre baile, vestimenta, maquillaje y lenguaje corporal arrojarían al ganador.

Lo que yo hacía era explicar una idea, un concepto sublime, aunque nada tan escandaloso como las abstracciones a las que estaba habituado. Me cuidaba de perseguir algo que pudiese ser entendido como las aflicciones de un joven erudito (*yüüü*), seguro de acercarme con ello a la sensibilidad del jurado. Se trataba de componer una prenda que, esbozada mediante la palabra, fuese capaz de ser vestida únicamente por un cuerpo en movimiento. Si en una noche me trepaba al tablado bajo la consigna *Belleza que persiste a través de las cuatro estaciones*, y en otra, *Pétalo de cerezo sobre el té verde*, mi actuación debía pasar de sugerir el aprendizaje de una mente suspendida en sus primeros recuerdos a las pulsiones de un alma vieja y contemplativa. La mano que declaraba la alegría del solsticio de verano no podía ser la misma que temblaba, solitaria, ante el espectáculo mustio de aquel fragmento de primavera que no logró atrapar al vuelo. Entendía con claridad que de lo que se trataba era de que el personaje

fuera representado como parte de una historia y no de someterlo a las obsenidades de una sesión fotográfica. El cuerpo es el lenguaje por excelencia, y el movimiento, su narrativa.

Santiago asistió a los roles por primera vez en el verano del 65, unos meses antes de la muerte de mi tía Úrsula. Había invitado a su esposa y a una amiga, pero se adelantó temiendo perderse alguno de los actos. Antes de subirme al escenario, recibí un mensaje en el que me deseaba suerte; ya sobre él, la concurrencia se mecía como un estanque surcado por pececillos rojos, verdes y dorados entre los que era imposible distinguir un solo rostro. Aquella vez personifiqué a una bohemia hongkonesa. Antes de empezar con mi número, señalé un punto cualquiera de la sala e imaginé a un Santiago cómplice y vigilante que, alertado por el falso visón que ocultaba mis hombros, se daba por aludido.

En mi rutina, utilicé la estola como símbolo de esa opulencia falaz que gobernó a mediados del siglo pasado. Arrastrándose entre mi espalda y mis mejillas, la piel me introducía en un diálogo sensual con el entorno. Colgada de los hombros de mi bello amante, cosquilleaba, con las mías, sus piernas. Nada podía arruinar la alegría de esta joven hongkonesa. El segundo momento empezó con una luz pálida que parecía decir *hasta aquí no más*. El bolero en que oscilaba adquirió los antiguos matices de una rocola y mi compañero se desvaneció como una lámina de azúcar sobre la lengua. La música volvió a acelerarse por unos segundos durante los que insinué un desmayo. Las luces se apagaron con un sonido de agua corriendo. Al iluminarse nuevamente el escenario, inclinado y con ademanes de lavandera, incorporé en la estola esa vergüenza de la prenda repetida al tiempo que ponía en evidencia su falsedad. Lejos de criticar la época, mi performance exaltaba su afán de lujo entre la miseria. La consigna fue *El final de un día maravilloso bajo el árbol de las orquídeas*.

Después de que el jurado emitiera su voluntad, me abrí paso entre una multitud de entusiastas deseosos de sacarse una fotografía conmigo. Cuando por

fin di con Santiago, me pareció que había babeado tanto con el espectáculo que le faltaba ya saliva para agradecerme por haberlo invitado.

—*Tøng neí*—me dijo y me extendió un inhalador.

—Para ti—le respondí y le ofrecí el trofeo.

Alrededor de la media noche, un tremendo negro de ojos azules, cuyo perfil coincidía, según esta descripción, con el de Cheché, detuvo a las dos mujeres en la puerta.

—Hoy solo verdes e invitados—les dijo.

—Venimos de parte de mi esposo—respondió Preeda mientras Camila fingía observar un letrero luminoso montado sobre el marco con el mensaje *Fun yəng gwong ləm. Bem-vindo*—. Mi esposo—insistió—, el señor Santiago Vieira.

El negro sacó una libretita de su chaqueta de cuero.

—Así que el señor Vieira—dijo y arrastró uno de sus monumentales dedos sobre la hoja—. El señor Santiago Vieira.

Preeda no le quitaba los ojos de encima.

—¿Nada?

Resignado, el negro cerró su libreta, estiró su colosal brazo y con una mueca que Camila no supo interpretar les señaló el camino.

—*Bem-vindas*.

Preeda se quejó de lo difícil del camino. Con mucho esfuerzo habían logrado escabullirse de la concurrencia que transpiraba bajo el cielo raso como varillas de incienso y todo con el único propósito de dar con nosotros. Santiago le aseguró que la próxima vez encontraría un mejor lugar. Quizás porque sus ojos

tardaron en acostumbrarse al lugar, quizás por mera antipatía, Preeda no reparó en mí sino hasta que el Bruto terminó de acomodar nuestra mesa y entonces me puso una cara de incertidumbre.

—Preeda —dijo Santiago señalando a su esposa, una mujer menuda, delgada y sin mayor atractivo.

—Camila —dijo Camila, extendiéndome su mano morena.

Aquella noche yo llevaba un cheongsam de cuello alto, confeccionado con seda negra y forro de satén dorado rematado en sesgos que denunciaban lo ceñido de la prenda. Dragones y lotos bordados a mano la decoraban y una pequeña solapa con botones rojos se hincaba debajo del cuello. Por alguna razón, cada una de mis palabras parecían golpear las mejillas de Preeda. Intuía en su disposición física ese carácter excesivo de las casas lujosas que las hace tan aptas para el crimen. No imaginé que jamás volvería a obtener una victoria sobre ella, que no conseguiría temerle a nadie más, que nadie más lograría vaciar mis pulmones a su antojo. Aquella noche en el Before, nada me hizo sospechar que, en un par de semanas, Preeda caminaría por los recodos de mi cabeza con esa naturalidad espeluznante de una parálisis de sueño.

Nada más incómodo que una persona ajena a las circunstancias. En toda la noche Preeda no cedió ante un solo bolero, de modo que Santiago, Camila y yo debimos turnarnos para hacerle compañía entre canción y canción. Cuando era el turno de Camila, Santiago y yo fingíamos ignorar esa disposición al diálogo que Preeda parecía perder en nuestra compañía. Santiago fue el que peor la pasó. Cuando yo la acompañaba, los ojos Preeda se escabullían entre los efectos lumínicos para escanearme de-pies-a-cabeza, pero cuando el matrimonio se reunía, ambos esposos se limitaban a sorber el licor de sus vasos sin despegar la mirada de la pista de baile. De vez en cuando, Santiago se dirigía a la barra y a Preeda se le encogía el rostro, pero lo dejaba hacer.

—Para mí uno blanco —se limitaba a decir.

Amanecía cuando abandonamos el Before. Nos dividimos en dos grupos. Vi a Preeda apoyarse en Santiago y a ambos alejarse rumbo a Santo António a

través de un corredor de neón que empezaba a palidecer. Luego invité a Camila a caminar por São Lázaro y ella aceptó.

—¿Siempre con esas fachas? —Me preguntó cuando dejábamos Concordia.

—Condiciones laborales —le dije.

Más por desinterés que por pobreza histórica, las principales calles de Macao mantenían los nombres con los que, hace casi quinientos años, los exploradores portugueses las habían bautizado. Este mismo desinterés las hacía monótonas como si el destino imantara a los transeúntes y solo fuera necesario dejarse llevar, hacerse ligero y permitir que el magnetismo hiciera lo suyo. Pero el movimiento a voluntad también existía y existía precisamente porque en Macao habitaba una escoria tan grande como la ciudad misma. La arquitectura de la región alimentaba su apetito. Abandonar Largo do Senado para transitar por Alameda Ribeiro y perderse entre las construcciones de un pasado opuesto a su pasado, cruzar Praia Grande con los párpados contraídos para defenderse de sus inmensos letreros digitales, apurar un par de calles de Infante Dom Henrique, doblar a la izquierda en Don João IV, perder unos minutos frente a los escaparates de sus joyerías, luego fluir bajo la floresta de Mário Soares, romper hacia la zona de los antiguos casinos de Sé y encallar en Praça de Ferreira do Amaral desde donde uno podía entregarse a la contemplación del lago Nam Van. Los extranjeros nos movíamos de un lado a otro de la ciudad como lo hacen las ratas y nos habíamos reproducido tanto que los lugareños empezaron a tratarnos como a una peste.

En lugar de aquella típica excursión, ideal para dos personas que acaban de conocerse, Camila y yo peregrinamos por Horta e Costa, repleta de iglesias centenarias, hasta llegar a Silva Mendes, aquella angosta callejuela donde se alzaba el edificio en que yo vivía. Nos besamos durante todo el trayecto, nos

alimentamos el uno del otro como espantándonos un susto. Dos fuerzas empujaban mi ser. La tentación del futuro apuraba mi carne y mi alma se retorció dentro de ella, enajenada a causa de los labios de Camila. Perdí por completo la noción del tiempo. En mi memoria, aquella madrugada salimos del bar, nos besamos y nos dirigimos a mi bloque. Una vez allí, nos desvestimos, hicimos el amor y nos despertamos con el bullicio de un nuevo atardecer.

—¿Qué hora es? —Me preguntó de golpe como catapultada a la vigilia.

—¿Acaso tengo una cresta? —Le respondí sin otra razón que la de haber encontrado una oportunidad para ser molesto.

—¿Me llevarás a los roles?

—Claro que te llevaré a los roles —le respondí y una alegría incendió sus dos mejillas generosas.

—¡Practicaré ahora mismo!

Camila se puso de pie, caminó hasta el extremo opuesto de la habitación y encendió el reproductor de música que coronaba el buró de auténtico ébano que recibí como parte de las donaciones que la Igreja de São Lázaro ofrecía a los recién llegados. Manipuló el aparato a la búsqueda de una canción que la ayudara a formular su idea, a retorcerse con brusquedad en un espectáculo al que Camila llamaba *la expresión de mi arte*. Cuando creyó haberla encontrado, giró el cuello y me observó ansiosa.

Sacudí la cabeza afirmativamente.

Una gitana, me dijo y se clavó en el centro de la habitación. Sus pastosas piernas empezaron a moverse entre el rebrillo de las cosas. Cuando la música se disparó, Camila perfiló su cuerpo y agitó sus nalgas prominentes como barriendo el desperdicio de la tarde. Demasiado tosca, pensé. Demasiado imprecisa. Dudar es un defecto que un espectáculo ambicioso no puede permitirse y este era el sello de Camila, sus transiciones eran un vasto despliegue de cartesianismo puro y duro. Le costaba mantener el control y cuando por fin lo conseguía, una ligera variación en el ritmo la perturbaba por completo. En contraste, sus manos eran

glorias de falanges expresivas. Con un entrenamiento adecuado, pensé, podrían competir en los roles.

Imaginaba diversas maneras de arrancárselas sin causarle dolor cuando Camila me sustrajo.

—¿Lo estoy haciendo bien? —Me preguntó y se inclinó hacia mí.

—Excelente —le dije.

Su cabello era una palma bajo el sol que ya empezaba a ensortijarse.

¿Exactamente qué le dijo su esposa sobre esa noche?

Hsieh Lili. Archivo Preeda Saensuk. Juicio. Parágrafo 156.

Mayo, 29, 2064

Entre las cosas que pertenecen a la vida privada de los otros y de las que no podemos dar fe, pero sí imaginar, el sexo ocupa un lugar privilegiado. Nos citamos, bajo cualquier pretexto, con una pareja amiga en algún café. Hablamos del partido reformista, del otoño cada vez más difícil de distinguir, de una canción antigua cuya melodía ha logrado conmovernos por alguna razón que ignoramos, de la escasez de carne que al ser quemada nos impregne en la ropa el aroma de la buena cocina o de la necesidad, cada vez más apremiante, de subirnos a una trotadora. En fin, nos distraemos por un momento de los rigores de la vida cotidiana mientras apuramos un trago de lo primero que se nos haya antojado al revisar la carta. Al despedirnos, siempre con la promesa de un próximo encuentro, pensamos en lo agradable que fue la velada, recordamos, de repente, aquellos nuevos requisitos migratorios que ya han estado por un tiempo hormigueando en nuestras cabezas y que olvidamos someter al juicio de nuestros queridos amigos, reparamos en algún pormenor de sus atuendos, ese vestido cuyos hermosos detalles no lograron disimular que la prenda resultara demasiado holgada en la cintura, esa camisa de una elegancia fresca, cuyos botones parecían estar a punto de arremeter contra nosotros, esa elección de colores que, por lo menos, decimos, resulta difícil de asimilar; relacionamos algunos gestos con afirmaciones que solo entonces nos parecen comprometedoras y que habíamos pasado por alto, sonreímos, luego quizás pensamos en ese momento incómodo que empezó cuando recibimos la factura y acabó al darnos la espalda después de decirnos adiós. Después del encuentro, la mente se atiborra con sus propios apetitos y nada puede evitar que nos vomite una imagen, más o menos clara, de cómo nuestros queridos amigos se irán a la cama. Dicho esto, era obvio que Preeda, a pesar de su cojera, ostentaba las señales de un sexo trabajado por un espíritu riguroso. La mañana en que por primera vez la vi alejarse del brazo de Santiago, un poco antes de perderlos en la esquina de un edificio en cuya fachada máquinas de aire acondicionado competían por resaltar sobre letreros de neón que parpadeaban y mucho antes de caer en la cuenta de que Camila estaba a mi

lado y de que estaba a mi lado más que dispuesta a seguirme a donde fuese que se me hubiera dado la gana, antes de todo eso, me distraje imaginando al matrimonio Saensuk-Vieira llegando a casa, dirigiéndose a trompicones a la habitación principal, esquivando muebles de estilo incierto y cerrando en el camino unas cortinas de rojo terciopelo que intentaban sostener la sensación de intimidad que un apartamento de paredes tan delicadas no podía ofrecerles por mucho tiempo, y vi a Preeda recibiendo a Santiago —ambos desnudos de pronto—, sus piernas atenazándolo asimétricamente, pero con una vitalidad desdeñosa de los rigores del asfalto, y vi a Santiago sometido a ese deseo, casi quejándose y casi arrepentido, y entendí que aquella era la forma en que se aman las personas que se aman en lenguas diferentes y que de compartir el mismo idioma no podrían decir *a tu salud* con una copa en la mano, mirándose devotamente a los ojos.

Días después, escuché de la voz de Santiago una verdad que hasta ese momento había pasado por alto. Estábamos sentados en un café ubicado al sur de Mata e Oliveira. La mesa y las banquetas, de un color naranja ofensivo, me impedían prestar atención a sus palabras. Arrastrando constantemente el iris hacia el rabillo del ojo, reconocía el movimiento de su de la boca de Santiago, pero me era difícil acatar su veredicto. No fue sino hasta que nos ofrecieron una tetera de té *oolong*, acompañada por dos tasas de porcelana qingbai, que logré seguir el hilo de la conversación como si el sabor tostado de las hojas me hubiera devuelto la facultad de interpretar. Así comprendí que además de realizar escrutinios minuciosos y flexionar las rodillas en *demi-plié*, Preeda era capaz de soñar.

—Debió ser horrendo —le dije.

Por lo que entendí, Preeda, sentada en la mecedora de su habitación, arrullaba un cuerpo que, de no encontrarse surcado por arrugas, correspondería al de una niña, una pequeña que la llamaba no por el nombre que le obsequiaron sus padres al nacer, sino por otro que lo mismo la nombraba, que tal vez no era el de ella, pero que la confinaba en el sueño, pues aquellos ojos diminutos,

protegidos por una tela gris, que acompañaban a una voz longeva, supieron encontrarla cuando Preeda se puso de pie y arrojó el cuerpo sobre la cama. Mamá... *maá*..., gimoteaba ese amasijo de excesos sin dejar de mirarla.

Esa fue la pesadilla que, como una descarga eléctrica, violentó el imaginario de Preeda e hizo de ella un animal huidizo. Quizás tan solo la aterrara ese rostro, plegado sobre sí, que le decía mamá o tal vez en él se deslizara una pulsión acaso más antigua que cualquier recuerdo. Lo cierto es que al despertar bajo la luz del mediodía aquel prodigio dormitaba entre sus sábanas, tan próximo a ella que podía percibir, mientras pinchaba con sus dedos el pecho de Santiago, cada uno de sus grotescos detalles, escuchar su respiración confundándose con la suya, sentirla acariciar su antebrazo con algo parecido a la sed y que era odio.

—¡Santiago!.. ¡Santiago!... —el miedo persuadió a Preeda de no pestañar—. ¡Anda Santiago!... ¡despierta!... ¡despierta, por favor!...

—¿Qué pasa? —Preguntó Santiago con unos ojos incapaces de advertir el peligro.

—¡El vestido, Santiago!... ¡Le quedaba holgado en el busto!

—¿De qué me hablas, Preeda?

—¡En el bar, Santiago, la otra noche!... ¡Llevaba ese vestido negro!

Ser compreendido é prostituir-se.

Fernando Pessoa, Livro do Desassossego, 114

Para entender a Santiago hay que pensar en el capricho de los sueños que persisten. No hablo de la decrepitud después de una vida frente a las cámaras, ni siquiera de esa enfermiza manipulación a la que se acostumbran los matrimonios añejos. Hablo de la envidia y la arrogancia y hablo de la rabia y la ambición también. Para entender a Santiago hay que decir Preeda Saensuk, que es otro de los nombres del infierno.

—Pasa —me dijo ella la primera vez que visité al matrimonio en su apartamento de Ribeira do Patane, con un acento afectado que no se molestó en disimular. Vestía un largo cheongsam de un tono turquesa metálico salpicado con flores naranjas de peonía que resaltaban aquí y allá los pormenores de su elegante figura—. Santiago dice que eres el de la otra noche, el que baila. Yo prefiero la danza, lo clásico. Lo hacía muy bien hasta que me lastimé la rodilla.

Por unos segundos, permanecí en silencio frente a ella, pensando en lo que había querido decir con eso de *lo clásico*.

—¿Pero que haces allí? —Me preguntó y me sacó de mí mismo—. Adelante, siéntate —agregó y me señaló un sillón estilo neoasiático detrás del cual un panel de madera, de mediana estatura y acabados tradicionales, separaba la sala del comedor. Cerré la puerta. Di unos pasos y me detuve al ver que la pared que daba a la calle me reflejaba desde distintos ángulos. Mi madre odiaba los espejos. Uno no debe confiar demasiado en sí mismo, me decía. En una mesita de falso ébano ubicada bajo uno de mis retratos, se exhibía el trofeo que le obsequié a Santiago, un ídolo de metal plateado con la forma de un ser sin rostro, sin brazos y sin sexo, que, con la espalda totalmente arqueada, hincaba la punta de sus pies sobre una tarima de piedra.

—Nos encantan —me dijo Preeda en un intento de esclarecer lo obvio—. Están por toda la casa.

Adelanté el breve tramo que me separaba del sillón, me acomodé en silencio y le agradecí con la cabeza pasando por alto el hecho de que no hubiese mencionado la estatuilla.

—Camila está en los servicios —agregó—. Ya viene. Voy por Santiago.

Fuera de aquel gusto estranbótico por los espejos, Preeda era una mujer de maneras delicadas, aunque en sus propios términos, algo inclinada a la bohemia. Había entrado al mundo del ballet profesional bastante joven y casi como un prodigio, pero después de una fractura en la rótula izquierda se vio obligada a pensárselo dos veces antes de intentar una ejecución más o menos seria. Para cuando por fin recuperó el movimiento de la pierna, ya había perdido lo que llamaba *la postura*, por lo que debió conformarse con regentar un taller de danza clásica destinado a satisfacer las necesidades técnicas de un público general que oscilaba entre los 40 y los 80 años. Nadie en Macao iba a confiarle sus sueños a una coja. En realidad, aquella *ausencia de postura* no era más que el pretexto mediante el cual evadía cualquier insinuación a su cojera. No hacía más que esforzarse por mantener los pies en la tercera posición, jugando, de cuando en cuando, con la cuarta. Se consolaba pensando que más antes que después modelaría a una Smirnova. Naturalmente, sus pretensiones acariciaban el absurdo, pero eran lo único que le impedía plancharse el día entero en la cama. Nada más opuesto a su carácter que su cuerpo. Alguna vez estuvo ebria y culpó a Santiago de su fortuna. ¡Si no hubiera sido por ti!, le increpó, pero en lugar de correr, aquella tarde, Santiago quiso creer que era cierto que el amor, algunas veces, era fingir no escuchar y se entregó por completo.

Santiago y Preeda se conocieron en Zhuhai. La noche anterior a su encuentro, una rubia que se ganaba la vida animando a los apostadores y dejándose rozar las piernas había sido asesinada en una de las habitaciones de un famoso casino la prefectura. Ocurrió que después de muchas amenazas, el amante decidió que, antes de soportar otro desplante, era mejor matarla y pagar la multa por tomar la vida de una migrante con permiso limitado. A la mañana siguiente, encargaron a Santiago la difícil tarea de eliminar los últimos restos de la mujer. Le tomó

todo el día, pero a final logró dejar la habitación como si nadie jamás la hubiera habitado. Su jefe, uno de esos verdes repatriados que vestían jeans y masticaban chicles, le dijo que era inútil que volviera a la oficina, que era mejor que se cambiara en uno de esos baños que el casino reservaba para uso exclusivo de sus trabajadores y que guardara el mameluco en la mochila y que hasta mañana y que a primera hora. Cuando dejaba el casino se topó con Preeda que, en ese momento, salía de una presentación organizada por la *Sociedad de Artistas de los Diez Distritos* (*Sáp k̄øi ngái s̄ot ḡāā hip wuí*). Se volvieron a encontrar en el autobús que los llevaba a la frontera. Santiago abordó a Preeda con una pregunta estúpida y al descender caminaron juntos las dos cuadras que los separaban del cruce migratorio. En algún momento del recorrido comentaron el suceso.

—Uno se acostumbra —dijo Santiago—. *S̄ek yéng*.

—Preeda asintió.

Desde entonces se buscaban al cruzar Portas do Cerco, lo mismo en las mañanas que en las noches. Alguna tarde de verano remojaron sus pies en Hac-Sá, pero el romance transcurrió bajo las nubes de Guangdong. Con espanto descubrieron lo que tenían en común: Preeda aligeraba la vida, y Santiago, la muerte. Al poco tiempo se casaron y no hubo noche en que se fueran a la cama sin entrever en su horizonte la buena estrella de un pasaporte ming.

Pero llegó el día en que no.

Durante uno de los ensayos para el ballet *Giselle*, un delicado campesino, superado por los rigores de la repetición, dejó caer a Preeda. El impacto fracturó su rótula izquierda y lo que en principio fue tomado por un inconveniente bastante común en el oficio, con el tiempo, creció como una grieta en medio de la nada.

—Ha llegado una muchacha de Shenzhen —le dijo el director de escena cuando fue a visitarla al hospital, una semana después del accidente. Deslizó una

mano sobre la pierna de Preeda—. Con algo de suerte —agregó—, estará lista para el estreno.

A la luz de los hechos, la compañía no encontró razones para solicitar la extensión de su visado y Preeda no pudo regresar a Zhuhai.

Por entonces, si Santiago le hacía una pregunta, ella permanecía en silencio y no soltaba una sola palabras hasta que Santiago no se acercase a ella con cara de contrito. Entonces le decía algo así como *No tengo apetito* o *Quizás mañana* y encendía la tv.

Con los meses, Santiago maduró una especie de misericordia con la que Preeda hizo una madriguera que colmó de nostalgia y afectación. Algunos días se encajaba las mallas y el leotardo y caminaba por la casa a la espera de un comentario. Santiago podía decir *¿Y si coloco una barra en aquella pared?* o *Te ves maravillosa* y Preeda lo miraría lo mismo con desagrado. ¿Cómo podía alguien dejarse horadar de esa manera? Santiago trabajaba con carne muerta, para él, el sexo era una puerta de escape. Cuando Preeda abrió su taller en Rua das Estalagens, a unas cuadras del Museu de Gramafónes, Santiago creyó que una puerta se abría, pero pronto llegaron las deserciones. Cuantas veces propuso una visita a sus padres, Preeda sugirió una llamada. En algún momento Camila y yo llegamos a sentir que ambos habían brotado de la tierra. El día en que Preeda me señaló aquel sillón de cojines dorados, Santiago quiso mostrarnos las principales calles de Zhuhai en un recorrido fotográfico, pero ella le acarició la nuca y le dijo que se detenga, que algún día las veríamos nosotros mismos.

—Primero enciendo el generador de ozono —dijo Santiago—, *chəu yéəŋg ge gēi*. Antes debo vestirme adecuadamente, por supuesto, *yí hoú*, pero digamos que lo primero es el generador de ozono, *chəu yéəŋg ge gēi chíi*. Después, para quitar la sangre seca y otras manchas extrañas, *gōn hüt tōng wu kei*, utilizo una aspiradora de vapor y varios humidificadores, *pən hei tōng gāā sǎp hei*, también

químicos, *máú zhóng faa hok bēng*, pero sobre todo vapor, *sóí hei*. Es como estar en uno de esos antros del sur de Sé, *Dà naam ge gōng*. Verdes, humo y gente muerta por todas partes, *yāt chái*. Una vez, el dueño de un hotel de Xiāngzhōu me dijo que lo que hicimos en una de sus habitaciones le recordó a esos antiguos espectáculos de magia, *guú mō sòt ge kei gūn*. ¿Han visto alguno? Hay una chica en el centro de todos los trucos. Muy maquillada, desde luego, y muy atractiva, *nei hóu yiu tōng yòk*. Rojo en los labios, más rojo en las mejillas... rojo por todas partes, *hōng sēk saai*. Y entonces llega ese tipo con cara de satisfacción, uno de esos *sāa chān*, y la cubre con una tela, *kóí tōng bou zhāu*. Luego se hace a un costado y una pequeña explosión llena de humo el lugar, *chēōng chōng yīn bok*. Al despejarse la escena, la chica ya no está y el público aplaude, *kóí mm hái dou tōng pong gūn hot choí*. ¡Bravo! ¡Bravo! *Høi høi mou! Høi høi mou!* Y nadie extraña a la muchacha, *ng mou sī*. Eso es lo que hago. Después del vapor, nada debe siquiera sugerir que allí hubo un cadáver, *sī táí mm hái gwo go zhōng*. ¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Dios mío, ya no sigas! —Lo interrumpió Preeda, incapaz de soportar que las miradas apuntaran a su esposo—. Me he casado con un hombre enfermo.

Camila la observó con una sonrisa infantil. Quería ser como esa mujer que parecía guiar nuestros destinos, pero cuanto más empeño ponía en imitarla, más se alejaba de ella. Nadie podía llegar a ser Preeda queriendo ser Preeda, pues nada la desvelaba más que el deseo de poder liberarse de sí misma, de renunciar a ser la coja que era y volver a montarse sobre un escenario como la ágil Giselle.

En lo que respecta a Santiago, apenas quedaban fuera de la jurisdicción de su esposa un par de hábitos que no le hacían daño a nadie. Todos los días, a eso de las seis de la tarde, encendía el generador de ozono que tenía ubicado frente al sillón y un poco antes de la pared. Lo mismo podía ser considerado un tipo extravagante que un simplón. Consumía lo que otros como él se sentían en la obligación de hacer público. Tenía de sí mismo la imagen de alguien que valía la pena ser admirado por llevar al generador de ozono más allá de cualquier límite. ¡Qué hombre más interesante!, era la nota que fijaba en el pizarrón de su

conciencia luego de haber colgado un video en el que se lo veía encender su artefacto en, digamos, un museo de escultura contemporánea. Preeda era el anzuelo que lo arrancaba del charco de sus pretensiones, una punzada benévola que, sin embargo, se hacía dolorosa con el tiempo, como si alguien al reconocerlo en la calle le gritara: ¡Ey Santiago! ¿Eres tú, no es cierto? Santiago Vieira, el del generador de ozono. Dime algo, Santiago Vieira. ¿Por qué no te vas un poquitito a la mierda, eh? ¿Por qué no me haces ese gran favor? Pero incluso en estos momentos, sentía que su esposa era una piedra brillante que lo alejaba del mal. Nada más sencillo que dejarse llevar por los halagos. Facturar y arrullar, decía, *həng həng ngoó ngoó*. Santiago se sentía un hombre con suerte.

La tarde en la que he puesto el interés, nuestra primera tarde juntos, si se quiere, Santiago vestía unos pantalones de corduroy verde y una camisa blanca de popelina. Para disimular el rubor que las palabras de Preeda le habían tatuado en la cara, se dejó caer sobre el sillón azul intenso que, un poco más pequeño que su par dorado, no solamente hacía juego con él, sino que además parecía sostener la pared que daba al pasillo. Preeda se acomodó sobre uno de sus brazos.

—Pequeño insoportable —dijo Preeda acomodándose junto a uno de sus brazos—. No quiero que se lleven una mala impresión. Recuerda que trabajas con muertos.

Las charlas eran siempre de este tipo. Nada más reemplazar las variantes e ir hilando, con ello, la ilusión de un diálogo, uno que Preeda, en algún momento, interrumpiría con alguna frase concluyente, algo así como: «Bueno, tampoco es que se trate de mi persona favorita», o: «¡Pero ya son las nueve, Santiago, y nosotros aquí!», y el grupo acataría el veredicto. Me era difícil ampliar mi léxico durante estas reuniones, que fueron muchas. Las variantes pasaban desapercibidas cada vez con mayor frecuencia, el paradigma absorbía

cualquier palabra nueva y la arrojada lejos, así, por ejemplo, nunca volvió a escucharse *humidificador* (*gāā sǎp hei*) de la boca de nadie.

Yo prefería al Santiago atormentado por ataques de asma y que quizás fuera el mismo que utilizaba pantalones de corduroy y camisa, pero no tanto. Me entusiasmaba imaginarlo en las protestas, ese hombre torpe que se dejaba caer como si el cielo encarnado le absorbiera lo necesario para ir y venir a tono con la multitud. Santiago y yo éramos los únicos del grupo que asistían a las protestas, pero para entonces él ya estaba más cerca del Nuevo Ming de lo que yo jamás hubiera podido estarlo. Definitivamente era un riesgo que pocos en su posición hubieran tomado, pero Preeda no protestaba y él hacía. Por algún tiempo creí que confiaba en que lo mantendría seguro, que junto a mí un policía jamás se atrevería a ponerle las manos encima. Me engañaba. En cierta forma, Santiago era un verde. Su espíritu se debatía entre el deseo de ser lanzado y la querencia, pero ello no le impedía tomárselo todo como una especie de juego cuyas reglas podía manipular a su antojo siempre que no estuviera cerca su esposa. Lo había visto burlarse de la manera en que los extranjeros pedían una cerveza (*ve chǎú*, algo así como *zervecha*) y pedir, amablemente, que, por favor, usaran el cantonés.

Otra clave del atractivo de Preeda era que también ella había respirado por encima de las nubes. Santiago aún lo hacía y era por eso que ella lo amaba, lo que quería decir que su esfuerzo por entregarse a él era genuino, sincero como las flores de plástico. Preeda creía estar luchando, día tras día, porque su esposo siga siendo parte de todo aquello que la ubicaba en algún lugar no muy alejado de las nubes, de aquel mágico vapor que casi había podido tocar al acariciar el cristal de un rascacielo. Quizás era un lugar no muy glorioso, no muy celeste, menos encantador de lo esperado, quizás, pero un lugar de encima, finalmente, una estación del otro lado.

Santiago miraba el cielo con ojos felinos y cuando Preeda lo acompañaba creía entender que

Todo empezó como una broma espontánea. Llevamos mucho tiempo coloreando de verde a la vida fuera de nuestro planeta. ¿Cierto? Ojos sin párpados que nos observan desde la estratósfera y bla, bla, bla. ¡Quién sabe! Simplemente me pareció gracioso y lancé el anzuelo. Cuando pronuncié la palabra por segunda vez, ya la audiencia lo había mordido. Era clarísimo que esperaban algo más. Se veía en sus caras. En ese momento supe que podía lograr un buen remate. Ningún comediante hubiera desaprovechado una oportunidad como esa. ¡Ninguno! Así que lo solté. «No es que no haya visto a un verde antes. ¿Pero en horario matutino?». Inmediatamente el público enloqueció. Todo eran carcajadas y aplausos. No había cómo calmarlos. Nos tomó un buen rato calmarlos y continuar con el programa. Jamás imaginé que las cosas acabarían así.

Chico Morais en entrevista para TDM News.

Febrero, 15, 2060

La semana que siguió a mi primera visita al matrimonio Saensuk-Vieira, Preeda decidió no asistir a los roles y, por lo tanto, Camila no asistió a los roles —muy a pesar de su entusiasmo, según el mensaje que me envió—, por lo que tuve que conformarme con Santiago y escucharlo berrear, la noche entera, versiones comprimidas de lo que ya me había dicho. El Before estaba repleto de pulseras doradas. Los verdes amaban el entretenimiento barato, esto sumado a la sensación que les ofrecían cientos de miradas puestas sobre ellos, los ayudaba a darse por bien servidos. Ser un uno de ellos podía ser una invitación al deseo, a la envidia o al desprecio, pero en ningún caso una desventaja. Un verde era un verde, o sea, un brazalete dorado, aunque no tuviera liquidez en el momento, aunque le faltara un brazo o una pierna o no hubiera desarrollado el gusto lo suficiente como para juzgar un espectáculo multidisciplinario, que era lo que ofrecían los roles. Los descendientes de Xuanzong hacían gala de su linaje al interior del Nuevo Ming, pero los máximos exponentes del Jardín de los perales se ganaban la vida exhibiendo el resultado de años de estudios minuciosos en los antros de Macao. Esto lo sabían los verdes y preferían arriesgarse con espectáculos híbridos antes que asistir a la representación de una joya teatral preservada por siglos y que en nada se diferenciaba de aquella a la que habían asistido hace veinte o treinta años en compañía de sus padres o de algún tutor. Decir que una noche cualquiera el Before estaba repleto de pulseras doradas equivalía a reafirmar la posición de Macao con respecto al Nuevo Ming, caer en la maraña de la auto-traducción que tanto fascinaba a Santiago y que no era sino el eco de una práctica común entre los verdes. En resumen, la noche del sábado que le siguió a la velada que compartí con el matrimonio Saensuk-Vieira en su pretencioso apartamento de Santo Antonio, para los administradores del Before, fue una noche con ganancias muy similares a las de cualquier otra noche, para Preeda, aquella en que afianzó su poder, y para mí, una de esas en que el cincel

talló mi nombre sobre el metal de un trofeo otorgado por mi *brillante personificación de una cortesana del Gran Qing*.

Para alcanzar cierto prestigio, una cortesana Qing debía incorporar en su persona las características del buen gusto que hacían de la prostitución la cúspide del esnobismo en una sociedad que le había cerrado las puertas del amor a sus viudas. Por representar un pasatiempo, las cortesanas debían mostrarse en todo momento atractivas. Si bien el traje tradicional, compuesto por una falda y un chaleco con delantera en forma de laúd, desconocía el lenguaje resuelto que sus pares occidentales parloteaban cada vez con mayor soltura, pocos podían resistirse a esa promesa de voluptuosidad.

Santiago me liberó de la presión del público. Cuando se acercó a mí, me arrojé a sus brazos como una cortesana a la cartera del máspreciado de sus amantes. Por ser una de las estrellas del lugar, podía ingresar a las secciones reservadas únicamente para los verdes, privilegio del que Santiago disfrutaba. Nos acomodamos en una de las mesas y al rato el Bruto se acercó a nosotros con una botella de licor de rosas.

—Como siempre, Rey. La casa invita —me dijo.

Frente a nosotros, un grupo de jóvenes verdes nos observaba con esa picardía que su posición social les hacía imposible disimular. Al rato, uno de ellos, probablemente por haber perdido alguna apuesta, se acercó a ofrecerme una bebida e invitarme a bailar. Cuando acepté solo la copa, las carcajadas de la cuadrilla avergonzaron al muchacho que, rápidamente, regresó a su mesa. Santiago disfrutaba de verme hacerle el feo a los verdes. Sabía que intentar ser tendencia con algo así, podía comprometer sus pretensiones migratorias, por lo que, en silencio, tomaba cada uno de mis portazos contra ellos como una victoria personal, lo que era de esperarse, pues en la vida diaria, él era quien debía inhalar ese barniz del desprecio con fosas nasales siempre diligentes.

—Excelente —me decía. *Gəng!* Si me dieran un yuan por cada vez que yo hiciera algo similar, no tendría uno solo. *Yāt mou sɔ́o yáú.*

Pero aquello que un verde con mayor experiencia en la vida nocturna de Macao hubiera tomado por un evento anecdótico, se transformó en todo un acontecimiento en la vida de un muchachito del montón. Sonaba *Solamente una vez* cuando el verde se volvió a acercarse a nosotros, esta vez con menos timidez que la primera.

—Esperaba algo más de una pasiva —me dijo sin mirarme a la cara.

Santiago colocó una mano sobre mi pierna.

—Déjalo —me dijo—. *Køí gaai.* Recojo a uno como él todos los días.

La mutación física más común derivada del consumo de grapa ($C_{11}H_{15}NO_2$) es la dilatación de los ojos, sin embargo, otras muchas alteraciones genéticas se relacionan con su ingesta prolongada. Actualmente, la Academia Ming de las Ciencias, con sede en Pekín, realiza investigaciones sobre la relación de la droga con un fenómeno genético que hace que las falanges de manos y pies se curven sobre sí como espirales. Si bien esta alteración en la anatomía humana no es exclusiva de los consumidores de grapa, sí puede notarse en ellos una tendencia preocupante a padecerla. Además, científicos de diversos centros de investigación han reportado la presencia de la llamada lengua de gato entre los usuarios de la sustancia psicoactiva.

*Anais da Psiquiatria. Universidade da Cidade de Macau.
Nro. 7, vol. 42, octubre, 2055*

¿Qué puede interesarle el éxito a alguien que cree leer en el cielo la misiva de su fracaso? No es que para entonces ya hubiera decidido dejar de andar vestido de mujer, pero por alguna razón, en las noches, las pocas estrellas que perforaban el manto gris del firmamento parecían decirme: ¡No pasarás! (*Mm neí wuí dou!*).

Fue esta sensación la que centuplicó mi enojo con el joven verde.

Tampoco es que hubiera sido la primera vez que un verde me insultara, pero en el Before, cuyas paredes salvaguardaban mi reinado, me gustaba creer que mi nombre valía más que el de cualquier otro, por eso cuando el joven verde, ya bastante alcoholizado, abandonaba el área reservada a las personas muy importantes para irse a los baños, me puse de pie rápidamente.

—¿Algo del bar? —Le pregunté a Santiago.

—Que no termine en *-ova... mm fō wāā...*

—¿Y tú? —Me dirigí a nuestro más reciente invitado.

—Lo que él no quiere —dijo.

Pedí disculpas, di un par de golpecillos a la mesa y me largué detrás del verde en cuestión. Lo que el olfato, acostumbrado al aroma de la ignición, pasaba por alto en las zonas de descanso, fuera de ellas, cobraba una dimensión radicalmente plural, feroz y confusa como el gris de las nubes sobre la vastedad del Nuevo Ming, por lo que aquello que para una nariz común y corriente podría haber parecido demasiado, pasaba a demandar el auxilio del gusto y el tacto, sentidos que si bien ayudaban a distribuir la carga sensorial en el recién llegado, en cuestión de minutos, terminaban por desbordarse, dejando al cuerpo en una especie de náusea en los confines de su propia fatiga. Quizás, por ello, a Preeda le parecía un milagro ver a Santiago trasladarse entre semejante viscosidad. El lugar es una maravilla, decía. Por mi parte, acostumbrado como estaba a aquel ambiente, tales portentos ocurrían ya solo en mi cabeza. No era el caso del verde al que acechaba, quien, como un tablista inexperto, andaba a pasos de moribundo.

En noches como aquellas, noches tensas de una juventud privilegiada, Cheché no me quitaba la mirada de encima, lo que le resultaba fácil considerando que bien podría haber nacido para competir con uno de esos gigantes que, de vez en cuando, adornaban las portadas de los diarios sensacionalistas —únicos capaces de ser vendidos— debido, básicamente, a la esperanza de una muerte prematura. Lo provechoso de esta circunstancia era que, con apenas un gesto, podía deshacerme de un invitado incómodo, por más rico que este fuera. Apenas me era posible, estiraba un brazo, fingía bostezar o, simple y llanamente, buscaba al mulato con ojos desorbitados. Unos minutos después, Cheché se aparecía en mi mesa y me invitaba a seguirlo argumentando alguna empresa que no arrojara dudas. Algo así como *Te necesitan para dar de comer a los gansos* o *Los camarones ya están ebrios*. Antes de volver al salón se aseguraba de que el insufrible implicado, ofendido por la espera, se hubiese largado sin la menor intención de volver a acercarse a mí. Esta situación también me servía para marcar a quien se hubiese ganado mi hostilidad, por ejemplo, el joven verde al que tomé por los hombros mientras le sonreía al descomunal mulato que, en palabras de las propias devotas, estaba allí para satisfacerme.

Cuando la marca (*bīu gei*), abandonó los baños, Cheché tropezó con él. Para disculparse —siempre había que disculparse con un verde—, le ofreció grapa a un excelente precio.

—¡Cincuenta yuanes! —Le dijo.

—¿Por una grapa? —Respondió la marca—. ¡En Macao!

Cheché pareció pensarlo por un momento, luego dibujó una exuberante bandolera de plata con su sonrisa.

—¿Por qué mejor no te regalo media grapa?

Entonces la marca pareció pensarlo un poco antes de responder con una sonrisa labrada con la intención de ser igual de bélica, pero que, debido a su estado de intoxicación, resultó más bien ridícula como si se tratase de un pugilista que masticara un protector bucal desencajado por el golpe de su oponente. Cheché lo guio a través de un pelotón de brazaletes verdes y rojos

hasta una de las puertas de escape del Before. Decir que estuvieron *afuera* sería exagerar pues se trataba de un callejón al que su propia estrechez le ayudaba a espantar el aire. Apoyados en la pared de un complejo de apartamentos que exhibía sus sistemas de aire acondicionado como espinas, una pareja de muchachas compartía un cigarrillo que por el olor bien hubiese podido ser de estiércol.

—¿Y? —preguntó la marca.

—Tranquilo —respondió Cheché.

De uno de los bolsillos de su chaqueta de cuero, extrajo una bolsita con grapas y un pastillero con cortador. Sin que la pareja lo inmutase, el negro abrió el pastillero, introdujo una grapa y la cerró ejerciendo una ligera presión. Al volver a abrir el objeto, la píldora se había dividido en dos partes iguales.

—Por los amigos —le dijo y le extendió una mitad.

Sin esperar a que la marca le diera las gracias, algo que después de todo era muy poco probable, Cheché le dio la espalda y bordeó el Before con esa rapidez de los hábitos que nos disgustan. Cuando por fin estuvo tras la entrada principal, se secó unas gotas de sudor que deslizaban por su cabeza desnuda, estiró el cuello y encontró, casi sin intentarlo, mis ojos en los suyos. ¡Hecho! (*Gei sɛng si sət!*). Esto es lo que le hubiera escuchado decir si escucharlo me hubiera sido posible.

Hasta el momento en que volví a encontrarme con la marca, la conjetura allanó el habitáculo de mis pensamientos. Que marcar (*bīu zhū*) a alguien se transformase en una empresa viable, dependía íntegramente del compromiso activo de la comunidad. Si algún taxista aceptaba llevar a la marca hasta las Portas do Cerco o este se topaba con un grupo de amigos, todo acababa en ese momento. Más que de palabras o gestos, se trataba de intuiciones. Macao debía realizar un rápido veredicto con respecto a un verde que caminara solo, aún arrisgándose a una mala interpretación. En todo caso, todo verde tenía a su favor un excelente servicio de salud pública. Como decía, lo único que pude permitirme por un buen rato fue especular. Imaginé a la marca, es decir, al verde,

caminando bajo los efectos de su media grapa por la primera de Bairro da Concordia hasta João Belo, aunque bien podría haber decidido no tomar la ruta más segura y doblar a la izquierda en Castelo Branco, o, incluso, un poco antes, en Conselheiro Borja. Pero se trataba de un verde consciente de estar drogado y de ser un verde, por lo que es difícil no imaginarlo estirando el brazo en la intrsección de João Belo con la primera de Bairro da Concordia. Como la lectura de Macao fue la correcta, alguien se le adelantó y subió al taxi que la marca había detenido. Al arrancar, el conductor hubo de haber encendido las luces de emergencia el tiempo suficiente para indicarle al auto de atrás que debía marcharse sin pasajero. El conductor de este segundo vehículo habría dado la misma señal al del tercero y así hasta que alguien se acercara a la marca para decirle que, a esa hora, solo encontraría transporte en el malecón de la bahía norte de Patane. En este punto, si algún espíritu de bien hubiera tropezado con el verde y le hubiese susurrado que tuviera cuidado, aquel no hubiese llegado al complejo de viviendas que termina en una especie de túnel en que Norte do Patane tropieza con João Belo para, luego, retomar su recorrido ya transformado en Sur do Patane. En aquel túnel, Santiago, Cheché y yo esperábamos al señorito experto en roles.

El primer golpe lo dio Santiago. Como era de esperarse, la marca apenas sentía dolor, por lo que Santiago tuvo que esforzarse golpeándolo hasta que el puño le doliera y el aire le falta, lo que sucedió al cabo de cinco puñetazos mal conectados, después de los cuales tuvo que consolarse con otros cinco golpes provenientes de su inhalador.

El verde sonreía.

Una de las cosas que aprendí durante mi infancia es que nadie, por más recio que este fuera, podía salir airoso de una buena y reverenda patada en las bolas. No dejé de patearlo hasta que la marca cayó al suelo y Cheché se avalanzó sobre él y le encajó una y otras vez, su nudilleras de plata.

—¡Mátalo, negro! —gritaba Santiago, molesto consigo mismo—. *Hoi sei!*
¡Tienes que matar a ese hijo de puta! *Wong baat daań!*

Cuando los deseos de Santiago parecían cumplirse, Cheché se quebró y se echó a llorar. El gigantesco mulato había conocido a demasiada gente.

—Tranquilo, negro —le dije—. Míralo. No le será difícil llegar al cruce. Respira mejor que nosotros.

—¡Ya se hizo eco! —Gritó Santiago—. ¡Vámonos! *Ngoó dei mong!*

El negro se secó las lágrimas y avanzó con nosotros como un niño que se hubiera distanciado de sus padre por unos minutos. Por un momento, sentí el impulso de tomarlo de la mano, comprarle una paleta y decirle que no volvería a pasar, que ya no había nada que temer, pero seguí caminando en silencio.

Cuando tomamos Avenida da Concordia, Santiago pateó una de esas tantas bolsas de basura que sirven de soporte para muchas otras. Era tan fina que una cantidad considerable de porquería salió disparada en todas las direcciones. Entre esa inmundicia, un condón fosforescente se suspendió por un segundo en el aire y luego se desplomó vencido por su viscoso cargamento. Esa alegría se nos pegó en las caras.

No sentíamos que escapáramos de nadie.

Y dijo al hombre: Sube conmigo a la montaña y hagamos en ella lo que Nüwa después de la guerra.

Jueces 1:3

Cuatro explosiones continuas dieron inicio a la fiesta de la Virgen de la Asunción. Adelantaba a la santa una pequeña orquesta de músicos ataviados con sacos de un amarillo tan exuberante que competía con el dorado de las trompetas y los saxofones, mientras que una docena de lugareños recibía el anda con hombros robustos que protegían estolas púrpuras. David avanzaba entre los peregrinos y su devoción le impedía desprenderse del brazo de su esposa cuya barriga ya empezaba a abultarse. Gracias a ti, Virgencita Santa, no me ha ido mal, pensó.

Como lo quiso su padre, David llegó a la capital una mañana de agosto de 1982. Tenía docientos soles en los bolsillos y la juventud a su favor. No le fue mal. Alquiló una habitación de techo alto en una de esas viejas quintas del centro de Lima que ya para entonces parecían cajas de madera abandonadas en algún almacén de las afueras de la ciudad.

Empezó trabajando como jalador en el barrio chino. Ofrecía los servicios de un viejo adivinador de cabello largo y lizo que, hasta donde él supo, nunca había sido denunciado por fraude, lo que le daba a David la sensación de estar ganándose la vida honestamente. Se acercaba a cualquier transeúnte y le aseguraba que el maestro le ofrecería un pronóstico certero de su futuro. ¿Salud? ¿Dinero? ¿Amor? No había aspecto de la vida que el viejo no supiera interpretar consultando el calendario lunar, el maíz o los frijoles. Pero a David le asustaba la nigromancia, por lo que apenas pudo ahorrar algo de dinero, agradeció al viejo adivinador por salvarlo del hambre, compró unas cuantas cajas de incienso y empezó a deambular velado por los aromas del azafrán y el pachuli. No le fue mal. En un par de meses, tenía un carrito de madera repleto de inciensos, pomadas para el reumatismo y aceites medicinales. David sabía existir con lo

necesario. En La Hacienda había aprendido que no era tan malo no esperar más de un plato de comida al día y que, en cualquier caso, del hambre no podía depender su buen humor. Al cabo de poco más de un año, juntó lo necesario para alquilar un pequeño puesto en una galería de los alrededores del barrio chino. Allí, vendía inciensos, pomadas para el reumatismo, aceites medicinales, estatuillas de dragones y divinidades, cortinas de madera y lámparas de papel. No le había ido mal. Pronto empezó a saborear los frutos de su trabajo.

En una de las polladas que organizaba la negra Piedad, conoció a Nancy, una joven ancashina de mejillas quemadas que había viajado a la capital para visitar a sus padrinos. Con el pretexto de beber un vaso de agua, la acompañó a la cocina. Ella vestía unos jeans celestes desteñidos y un chaleco gitano desbordado por todas partes por un camión blanco. David aseguraba no recordar lo que llevaba encima esa noche y nunca le contó a Úsula, su nieta, las cosas de las que allí se hablaron. Lo único cierto era que para entonces David ya poseía una extraordinaria habilidad en el trato con las personas y logró esa misma noche convencer a Nancy de quererlo, de besarlo y de que, por más que amara el arroz chaufa con curry y el min pao dulce, volvería con ella a Ancash.

—No nos irá mal —le dijo.

Al anochecer, el distrito de Pararín deliraba de fe. Las bombardas y la música dificultaban el diálogo. La gente se saludaba valiéndose de todo el cuerpo: agitaban los brazos, daban brincos, se arrojaban piedritas o se jalaban la ropa después de haberse abierto paso entre la multitud. La vestimenta de los lugareños variaba de lo tradicional al como se pueda.

Lo difícil de Pararín era Pararín mismo. Su aislamiento geográfico obligaba al viajero a transitar por complicadas trochas antes de poder contemplar los más caprichosos paisajes de todo Ancash. Establecerse tampoco era

sencilla. En el año 1593 el lugar estaba habitado por apenas 226 indios tributarios, 92 indios reservados y otros 935 indios que no cabían en ninguna otra clasificación que la de *indios* a secas; en total, 1207 almas que veneraban el ichu con esa pasión que destilan los cuerpos subyugados. Los niños jugaban a la guerra escondiéndose detrás de sus hojas rígidas y alborotadas, las mujeres lo acariciaban con sus polleras coloridas y los hombres aprovechaban ese amor para darle de comer al ganado.

En el año de 1857, Pararín obtuvo el título de distrito de la provincia de Recuay, después de que, paulatinamente, fuera poblándose por almas que sabe Dios lo que buscaban en esas tierras. Años más tarde, el distrito adquirió cierta notoriedad al ser considerado como punto estratégico para la defensa del mar peruano. Todo el que ha pisado este suelo, sabe que basta con buscar el horizonte para que un amplio sector de la costa se le ofreciese a la vista. Como era de esperarse, las grandes cabezas de la armada rápidamente desestimaron esta ventaja. Lo que se planteó como un proyecto militar nunca llegó a ser algo más que la primera edición de un libro que expuso la indiferencia de un público obsesionado con una capital que los hacía soñar con el desarrollo. Luis Javier Artieda Carpio, su autor, murió en el más heroico de los olvidos.

Aquel que buscaba el mar con la mirada también se daba con el espectáculo de la curvatura del orbe. Los padres enseñaban a caminar a sus hijos en sus chozas, temerosos de que un mal paso los hiciera resbalar por la circunferencia más próxima, a pesar de esto, no había pararino que no soñase con resbalar y dejarse relamer por esa gran lengua inconsistente.

David trataba de mantener el paso firme entre la corriente humana, esa bestia de la que Nancy formaba parte como una de sus innumerables patas. A fuerza de vivir frente el mar y sobre el ichu, los pararinos desarrollaron una sensibilidad

tan delicada y penetrante que no había familia que ignorase las sutilezas de la poesía, las emboscadas tonales del paisajismo o las marañas etéreas de la filosofía. Si se enamoraban, cantaban su pasión; si sufrían, se consolaban pensando en lo rápido que el pasto se tornaba amarillo. Los hombres caminaban decenas de kilómetros para trabajar la papa, las mujeres daban a luz sobre el mismo suelo en que las vacas mordían sus placentas para liberar a sus terneros.

Una semana atrás, la capital había recordado la intensidad de la noche. Sendero Luminoso apagó la ciudad y un coche bomba explotó frente a la Prefectura de Lima, dejando cuatro heridos. A pesar de lo preocupante de la noticia, los pararinos se mantenían optimistas. No había razón para ofender a la Virgen y David opinaba lo mismo. Alan García había ganado las últimas elecciones y el futuro parecía prometedor.

—Víctor —le dijo David a Nancy al recordar, de golpe, aquel verano en que su padre lo llevó a La Esperanza para escuchar un discurso de Víctor Raúl Haya de la Torre. Era el año 1977 en el calendario de la tienda en que se detuvieron a comprar algo de comer, pero muy bien podría haber sido 1978. El viejo hablaba con fervor y sin torpeza. *¡Ni con Washington ni con Moscú, solo el Aprismo salvará al Perú!* David vio cómo su padre se secaba las lágrimas. Sabía que aquel hombre diminuto de ojos rasgados no entendía del todo el español y le apretó el hombro.

—Sí, se llamará Víctor —exclamó—. Y no le irá mal en la vida.

No existe enfermedad tan solemnes como la tisis (*Git hát beng*), ni tan literaria. Dickens no descansa en la memoria colectiva por haber soportado el ahogo como lo hace Whitman por haber formado parte de ese privilegiado grupo de tuberculosos que alimentan las pretensiones de cientos de jóvenes malnutridos. Si bien esta dolencia puede conducir a la muerte, el espectro literario resulta un buen paliativo. La tisis marca un antes y un después en el individuo que la padece. El asma (*Haaü chüñ*) es una derrota, una constancia casi insignificante y hasta vergonzosa. Beethoven la equiparaba a la melancolía, que despreciaba profundamente. Desde niño se resignó a una periódica, aunque no estricta, ausencia de aliento; solo la sordera pudo atormentarlo. En 1787, luego de un prolongado calvario, su madre murió a causa de la enfermedad del bacilo.

Un maratonista al atravesar con su delgado abdomen la banda frágil que lo distanciaba del triunfo o cualquiera que haya sido atacado por una ola, tenido un orgasmo o viajado a 250 km/h con la cabeza fuera del vehículo ha sentido en algún momento la falta de aire. El verdadero tormento del asmático es ese infierno de la expectativa.

Existen formas curiosas en que el agua puede matar, pero ninguna tan cruel como la deshidratación. Lo mismo sucede con el oxígeno, solo la idea de su ausencia parcial logra producir pesadillas. Aunque existen notables excepciones. Algunos maestros budistas entrenan a sus discípulos para la ausencia. El método consiste en plantearse sistemáticamente situaciones marcadas por el absurdo y la irracionalidad. «Imagina tener a un joven buda entre los dientes». Los aprendices abrazan la inmensidad de la incertidumbre antes de dar con la solución final. Al ser interrogados, luego, acerca de esta

experiencia, muchos responden con un símil: «Es como estar constantemente a punto ahogarse».

Los síntomas son bastante conocidos. Tos, moco y un constante silbido en la respiración. Para quien sufre un ataque, inhalar resulta lo mismo seco y húmedo como si respirara a través de un paño puesto al sol. Un pequeño desierto con once milímetros de precipitaciones por año se esparce desde la laringe hasta los bronquios. Si no se tiene a la mano un inhalador, el afectado puede pasar días enteros con la sensación de tener un pequeño pulpo retorciéndose en su garganta. Por ello, para quien padece ataques diarios, perder su inhalador significa tener que lidiar con un hábito odioso, pero para quien los sufre cada tres o cuatro semanas, no cargarlo es caminar a la espera de que un agujero se abra bajo sus pies. En estos casos, a los trastornos físicos se suman los psicológicos como la duda enfermiza, es decir, las ganas de adivinar. La adivinación quizá sea una de las artes más antiguas del hombre, pero se ha avanzado muy poco en este sentido y siempre se impone el azar. No hay astro que pronostique cuál será aquella alegre tarde que sorprenda al asmático. Un leve hormigueo en los pulmones podría ser un signo, pero jamás un dato concluyente.

Asma, Enciclopedia personal

Santiago quitaba manchas de sangre y amaba a su mujer por sobre todas las cosas; Preeda dirigía un taller de danza clásica y tenía que convivir con los reflejos de su propia decadencia; Camila asistía al taller de Preeda y confeccionaba trajes a voluntad del cliente; yo bailaba y podía hablar sobre el cuerpo como si se tratase de un milagro: los cuatro utilizábamos nuestros inhaladores dos o tres veces al día.

—¿Cuántos verdes se necesitan para cambiar una bombilla de luz? —Me preguntó Santiago cierta vez—. *Geí dō chong?*

—¿No es una broma muy antigua? —Le respondí.

Había escuchado a los estudiantes de la universidad de São José repetir la misma broma un centenar de veces durante mis clases de cantonés para extranjeros.

—*Yüü?* —Insistió.

—¿Y qué?

—*Geí dō yæn?*

—Ninguno —Le respondí.

—*Yün meí!* ¡Perfecto! Ahora responde. *Geí dō haau chiñ yæn?* ¿Cuántos asmáticos se necesitan para cambiar una bombilla de luz?

La coalición con las fuerzas de Japón, Gran Corea, Filipinas, Indonesia y Vietnam, hizo posible que el Nuevo Ming se imponga sobre la flota de guerra norteamericana. Desafortunadamente, las acciones navales, y sus restos, arrojaron toneladas de desperdicios sobre las aguas del Pacífico Norte, lo que generó cambios drásticos en el hábitat natural de cientos de especies marítimas y favoreció la desaparición de la vibrante y sofisticada vida costera de los confines del Mar Meridional del Nuevo Ming.

Enciclopedia Nuevo Testamento

—A los balnearios —dijo Preeda dando por terminada la discusión.

Por primera vez vi en el semblante de Camila una especie de reproche, una coma en las intenciones de su amiga. Quise protestar para animarla a soltar la lengua, pero me detuve al pensar que, a fin de cuentas, esa lucha de poderes no era asunto mío y que me valdría lo mismo estar en Cúcuta o en Feira de Santana siempre que estuviera con Camila.

Quince minutos después ya engullíamos los primeros kilómetros de Paço de Arcos para ganar la costa sur de Macao por el puente Sai Van, aquel caraver de dragón que conectaba las islas.

Nos tomó menos de una hora llegar a Hác Sá. Nos acomodamos bajo los ficus, en una mesa de madera con banquetas de cemento pintadas de blanco. Camila se deshizo de su vestido de ondas rojas interrumpidas por ramos de flores silvestres. El bañador dejaba ver una amplia espalda que parecía poder extenderse aún más de no estar contenida por hombros vigorosos. Preeda, sin quitarse el pareo ni la blusa con los que había llegado, empezó a caminar hacia la espuma.

—¿No vienes? —Me preguntó Camila con ese tono infantil que tanto odiaba.

—En un momento —le respondí.

Cientos de pecas se esparcían sobre su pecho como el polen.

Santiago sacó unas cervezas de una heladera azul que tenía la apariencia de haber sido comprado el día anterior y nos sentamos a mirar el oleaje.

—¿Alguna vez te has sumergido? —Le pregunté a Santiago.

—He metido los pies un par de veces —me dijo—. *Lẻớng haá zhií.*

—Me refería a aguantar la respiración y zambullirse.

—*Chợng mut.*

—Tampoco yo. Digo, no aquí.

Con las piernas estiradas y los codos clavados sobre la arena amarilla, Preeda se había recostado un poco antes de donde la playa empezaba a

humedecerse. Por las dimensiones de su sombrero daba la impresión de tratarse de una sombrilla que la brisa marina hubiese traído abajo. En lugar del horizonte interrumpido por el bosque, Preeda contemplaba las nubes que huían de su reflejo como gaviotas.

—¿Te habló Cheché de aquel asunto? —Me preguntó Santiago—. *Mák yàn dòi neí sùt zhoó?*

—¿Cuántos verdes existen en el mundo? —Le respondí tratando de no hacer notar mi falta de convicción. Podría tratarse de cualquiera.

Camila se había acercado a Preeda y arrojaba montoncitos de arena sobre sus piernas desnudas. Jugar con la arena era una de las pocas cosas de las que aún podía sentirse orgulloso cualquier muerto de hambre con un mínimo sentido del humor. Al rato Camila se puso de pie y se acercó a nosotros para coger un par de cervezas de la heladera. Intentando causar gracia, me lanzó una obscenidad oculta en una frase ambigua. Quise responderle con un insulto. Un verdadero insulto. Un insulto que la haga pensar en sus padres y en ese orgullo que la hacía jactarse de sus habilidades en el baile desde que había empezado a asistir al taller de Preeda. No dije nada. En ese momento, nadie era mejor que yo en los roles.

—Solo bromea —Me dijo Santiago—. *Hek dáu fu.*

Hice un gesto con la mandíbula.

—¿Crees que Cheché bromee? —Agregó.

—Creo que se equivoca. Nadie nos vio.

—Puede que no, pero hay un verde muerto —me dijo—. Nos descubrirán y entonces no habrá valido la pena haber quitado tanta sangre.

El verde no había muerto por los golpes, sino por todas las grapas que se había metido para que se le pasase el dolor. Sin embargo, podría decirse que sí lo matamos.

—Cheché también me ha contado otras cosas. Estoy seguro de que sabes a qué me refiero.

—¿Cuántas mujeres crees que existen en el mundo? —Vuelvo a mi antigua fórmula tratando de quitármelo de encima.

—A veces tengo la impresión de que todas las personas son una sola persona. No una persona cualquiera. Siento que el mundo entero es Preeda vistiendo millones de trajes distintos. Y que todos esos ojos me miran. Luego trato de darme esperanzas. Me digo que eso es imposible, que Preeda no puede ser todos los hombres y mujeres que habitan la tierra, porque el simple hecho de que yo mismo terminaría siendo un disfraz de mi esposa. Muy bien, me digo, esto es imposible. Pero la idea me persigue. Entonces pienso que quizá no se trate de toda la humanidad, sino solo de las mujeres. Me convengo de inmediato. Preeda es física y espiritualmente todas las mujeres que pueblan la tierra. Aquí empieza la tortura. Inmediatamente imagino a Preeda siendo fornicada por la otra mitad del orden genital. Preeda no es la mujer de cualquier hombre, Preeda es la mujer de todos los hombres. Cada pene que exista en este momento perforará sus entrañas buscando placer. Pero no solo habrá placer, habrá también fecundación y nuevas Preedas llegarán a este mundo, por lo que, incluso, después de su muerte y de la mía, Preeda seguirá siendo penetrada por generaciones y generaciones de desconocidos. No es una alucinación. En realidad se trata de Preeda. Estoy convencido de que Preeda es todas las mujeres de este mundo.

—¿Y qué dices de mí? —Le pregunté, un poco intentando desviar el asunto y otro tanto sorprendido de que el monólogo no hubiera sido interrumpido por una sola palabra en cantonés.

—Cuando esto sucede —continuó Santiago—, me refiero a ese momento en que mi cabeza es algo tan extraño que me resisto a imaginarla sobre mi cuelllo; en esos momentos, busco desesperadamente comunicarme con Preeda. Marco su número. *¿Neí hóú?*, pronuncia desde su lado del hilo. *Neí sé^ong nim ngoó?* *¿Me extrañas?*, le pregunto y ella entiende que soy yo quien le habla y lo hace no por haber reconocido mi voz, sino por haber escuchado la pregunta. *Sòk yé*, me responde y entonces quiero convencerme de que es mía, *mou y^an dī*, y de aquello que me obsequió bajo las nubes de Zhuhai es solo mío y de nadie más.

—Preeda tiene razón. Se ha casado con un hombre enfermo —le dije.

Su conversación había vuelto a ser repetitiva. Es algo bueno, pensé. Santiago me miró fijamente, luego orientó su mirada hacia el pedazo de orilla que ocupaban Preeda y Camila. Quería decirle que no era el único que se reventaba la cabeza con ideas extrañas y que las mías tenían incluso consecuencias físicas. ¿Te sucede esto a ti?, quería preguntarle, ¿No? Pues tienes algo de lo que sentirte aliviado. A mí sí que me explota la cabeza. Por eso soy tan bueno en los roles.

Camila y Preeda se acercaron sonriendo. Atrás, el mar parecía jugar a atraparlas. Las nubes habían desaparecido por completo, por lo que el cielo y el mar (*fui sək*) eran un solo fenómeno, algo que no se parecía al horizonte sino a una antigua pantalla de cine. La arena había empezado a oscurecerse y los pasos de Preeda parecían sucederse unos a otros como reflejos de otros instantes.

Para distraerme le ofrecí una cerveza a Santiago. Me rechazó haciendo un puchero. Regresé sobre Camila, es decir, sobre Preeda. Nada en ellas me empujaba a creer en la realidad de sus movimientos (*dɔŋ zhok*). Las veía deslizar los pies, pero no lograba capturar su avance. Necesito algo más, pensé. *Tamaño* (*go yii*). *Sombra* (*yám*). Apoyé el codo sobre la tabla blanca. El cuerpo de Santiago temblaba. Camila y Preeda estaban ya junto a nosotros y reían. Por entre sus cuerpos logré observar los restos de lo que ahora era el pasado de sus movimientos. Huella, pensé. *Gəok yán*. Sí. Eso funcionará. Sentí las manos de Camila hurgando entre mi cabello. Claro que funcionará. Luego se acercó aún más y me susurró algo al oído.

Hice una reverencia.

Las huellas de ambas mujeres se perdían a unos metros de donde nos encontrábamos. El mar había empezado a desgastar esa fuga como si, al escapar del horizonte, Camila y Preeda hubiesen tenido que elegir entre colocar sus esperanzas en la arena o sobrevivir al oleaje.

¿Acaso no me temen? —dice Pan Gu. ¿No temblan ante mí, que vestido de follaje puse al mar sobre la arena? Aunque se eleve el monte, no prevalecerá; y aunque de él se desprendan a montones polvo y piedra, jamás lo detendrán.

Xu Zheng 5:22

Tendido sobre la piedra, Víctor imaginaba la inagotable furia del océano. A la distancia lograba entender que aquella inmensa criatura mal barbada debía resoplar algún sonido, algún ruido acaso tan sobrecogedor como el de un llanto. Porque todo en la tierra suena, dijo David, por insignificante que sea. Incluso el polvo que corre de cerro en cerro dando piruetitas. Incluso las almas que van llorando quedito en la fiesta de San Ildefonso. Y hasta el chincho seco. Y hasta la pupa. Así es, agregó Nancy.

La primera vez que se tumbó sobre la piedra, todo de largo y feliz y con dos tiernos ardores por mejillas, el sol estaba en su tope, allá alto. Hinchado de infancia, se acomodó por lo irregular de la superficie y así tumbado esperó el atardecer. Devoró horas enteras realizando pequeños giros con las manos estiradas y martillándose la panza hasta que la tierra se hizo roja. Cuando esto sucedió, fijó su mirada en el horizonte y vio al sol descender como una leña de ciprés y cobijarse en el mar perezoso.

Lentamente siseó la escena como su padre lo hiciera días atrás. ¡Ssssss...! Así suena, le dijo. Luego un gruñido y otra vez la S desprendida. ¡Chhhhh...! Y así también, agregó. Víctor comprendía que aquello era como un río, pero grande. Como más que un río, como mejor, como millones de piedritas colisionando en un río grande y largo y más grande.

—El agua te bota nomás entrado si no está de ganas, hijo —le dijo David—. Tienes que quedarte paradito hasta que pase la ola, o si quieres, ahí nomás te sueltas para que te revuelque.

Víctor no había vuelto a Pararín en muchos años, pero aún lograba transitar por el distrito sin problemas y aquella independencia le regalaba una ligera ilusión de calidez y cercanía que lo desbordaba como si algún conocido lo esperase al doblar en cada esquina de adobe. Ese año no logró convencer a su madre de que

era mejor que ella fuera a la capital a visitarlo, por lo que tuvo que viajar en bus hasta el distrito. Cuando llegó a la plaza, esta era un torbellino de sombreros, unos adornados con cintas de colores, otros, con flores y plumas.

La orquesta no dejaba de soplar y golpear sus metales.

—¡Víctor! —Escuchó la voz de su madre—, ¡mira!

Era su prima Gladys. Vestía un pollera negra, una blusa roja y una lliclla de tonos azules. Un poco de maquillaje y algunas joyas, probablemente de su madre, mostraban un gusto incipiente por el ornamento.

—¡No seas sonso, primo! —Le dijo y agregó como en broma—: ¡Mírame bonito!

En medio del alboroto, una mano sujetó a Víctor por la camisa y lo arrastró a las afueras del distrito. Con la distancia, el ruido se hacía cada vez más tenue y la oscuridad más densa. Algunos pasos más adelante, Víctor ya no pudo reconocer la silueta de su raptor o escuchar nada, pero siguió caminando. Para burlar la oscuridad del camino se dedicó a observar la luna apenas frecuentada por una larga nube.

—¿Escuchas la chilladera de los bichos? —Reconoció la voz de Gladys, pero la ciudad lo había transformado en un animal insuficiente para los detalles.

—Sí —mintió.

Se detuvieron frente a una laguna. Víctor sintió la caricia de manos laboriosas. Olfateó el cabello de su raptora, la prima lejana: Gladys del distrito de Pararín. Víctor supo dirigirse a través del cuerpo de su prima. Sintió contra su pecho ese otro pecho bifurcado y humedeció la tela que lo cubría con su beso.

Al despertar, Víctor vio a Gladys sentada junto a él, temblaba. La pampa no era ya una fermentación de sombras. Quiso decir algo, pero un barro escondido entre las comisuras de su boca lo detuvo. Se sintió otro, otro que tiritaba de frío, otro que despertaba un poco ebrio aún y sucio. Se incorporó y con cara de incertidumbre observó a su prima.

—Voy a remojar me un poco —le dijo.

Ya en la laguna, Víctor, con los ojos fijos en una gran piedra que sobresalía del agua, avanzaba lenta y bruscamente. Gladys continuó articulando palabras, pero su voz fue mordisqueada por el silencio hasta ser devorada por completo. Víctor siguió hundiéndose. Arriba, la luna era una nada blanca y grietada como un muro.

Lo más seguro era el recuerdo David y Víctor en el mar de Lima. David sosteniendo Víctor por las axilas, esperando el momento exacto en que la ola lo elevara para soltarlo y ver como se confundía con la espuma hasta terminar anclado contra la orilla. El pequeño Víctor desorientado por la terrible revolcada que le diera una gran ola. El niño y el padre lanzándose bolas de arena, dejándose vomitar por el mar.

—¿Te conté que mi padre me llevó a ver unos caballos diminutos que galopaban sobre una pared parecida a la luna? —Gritó Víctor—. Las olas arrollan igual que los caballos cuando están bravos.

Con el agua hasta la cintura Víctor continuó avanzando. Lento, fijos los ojos en el cielo, completamente maravillado como cuando su padre, más atrás del mar, lo llevó a ver el nuevo aparato que había llegado al distrito.

—Así era la pared, y señaló la luna; imagina a unos caballos pequeñitos corriendo sobre ella sin poder irse a ningún otro lado.

Y Gladys ya estaba dentro de la laguna gritándole que se detenga, que ahoritita mismo pisaba un hueco y que se moría.

—Imagina que mi padre y yo somos dos caballos chiquititos —agregó Víctor—. El agua lo envolvía hasta acariciarle el pecho—. Imagina que somos una gran ola que revienta contra una peña y desaparece.

Y Gladys, a nada de llorar, tratando desesperadamente de llegar a él y agarrarlo por los pelos. La prima Gladys contra la oscura densidad líquida que se revelaba afanosa en pausar sus movimientos. La prima Gladys caminando de puntitas y arrepintiéndose de haber llevado a su primo hasta allí.

—Imagina que somos dos caballos pequeñitos que desaparecen —otra vez Víctor que ya no podía ir más lejos.

Nunca me pareció una persona confiable. Si no fuera por Leslie, de su parte no hubiera recibido ni las gracias.

Fong Gerardo (Mimí). Archivo Preeda Saensuk. Juicio. Parágrafo 300.

Septiembre, 07, 2066

Deambulaba por Sé cuando me topé con Mimí, el novio de Leslie. A Mimí le gustaba inclinar la cabeza frente a las personas y siempre que alguien intentaba estrecharle la mano, sentía la necesidad de hablar sobre el pudor o el escándalo de nuestra sociedad. Al igual que Preeda, Mimí se consideraba una persona educada y sentía la obligación de ofuscarse en circunstancias bastante bien definidas entre las que se contaban, entre otras, el espectáculo de los niños de las cloacas, el lenguaje de los bebedores, las jóvenes libertinas, el transporte público, el sexo a cambio de dinero o de drogas y las protesta. La vida misma parecía ofenderlo. Vivía quejándose de las personas para las que el sentido del bochorno constituía una vieja tradición, pues no solo se imaginaba alejado de una perspectiva similar, sino que se percibía emblemático, sofisticado y, hasta cierto punto, único. Por lo demás, se le hubiera podido considerar lo suficientemente ordinario como para creer que lograría cualquier cosa, mejor que cualquier otra persona, en el preciso momento en que se le antojase hacerlo. Cierta vez fue invitado a una fiesta en la que se reuniría la crema y nata de la intelectualidad macaense. «¡Pedantes!», exclamó al salir del recinto, entre burlón y ofendido. Fuera de eso, era un prodigio del óleo o su promesa eterna y amaba a Leslie con una turbación religiosa. Una noche, furioso de celos, golpeó a Leslie hasta dejarlo inconsciente y con ello no consiguió otra cosa que transformar su apasionamiento en una culpa lastimera que suplicaba por compasión como amparándose bajo una hoja de plátano o en la oferta de un caluroso ungüento o en algo parecido a la dicha.

Con la consolidación del Nuevo Ming el mundo aprendió que inclinar la cabeza era una variante del saludo. ¿Cómo llegó este acto a ser tan significativo? Denunciaba esa violenta alienación que paliábamos disfrazándola de elegancia. Lo cierto es que el imperio quería dominarlo todo de un solo salto, con una sola patada de kung fu que colocara algún producto *Made in Nuevo Ming* en cada hogar del planeta. De tanto huir, el idioma castellano también había revivido la nostalgia de amar los boleros, la gomina y los ternos. La mujer ming nunca

estuvo tan aferrada a occidente, la perfección de sus formas y sutilezas fue llevada a límites pocas veces igualados por otros pueblos. Aquello de inclinar la cabeza pertenecía al conglomerado de la vieja usanza, aún así, Santiago y Preeda saludaban alargando sus palmas desnudas y olorosas.

Mimí me entretuvo lo suficiente como para ver a Preeda escapándose no de la consulta con su quiropráctico, pero sí con su quiropráctico, un joven dueño de un atractivo de uso público. No era demasiado alto y, en compensación, su musculatura armonizaba con la totalidad de su volumen; su cabeza coronada de rizos oscuros y su barba pequeña y abultada lo mostraban, sin restarle jovialidad, como un ser juicioso y amable, alguien digno de confianza. Yo mismo me hubiera hincado ante sus pies para confesarle mis tormentos a cambio de su protección, aunque en realidad podría también haberlo hecho a cambio de nada o de alguna insignificancia como un rápido y tenue golpe a la altura del omóplato como uno de esos que Santiago me daba cada vez que nos encontrábamos para tomar un café y conversar un poco.

—Me tengo que ir, Rey —me dijo Mimí finalmente—. ¿Te puedo llamar Rey, cierto?

—Preferiría que no —le respondí sin entender muy bien mis propias palabras. Mimí me observó minuciosamente, exagerando su indignación.

—*¡Goi seí!*, exclamó sabiendo que lo entendería.

Masticando sus labios, se alejó con paso firme hasta perderse entre la muchedumbre.

Todos los caminos conducen a ninguna parte o a todas partes (*zháu*). En el universo de Macao, los verdes siempre ostentarían una posición privilegiada y valía lo mismo un punto de referencia que cualquier otro. Macao era el diminuto retrete de la diminuta pocilga en que los diminutos niños de las cloacas inhalaban una diminuta porción de felicidad ambarina y dura. Cualquier calle, como aquella cuyo nombre exacto no recordaba y en la que conocí a Santiago, me hubiera empujado hacia este punto.

Preeda caminaba sin prisa, tratando de disimular rengueo, mientras que el quiropráctico, a pesar de estar abrazándola, lograba mantener su ritmo con naturalidad. Se detuvieron frente a la mampara de una tienda y él señaló un artefacto enorme. En el reflejo pude ver como ella encendía un cigarrillo asistida con delicadeza por su acompañante.

Crucé la calle de inmediato.

Me dirigía hacía su encuentro cuando un frío seco me detuvo. Me di la vuelta antes de que logaran verme. Romper con la rutina de espectador había tenido consecuencias, tal y como me sucedió la primera vez que acompañé a la gran ola de una protesta. Solo al doblar la esquina introduje mis manos en el saco en busca del cilindro. Llegar a esa curva había significado un desgaste mayor de energía del que me podía permitir en esos momentos. Las uñas de mi mano libre estaban ligeramente teñidas de azul o morado. Por fin di con el objeto. Inhalé tres veces con verdadera violencia y casi apoyándome sobre una anciana que pasaba por allí.

—Lo siento —le dije y retomé mi camino.

Era Preeda. No podía equivocarme. Llevaba aquel vestido casi perla, casi blanco y con lunares azules, casi nuevo y casi breve y además la cojera. Sentí el espectro del agotamiento. Deseaba escapar y se me abrieron mil rutas de escape, mil cómplices anónimos; deseaba cubrirme la cara y una multitud de caminantes me obsequió su inconvencible máscara de carne; deseaba la noche y anocheció con el artificial destello ubicuo del alumbrado público.

Volví a casa.

No puedes decírselo a nadie. ¿Lo prometes?

Camila Soares

Cálido, el flujo se apodera de la mano del hombre. Por un segundo la abarca completamente. Acaso una antigua necesidad de concordia entre elementos lo obliga a desprenderse en búsqueda de una humedad mayor, acaso primaria. Abandona la piel del hombre, las uñas. Deja la cama no sin pérdida y, ya disminuido, besuquea el suelo. Cetrino, fragante, entibiecido se esparce hasta ser un detalle en la porosidad. Allí espera.

El hombre cosquillea las rodillas de la mujer con la mano seca. Ella sonríe. Con ternura, desliza su mirada sobre él. El hombre la insta a arrodillarse. Luego a tenderse. Fornican.

—¿Y si en dos años decidimos volver a querernos? —Pregunta ella—. ¿En dos años cuando me haya acostado con otros muchos hombres?

—En dos años Macao quizás no exista —dice el hombre—. *Mm Ou Muñ yaá høi.*

La mujer gira la cabeza hacia la pared. Su cabello, lizo y oscuro, se extiende sobre una almohada con funda de seda.

La mano húmeda del hombre se suspende a unos centímetros de la cama.

—Me habló sobre los beneficios de la risa, ¿sabes? —Dice la mujer como explicándose.

—¿También es un espíritu libre? —pregunta el hombre—. *Sām kwong sǎn yí?*

Se miran a las caras.

Retozan.

La mujer despierta.

Son las réplicas más exactas construidas hasta la fecha. Cada estructura es igual de peligrosa que una de hace 100 años.

Zhōu Nathaniel en entrevista para TDM 2.

Diciembre, 14, 2053

Preeda era la dueña de nuestras distracciones. A excepción del Before, cada lugar que visitábamos era estrictamente elegido por ella. Siempre decía algo como: «Abrieron un nuevo restaurante cerca de Monte do Forte y otras leí que inauguraron una muestra hiperrealista en el Museu Histórico de Coloane e Taipa». Por ello, fue una sorpresa que Camila se atreviera a sugerir un paseo a *Funniest Land* y que los tres abordáramos el auto complacidos.

Funniest Land: ¡la diversión de ayer... hoy! se extendía sobre el el manto verde de lo que años atrás fuera el Club de Golf Oriente, por lo que la iluminación de las calles aledañas era débil, lo que resaltaba los miles de destellos coloridos que emanaban de las estructuras mecánicas. Santiago y yo, bajo aquel espectáculo luminoso, no lográbamos salir del asombro. Preeda y Camila se conducían con soltura por aquellos intrincados caminos repletos de las más variadas distracciones mientras se reían de nosotros. Nada parecido a la virtualidad. Pocas veces, el efecto artificial del pasado me había atrapado de esa manera. Se trataba del mismo que me arrastraba a las protestas con una gran mierda (gaú pei) entre los labios. Me hallaba narcotizado a causa de la voluptuosidad de esa cúpula de luz y agitación que eran las máquinas de entretenimiento. Aquella violencia programada, aquel vértigo al servicio de la risa, me deleitaban por completo. Los gritos, el delirio de los visitantes se congregaba en un gran zumbido de moscas que, atrapadas en redes metálicas, después de ser sacudidas innumerables veces, habían sido expulsadas por su caprichoso captor con un guiño de la mitad de sus terribles ojos. Que después de esta experiencia permanecieran con vida solo alimentaba la excitación de los mareados.

Ah... los mareados (*zhøi*). Para entonces, es decir, para cuando apenas comenzamos el recorrido, yo ya anhelaba ser un mareado. Caminar sin dominio absoluto sobre mis piernas, ser solamente lo externo, el cascarón, la malla contra la cual una experiencia interior y más amplia se daba de bruces como un viejo chiflado.

El mareado es un temerario, desafía el miedo por apenas la promesa (*yəng hoi*) de una fugaz alegría como si su condición de *promesa* no fuera suficiente. De allí que un mareado también sea con frecuencia, y a la vez, un ser patético y lascivo. El mareado se caracteriza por ignorar e ignorarse por completo en el transcurso de su trance. Vertido por completo en el jarro de su confusa exaltación, un mareado no logra convencerse de que el alborozo lo somete desde fuera. Quiere jugar a lo grande. Quiere hacer suyo el desorden de su ánimo, ser la causa última de aquella brusquedad a la que ha sido sometido. Un mareado no es completamente un necio, pues esto supondría un estorbo a su propio deleite. La sombra de un abanico que se proyecta sobre los senos de una muchacha quizá fuera un placer demasiado meditado para él, pero lo asumirá si le asegurara un mínimo de complacencia, aunque lo cierto es que un mareado en esta situación es un espectáculo poco frecuente. «¡Miren, allí va un mareado! ¡Persigámoslo para obligarlo a que nos muestre algún resquicio de su verdad!», exclamaría alguien al ver a un mareado en la acera de enfrente. ¿Pero qué es lo que acontece exactamente en la cabeza de un mareado? ¿Qué lo motiva? ¿Qué lo arroja hacia la intimidad de su desvarío? Pues nada y esto es lo mejor. Nada en realidad lo empuja. Esta es la respuesta. Absolutamente nada. ¿Y por qué? Pues porque nada es el mejor pretexto para el auténtico regocijo. «¿Intercambiamos pases?», le preguntarían. «Ni hablar —respondería con facilidad—, por nada del mundo te cedería este minuto... ni siquiera una fracción». Naturalmente, un mareado es un narcisista. Busca el placer en sí mismo y aun tomándolo del exterior se mimetiza con él y lo contempla. Lo atesora. Se deja ir. Se carcajea. Fuera del estímulo, un mareado es un tipo cualquiera.

Las estructuras formaban unos enormes circuitos. Elevados y caprichosos entramados, en apariencia endebles, que en su recorrido obsequiaban una alegría siniestra como la del abuelo que expulsa a su nieto por los aires repetidas veces ante la mirada horrorizada de sus padres. Queríamos subir a todas las atracciones y nos alistamos para esa empresa con cierto aire de naturalidad intentando disimular nuestro entusiasmo, aunque era muy poco probable que alguien deambulara sobre el césped preocupado por guardar las apariencias.

A lo largo de unas cuatro horas, fuimos sacudidos, elevados hasta ser diminutos, contraídos, saturados, reducidos al efecto visual de nuestro arrastre. Se nos obligó a permanecer sentados, a soportar la presión de las trampas de seguridad, a responder con alaridos desde todas direcciones, a engullir la afonía con deleite, a precipitarnos y acelerar y acelerar y acelerar más aún. Sentir una vorágine de pulsaciones antagónicas, mantenernos en la lucha entre el miedo y la euforia, vivir siendo una contradicción, acalambrarnos de cabo a rabo y acelerar y acelerar y acelerar, eso era todo. Además de reír, por supuesto. Reír atronadora y desquiciadamente. Incluso experiencias desagradables estimulaban nuestras carcajadas. Por ejemplo, el Túnel del Terror. El miedo palpitaba en cada uno de nuestros pasos, sí, pero al terminar el recorrido nos despreciábamos unos a otros con regocijo, estábamos completamente mareados. Compartíamos aquella dicha de entregarnos al nerviosismo de los actos nuevos, aunque cada quien bajo los efectos de un estimulante diferente. Podría decir que Santiago y Preeda estaban felices. Nunca antes los vi prodigarse tantos mimos. Camila abandonó todo rastro de timidez y se mostró despreocupada ante aquellos que, aún en la intimidad de la camaradería franca, constituían en su mundo el espacio de lo público. Por mi parte, ni siquiera recordaba que para entonces Leslie había destacado en los roles. No me hubiera importado verlo, ni recordar que la vieja pasiva de Adelaide me había sermoneado por perder su dinero al no asistir a una de mis actuaciones. También había olvidado el día en que Cheché escoltó a Mimí, que asistía en calidad de representante, hasta la oficina de aquellos harapos inmundos que eran las dueñas del Before. No podía ser más feliz ni

aunque hubiera podido ser lanzado para no volver. Ninguna felicidad hubiera podido ser mayor. Aunque en ese preciso momento Camila hubiera conseguido parir a un pequeño niño y lo nombrara como su padre. Ello no hubiera aumentado mi gozo. Podría haberse fundido con él sin generar incremento alguno, sin generar una vibración con la potencia mínima para ser notada. El hecho hubiera pasado desapercibido como un objeto innecesario, como algo menos que accesorio, como un pisapapeles en una casa de empeño, como algo cuya prodigiosa existencia desconocemos o no podemos dejar de ignorar absortos en las oscilaciones arbitrarias de una gran mosca de la fruta. Nada, absolutamente nada, era mejor que ser un mareado.

Pero el agotamiento físico llegó y decidimos aplastarnos contra unas coloridas bancas en forma de payasos. Allí descendimos. Allí quisimos llorar. Allí nos aferramos unos a otros; primero con las uñas de los dedos; luego con el rabillo del ojo. Y allí, finalmente, nos dejamos vencer.

—Tengo ganas de subirme a uno más —dijo Camila como intentando recuperar algo o simplemente como buscando algún insecto entre el césped—. Uno más antes de irnos, por favor.

Recordé que tuve curiosidad por uno de los más viejos armatostes del parque, uno que se encontraba en la zona oeste y no demoré en sugerirlo.

—¡Al Spider 3000! —Grité.

—¡Yi! —Me secundó Santiago—. ¡Al Spider 3000!

Era una especie de carrusel monstruoso, monstruoso y de mal gusto.

Cuaderno de prisión.

Septiembre, 04, 2077

Se trataba de un cacharro viejo, naturalmente, pero el deterioro había pasado a ser un ornamento más, como la vajilla fina o los candelabros, en el hogar de cualquier familia digna de mención. Estaba en las paredes, en las fachadas, sobre cualquier objeto o superficie con una sofisticación enfermiza. Extrañábamos algo que no lográbamos recordar y lo copiábamos de fotografías antiguas. El pasado era una claridad apenas visible en el horizonte y hacia ella nos dirigíamos. Las personas íbamos de un lado a otro como los oseznos que aprenden a calcular la distancia mirando sus huellas sobre la nieve. En este acto nos acercábamos al hartazgo y en cada pisada la furia nos mordía los pies. Pero este caso no era solo melancolía. En efecto, se trataba realmente de un viejo cacharro puesto en funcionamiento a milagro de no sé quién.

El armatoste no carecía de cierta laboriosidad. Una gran estructura en forma piramidal en cuya cima la figura apenas verosímil de un arácnido, de tórax negro y abdomen rojo, trataba generar pánico y horror entre los mareados. Lo que lograba, no sin cierta complicidad, era reproducir algo parecido a la antipatía, a la repugnancia o, las más de las veces, al simple desencanto. A esa base acrílica se unían un primer grupo de barras ascendentes remachadas, en sus puntas, a sus reflejos. Este segundo grupo se prolongaba hasta un par de metros después de los cuales se rompía y dividía nuevamente, esta vez, en cuatro apéndices menores adornados con unos pequeños receptáculos que fingían ser insectos atrapados en una imposible telaraña. En total, 16 vehículos para el doble de personas.

Regimos las posiciones. A Santiago le tocó viajar con Camila y abordaron una mosca amarilla. Preeda y yo nos acomodamos en una azul con pintitas negras. Aguardamos en silencio a que el Spider 3000 empezara a dar vueltas. Minutos después, el armatoste no había realizado una sola revolución. El encargado se nos acercó y nos invitó a abordar otro bicho con el fin de lograr el equilibrio necesario para echar andar la máquina sin involucrar la seguridad de los tripulantes. Preeda y yo abandonamos el bicho con la molestia del anhelo

pospuesto y nos enrumbamos a uno nuevo con exagerada parsimonia. Preeda y yo disfrutábamos pasar por alto los golpes que Camila y Santiago daban al metal para apurarnos. ¿Podíamos, Preeda y yo, llegar a ser cómplices en aquel estado de fingida apatía? ¿Podíamos madurar una estrategia para someter al entorno al fastidio de nuestra disconformidad absoluta? Finalmente, abordamos un nuevo vehículo. Tras un fugaz estrépito el conjunto empezó a acelerar y los bichos flotaban en círculos al tiempo que ascendían y descendían metódicamente. Incluso aquel movimiento simple y programado nos transportó de inmediato a una vida de júbilo. Un pequeño vértigo nos invadía en cada variación. Nada como el regocijo del balanceo, pensé. Frente a nosotros, nuestros acompañantes también se divertían.

Para disfrutar de un viaje como ese no era necesario un mínimo grado de empatía. Bajo el estímulo necesario, los desconocidos son capaces de sentir felicidad sincera. En ese momento, ni Preeda ni yo ni nadie teníamos algo más en mente que el dejarnos mecer complacidos. Imaginé una tregua temporal, pero apenas transcurrido un minuto supe que el adjetivo me duraría muy poco.

—¿Qué te ha parecido todo? —Me preguntó Preeda.

—Muy divertido —le respondí tratando de sacudirme la pregunta lo más rápido posible. Pero entonces, por alguna razón que desconozco, cambié el rumbo de lo que podría llamarse una conversación.

—Te he visto hace unos días —le dije.

—¿Dónde? —Me preguntó.

—En Sé. Frente a los anticuarios.

—Me estás confundiendo con alguien más —me dijo. Sus pestañas vibraban con el viento.

—Estoy seguro de que eras tú —le dije y, entonces, Preeda me miró fijamente.

—¿Se lo dirás? —Me preguntó.

—Me quedé callado.

—No estoy dispuesta a deberte nada —agregó.

Al inicio sus encuentros se habían reducido a la sencilla relación entre un quiropráctico y su paciente. Preeda había ido a verlo por recomendación de Camila que por entonces lo frecuentaba, básicamente, para recibir masajes. La idea era probar con algo distinto y así fue como esa sencilla relación entre un quiropráctico y su paciente se tornó en ese algo *muy* distinto al que se expone toda persona que cree haber encontrado a un guía. Preeda lo respetaba. Ante sus ojos se trataba de una gran y noble y maravillosa persona, no exenta de excesos, claro, pero ellos solo enaltecían su lado más desgarradoramente humano. Una tarde, Preeda decidió revelarle la cartografía de su decepción. Y él hizo lo correcto: la invitó a cenar. Por puro respeto a las formas fueron realmente a cenar, pero luego decidieron beber unas copas. Antes de la media noche de ese día, se encontraban el uno junto al otro, desnudos, exhaustos, embriagados.

Esta furtividad rápidamente se tornó rutinaria y emocional. Pasaron las semanas y las estaciones. Asistieron juntos a algunas reuniones. Podría decirse que Preeda buscaba en ese cuerpo el cuerpo de su esposo, pero quizás esto sería exagerar. Tal vez no anhelaba un cuerpo transmutado, una ficción, sino solo el aroma de otro cuerpo. Ansiaba desvincularse, ser parte de aquella otra carne cuyo principio motor o espíritu admiraba. Quizá en el fondo lo que sentía Preeda era gratitud por haber sido elegida a pesar de su cojera, por haber sido fornicada salvajemente, pero quizás no, quizás solo sentía otra mujer, una mujer nueva, elevada. Sabía que las mujeres del Nuevo Ming estilaban poseer muchos amantes en el transcurso de sus vidas y veía en esto un peldaño menos en sus aspiraciones.

Al pensar de esa manera, sentí que le otorgaba a Preeda un salvoconducto. Me sentí desleal. Santiago amaba a esa mujer más que a nada en el mundo.

—Se lo merece —me dijo Preeda cuando el cacharro empezaba a disminuir su velocidad con cada revolución—. Siempre me trató como a un muerto.

Preeda cerró las palmas sobre el tubo metálico que funcionaba como único sistema de seguridad del Spider 3000.

—Se lo merece —enfaticó—. Esto no ha sido lo peor que me ha hecho.

Preeda miró hacia la mosca amarilla que transportaba a Camila y a Santiago. A pesar de que la estructura apenas y seguía girando, gritaban como un par de locos histéricos.

—Él me ha hecho esto —insistió Preeda—. Sí, él me ha hecho esto a mí.

Cuando finalmente la estructura dejó de moverse, Preeda fijó su pierna buena hasta la superficie metálica que soportaba al Spider 3000, luego arrastró la otra haciendo un esfuerzo.

—Te equivocas —le dije—. Merece odiarte tanto como tú a él.

Preeda metió una mano en el bolso de piel castaña. Una vez que encontró lo que buscaba colocó el objeto sobre mi palma inconscientemente extendida.

—Es para ti —me dijo.

Era un cilindro.

Y quitó las manos de sus ojos y el que era ciego miró y entonces
Gautama le dijo: No vuelvas a Magadha.

Upāli 8:25

Mientras surcaba la inmemorial residencia del abuelo Víctor, cada palabra pronunciada por la tía Lili caía desordenadamente sobre la cabeza de Humberto que aún no había podido corresponder al saludo de la muerte.

—Me dijo que no tenía hambre —le dijo la tía Lili—, que quería leer y yo no me di cuenta que estaba muriendo a pesar de que nos dijo que la muerte le había quitado el hambre a su hermana Mercedes, que ellos siempre habían sufrido lo mismo. Cuando quise despertarlo, ya se había muerto, Humbertito, pero lindo. Tenía en el pecho el libro de *Viaje a la China* que tanto le gustaba. Limpiecito. Aromado. Sin sufrimiento. Hermosa su muerte.

Humberto se vio frente a la puerta de la habitación de su abuelo. Se había dejado conducir por el corredor de la casa aferrado al brazo de su la tía Lili.

—Entra al cuarto —le dijo ella—, mírale la cara, así nacen los sabios, Humbertito, como si fueran muertos.

Al viejo Víctor le gustaban los cuentos chinos. Cuando era pequeño, el abuelo le relató a Humberto la insólita historia de un antiguo mago que, perseguido por el Emperador y mediante arcanos, se multiplicó tantas veces que la región completa, a excepción de sus perseguidores, terminó siendo una colonia de duplicados del mago. También le contó que la abuela Gladys había encontrado un pepita de oro en uno de sus viajes a la sierra y que estaba escondida en un lugar de esa casa.

Sin darse cuenta, Humberto ya estaba dentro de la habitación de su abuelo. Su rostro emanaba esa felicidad del niño que remeda los gestos oxidados de un anciano. Hace más de cuarenta años que el abuelo vivía con siete perdigones enterrados en la espalda, siete semillas sembradas por la autoridad al desertar de un fumadero de opio clandestino emplazado a los alrededores del puente Abancay y cuya intervención había sido llevada a cabo, naturalmente, con la ayuda de un soplón. Más que de alivio, la muerte le había servido de cómplice al abuelo, pensó Humberto.

Cuando la República popular China (*Zhōnghuá Rénmín Gònghéguó*) cayó en manos del Nuevo Ming, el viejo Víctor creyó estar presenciando el fin de la guerra. Sin poder disimular su entusiasmo, leía el *Edicto Imperial para el Gran Gran Retorno* (*Séng Zhǐ Tǒng Wàng Wàng Bān Sì*) a todo el que se interesara en escucharlo:

El agosto emperador Jíxiáng, por la gracia del Cielo y del orden de los tiempos, declara con este escrito sus intenciones al pueblo:

Desde que Su Majestad Fánrong me concedió la autoridad sobre esta tierra, presa de incontables desvaríos, entre las sendas de Beijing, por muchas noches, me he dedicado a deambular. Semejante a las nubes, esa prisión marina en que otra noche se arrastra, mi mente vagabundeaba por las alturas sin saber dónde arrojar su húmeda carga. Por aquel entonces escribí:

Una hilandera de labios delicados
tensa los hilos del rubor a la mañana.

Pero aquella quimera era el delirio de una mente demasiado involucrada con las formas, con demasiada nostalgia matutina, con demasiado occidente.

Al final de esta época estéril regresé al ajetreo adornado de mis labores imperiales, circunstancia que, para mi fortuna, dispuso mi cura de sueño. Desde entonces, he puesto todos mis esfuerzos en recuperar la grandeza de mi pueblo. Así, a través de la presente, y haciendo uso de mi renovada voluntad, he llegado a las siguientes conclusiones:

1. Nuestro pueblo ostenta el ingenio pertinaz del ginkgo que retoña en el campo de batalla, tras la batalla;

2. La dinastía representa una fuente de estímulo inagotable para el glorioso desarrollo de las ciencias y las artes en todas sus manifestaciones;
3. La caligrafía traduce el temple del espíritu que ha sido cultivado en la contemplación y en la fortuna;
4. La producción de los sabios en que rebosa la historia del Nuevo Ming debe ser conservada a cualquier costo;
5. El Imperio está representado por cada uno de sus miembros, dentro y fuera de la Gran Gran Muralla;

Por todo ello, desde mañana al mediodía, se permitirá el ingreso al territorio a todo aquel que pueda demostrar pertenecer al Nuevo Ming.

*Primer año del Nuevo Ming
En el primer día de la décima luna*

El Nudo siempre le había temido al abuelo Víctor.

—Tiene algo en la mirada que me jode, Chino, mejor te espero afuera—, se excusaba evitando ofender a nadie.

El abuelo Víctor murió con los ojos abiertos como dos gajos de mandarina y la tía Lili no los cerró porque su hermano quiso en vida seguir amedrentando al Nudo después de muerto.

—Los chinos se mueren con los ojos abiertos —le dijo alguna vez—, cuando el viejo se enfríe no me busques, yo solito iré, palabra.

Gertrudis nunca entendió que la amistad de Humberto con el Nudo era la maduración de un extraño y lejano parentesco del cual ambos eran solo accidentes. Muchas veces el Nudo salvó su vida con su sola presencia o apoyándolo en una bronca.

—Las mujeres son como moscas, Chino —le dijo un día a Humberto—. Por ejemplo, la Gertrudis. Yo no podría estar con una mujer así, no digo que sea mala mujer, sino que hay mujeres a las que les gustan los chinos y otras a las que no —y terminó la sentencia con una gran carcajada.

El Nudo era negro y lánguido como un atajo. Sobre la procedencia de su apodo se había acumulado demasiada habladuría, algunas explicaciones incluían a Margarita, su ex mujer. Humberto decidió almacenar aquella duda pues la entendía comprometida y susceptible como el vidrio.

Gertrudis había ido a visitar Úrsula, la madra de Humberto, por lo que ya debería estar enterada y en camino

—¡Tu mujer, Chino, se muere! —Gritó el Nudo penetrando violentamente en el velatorio.

Antes de embalar rumbo a Cangallo, Humberto reparó en el enternecido abuelo y aunque la perspicacia de esa prisa, a modo de artificio, lo llevaba a pensar que solo cabía la ternura en aquel cuerpo de terracota, logró fijar la atención en el rostro de Víctor. Sus mejillas mantenían aún un delicado tinte, su cabeza era una migración o un exilio y sus labios sugerían montañas solitarias. Con un último acierto de la percepción, Humberto advirtió que entre tanta travesura de sinograma uno de los ojos conservaba aún algo de su antiguo mirar, ese brillo con el que la luz parecía competir y que se aferraba nerviosamente a la existencia terrena como la miel fresca, como dorada miel fresca.

El teatro de marionetas japonés Ningyō Jōruri (Yāt bun zhek faai lōi) conocido comúnmente como Bunraku, en referencia al edificio en que las primeras representaciones fueron llevadas a cabo, constituye el punto más elevado de sofisticación del objeto en los esplendores de la cultura nipona. El manejo de las marionetas, de gran tamaño, exige el cultivo de la empatía, pues sus delicados mecanismos precisan de la coordinación de tres maestros en el arte: el *omo-zukai* controla la cabeza, los gestos del rostro y la mano derecha del muñeco, el *hidari-zukai* se encarga del movimiento de la mano izquierda y el *ashi-zukai* conduce el tránsito de piernas y pies.

Esta práctica celebra el imperio de la sombra. Los tres marionetistas se muestran al público, vestidos con trajes negros y encapuchados. Unido a esto, la tenue iluminación del escenario, que puede resultar macabra para el espectador foráneo, suaviza el aspecto del rostro de los muñecos otorgándoles naturalidad al difuminar sus contornos rígidos. La oscuridad es, pues, tanto noción general como herramienta específica: justifica lo visible. Es así que los titiriteros manifiestan su ineludible ausencia en un estado capaz de reproducir, al modo de un reflectógrafo opaco, el espejismo de la comedia social sobre un lienzo artificialmente patinado.

Después de cada función, la marioneta es despedazada y guardada con extremo cuidado en un cajón.

Ningyō Jōruri, Enciclopedia personal

Durante dos años no había perdido una sola vez en los roles. Lo que me llevó a la victoria una y otra vez fue el *balance* (*péng hǎng*). Este se encuentra en la percepción, en cómo uno se observa o en cómo desea observarse y ser observado. Siempre me imaginé siendo acechado por un gran público. Millones de personas atentas a mis traslados, respirando a mi voluntad, ambicionando cada una de mis variaciones. Ensayaba incansablemente gestos y contorciones hasta agotar la imitación y pasar ser la persona. La elección del personaje era fundamental y requería meditación, paciencia y entrega absoluta. ¿Intentar razonar como una joven esclava me haría parecer más real? De ninguna manera. La imitación exige sinceridad. Cuando construía un personaje pensaba en mí mismo como un juez de sus movimientos. Otro espíritu exige la puesta en escena. El apasionamiento ayuda a la gestación, pero en la ejecución es un lastre que tiende al desborde. Se necesita una medida y esta se encuentra en el carácter del intérprete. El no perder en los roles a lo largo de dos años se lo debía a ese *balance*, pero también al hecho de haberme considerado una joya desmentida, bisutería en búsqueda de la belleza en la conciencia misma de su escaso valor o en el carácter imitativo de su propia intimidad. Estudiaba cada movimiento en base a cuestionamientos cuyas respuestas iba hilvanando. ¿A quién quería mostrar? ¿En qué lugar del escenario debía posicionarme? ¿En qué momento? A estas preguntas les daba una respuesta corporal. Asirme al verbo solo hubiera logrado desencadenar un sinnúmero de preguntas subsecuentes y el personaje hubiera, así, terminado por disolverse en el abismo de una incógnita infinita como mi vida, que era de lo que trataba de escapar. Nuevas preguntas para recordarme lo obvio: no soy nadie más que yo y esto es un hecho irrefutable como las dimensiones de un rascacielos. Los rascacielos de Zhuhai albergan diariamente a cientos de individuos, entre verdes y extranjeros, pero más allá de ser un objeto intermediario entre dos mundos es una caja limitada. Cada persona, cada gran personalidad hospedada en él no es más que una cifra. De allí mi rechazo. Si hubiese respondido verbalmente a una sola de las preguntas que podría haberme

planteado, con toda seguridad hubiese arañado en mi cabeza una nueva. ¿Quién era yo? ¿Quién diablos era yo? Una respuesta corporal, por el contrario, solo me podía arrojar a esa otra vida a la que me aferraría el tiempo necesario. En ese lapso mi cuerpo hablaría consigo mismo, pero en armonía con el sonido, montando con ello la representación. Taparme la boca con las manos podría haber colmado la masa de mi experiencia y representarme como dibujado al carboncillo: la expresión amable, la mirada difusa, el trazo aparentemente torpe y las repercusiones de cada escala.

Cuando me presenté por primera vez en el Before, nadie vio en mí a un bailarín. Estamos buscando a una señorita, me dijo la vieja Isabele. Alguien que baile y que sepa atender al público masculino. Pero le insistí tanto que finalmente accedió a juzgar mi desenvolvimiento sobre las tablas. Aquella vez no había público y Cheché estaba en la puerta del bar, sin apoyarse en ella y sin presentar indicios de agotamiento físico alguno. Los dejé boquiabiertos. Isabele mencionó algunos detalles sobre la concurrencia, pero le dije que era un hombre desesperado y, bajo la promesa de un sueldo miserable que engordaría con propinas, se zanjó el asunto. Empezaba en una semana.

Al principio, las actuaciones en el Before no me servían más que para pagar la renta y beber gratis. No había más que eso en juego. Para cuando salía al escenario, el público estaba tan eufórico que el peor espectáculo les hubiera parecido un prodigio. La iluminación incrementaba ese delirio antes que aumentar el impacto visual de mi actuación que, sin embargo, nunca pasó desapercibida. Como lo habían imaginado hace quinientos años, el futuro no podía ser sino extravagante hasta el aburrimiento y para aquel público yo apenas era una extravagancia del montón. Entonces pensaba que el Before no era lugar para mí, que se trataba de mi sala de ensayo, de un laboratorio invertido en el que la rata experimentaba sus posibilidades al margen de los intereses de sus captores, el espacio en el que el error no marcaba un final y en el que mis libertades estilísticas serían pulidas o abandonadas. Ser visto era lo único que me interesaba.

El Virgin era un volcán pirotécnico clavado entre Cordoaria y Cinco de Outubro, en lo que había sido casi cien años atrás una importante zona hotelera de Macao. La arquitectura rudimentaria del lugar obedecía únicamente a fines estéticos. Disimular el esnobismo había dejado de ser una preocupación desde que el mundo se había entregado a la añoranza. No se buscaba solo la imitación del pasado, sino que el recuerdo se retocaba con los más diversos y modernos detalles. Ninguno de los toneles del bar llevaba una gota de licor. Se limitaban a estar allí ornamentando el lugar como mamíferos extintos. Nada de eso me importaba. Había vuelto allí para demostrarle a Leslie que yo también podía resaltar en su reino. Cuando llegó mi turno, intenté retratar a una tanguera de San Nicolás, pero un intenso ataque de asma me impidió finalizar el acto.

Fue en el año nuevo del 63 que logré triunfar por primera vez en los roles. Medio Macao estaba en la protesta exigiendo que la Comunidad de Buenos Vecinos del Nuevo Ming (*Méng Sān Ge Seé Wuí Tiin Tái Gaai Gáñ Lón*) regalara un mayor número de visas que el que venía ofreciendo anualmente desde hace más de dos décadas. A pesar de ello, el Before estaba repleto.

En la parte posterior del escenario, una gran tela representaba un campo nevado con troncos esparcidos caprichosamente. La luz azul que caía sobre el motivo infundía un sentimiento de extraña apatía. Había ensayado mi número hasta el cansancio, pero no podía dejar de pensar en el ojo cultivado, ese ojo gigantesco que había mirado hacia otro lado en mis primeras actuaciones. Hubiera sido vergonzoso escapar, por lo que me situé en el centro del paisaje artificial antes de que el valor me abandonara. La música se dejó oír. Cerré los ojos. Junté los labios. Me entregué a la sucesión de mis movimientos y fui una hoja seca sometida a los antojos del viento.

En el baile, un paso no es seguido por otro en el mismo sentido e invariablemente. Cambios de curso, repeticiones, elevaciones y descensos se

apoderan de los huesos y de los músculos para obligarlos a renacer dentro del flujo constante de la melodía y colmar de vitalidad al entorno. La pieza transcurrió vertiginosamente y concluyó extasiada de sí misma. En el espejo mayor del salón pude observar que era ligero y desenfrenado, que habitaba la indecencia con un par de gestos, con ese cinismo lúdico del charlatán. Me sentí azorado y culpable, pero no me importó. Sí, era frágil, pero también noble y, sobre todo, hermoso.

Finalmente había triunfado en los roles.

Nunca pensé que volvería a pisar el Virgin.

El día en que perdí ante Leslie, él interpretó *La dama de los molinos*, pieza con la que yo mismo había sorprendido al jurado un tiempo atrás. Santiago y Preeda estaban entre el público. Cuando se anunció al ganador, el júbilo se apoderó de ella y juro que la vi aplaudir hasta que sus palmas se pusieron rojas y calientes.

—Nada de esto hubiera sido posible sin la inspiración constante de quien considero mi maestro —dijo Leslie y me invitó a compartir el escenario.

Ambos fuimos ovacionados, pero sabía que solo a uno le era lícito sentir verdadera dicha. En el camerino nos felicitamos con una amabilidad fingida. Ante una señal, Leslie se alisó el cabello y se dejó conducir del brazo de Mimí. Lo vi alejarse groseramente, contorneando con matices femeninos toda su figura. Apenas la pareja había abandonado el camerino, Santiago y Preeda entraron en él con diferentes semblantes.

—Quiero decirte que considero injusto el veredicto —me dijo ella.

—¡Y habló la gran puta! —Le grité.

Los espejos temblaron. La puerta chilló obsenamente. Joyas, vestidos y una respiración caníbal se adhirieron a mí en una alegoría exuberante del ocaso. Santiago se quedó conmigo. Me sentó sobre una silla de falso cuero blanco y me obligó a inhalar de su cilindro... dos, tres, cuatro repeticiones y la repudiada

calma, la iluminación volvía a tener estabilidad y el camerino volvía a mostrarme la claridad de su desorden. Pero también regresó mi memoria y, con ella, la voz de Leslie y la mirada de Mimí y la sonrisa de Preeda.

Adelaide me sugirió que usara tus cheongsam antes de que se echaran a perder. Naturalmente, rechacé la oferta, pero me los traje a casa para evitar que alguien más lo hiciera. Estoy seguro de que la vieja se muere por largarme. No me importa. Todo es tan aburrido aquí sin ti. ¿Por qué te quedaste callado? ¿Por qué no dijiste algo?

Wilfredo Sy Magbanua (Leslie). Carta [fragmento].

Agosto, 6, 2067.

Después de aquel día, los encuentros con Santiago fueron relativamente escasos. Con frecuencia era yo quien los evitaba, aunque él también ponía de su parte, sobre todo cuando Preeda organizaba alguna reunión de último momento o insistía en ir a visitar a sus padres, cosa que no había hecho antes. Entonces Santiago le quitaba el polvo a sus recuerdos infantiles y se dejaba convencer. Luego iba y volvía del trabajo sin mucho ánimo hasta que Preeda volvía a proponerle algo y así pasaba el tiempo. Al menos, eso me parecía. Yo ocupaba mi tiempo adivinando las intenciones de las personas. Quien me odiaba. Quien podía amarme. Vivía adivinando la voluntad de Santiago. Aquella voluntad que no era la suya, sino la agresiva pulsación de otro antojo, el de Preeda. Es cierto que en Macao nadie era quién creía ser realmente, pero Santiago se encontraba más cerca que nadie del suelo. Las veces que nos cruzamos, no pude dejar de percibir el perfume de Preeda. Ese aroma elevado y ofensivo al olfato que destilaba cuando él fingía no verme. ¿Por qué volver al Before? ¿Para qué frecuentar ese antro si ya no era una experiencia compartida? ¿Para qué empaparme de aquella mezcla de tabaco y tecnicolor que ocupaba toda la estancia incluso cuando estaba vacía? Algún residuo de orgullo me obligaba a pensar en mí como a la respuesta a cualquier interrogante. La distancia nos unía. Aquel salón era el receptáculo en que algunos de nuestros hilos aún se tensaban en absurda persistencia. Y allí, acumulando innumerables adjetivos sin razón alguna, yo era un obsesivo del montón, un mitómano, una nada. ¿Qué noche fue aquella en que sentí por última vez otros labios contra los míos? No podría decirlo. Las transiciones eran eventos registrados por la historia del Before, una historia que nadie quería leer.

Más de una década después, todo estaría igual de oscuro. Mi obsesión carecía de límites. Pasaba días enteros embriagándome en el Before. Continuaba imaginando, como hoy, como ayer, como mañana, a esa gran multitud que me observaba, que me alababa, que se enternecía conmigo, que me acusaba. No había vuelto al Virgin. Aunque hubiese triunfado, nada podía devolverme la

seguridad perdida. Un día se apareció Mimí en el Before. Tenía una cita con las pasivas. Esta vez no estaba escoltado. Las frecuentes victorias de Mimí lo habían hecho un animal seguro de sí mismo. Al salir me miró con pena, casi sin querer.

—Estás acabado, Rey —imaginé que me decía—. Estás completamente acabado.

A la semana siguiente, a eso del mediodía, fue Leslie quien entró en el Before. Era evidente que ya no se trataba de la pasiva que se enforzaba en imitarme. Cierta serenidad recorría su menudo cuerpo con osadía. Sus maneras evidenciaban el placer de quien entiende que ha logrado algo en la vida. El vestido llevaba puesto resaltaba su figura, su natural disposición para la cadencia.

—Tengo un trabajo para ti —me dijo.

—No me interesa —le respondí.

—No es nada del otro mundo —agregó—. Armé un nuevo número. Sería un honor.

Lo miré con furia, tratando de hacerle entender que nada me costaba ver más allá de su barong de *nipis*, que no podía engañarme.

—Los ensayos son en el Virgin —prosiguió con nerviosismo—. Los jueves. A las tres de la tarde.

Dicho esto se dirigió a su camerino sin hacer sonido alguno. Así de tenue era el nuevo Leslie. Observé mi reloj. Poco más de las seis. Las horas se aferraban a mi piel y no lograba quitármelas de encima sino a costa de un gran dolor, de un desgarró continuo. La tarde (*yát lok*) era tan solo la expresión que usaba para referirme al preámbulo de mi sosiego y cuyo sentido empezaba a olvidar. En un par de horas las puertas del Before se abrirán al público, pensé. Con el escándalo podré distraer mi mente, vaciarla de palabras.

Cheché se acercó.

—Necesitas prepararte, Rey —me dijo.

—Ya voy, negro —le dije—. Un trago más y al camerino.

Cheché miró al Bruto con sus enormes ojos. Este empezó a mover los ojos de un lado a otro como un cachoro que hubiese sido regañado y me sirvió otro ruso.

Al concluir mi número me encontré con Santiago apoyado sobre la barra. Conversaba animadamente con el nuevo novio de Adelaide, un joven verde que al verme llegar se apartó entre bromas rápidas sin disimular su menosprecio.

—Es más mujer que mi madre —le dije a Santiago—. Está estafando a la vieja.

—La casa invita, Rey —dijo el Bruto interrumpiéndome.

Santiago se limitó a sonreír.

Me desplomé en el banco más próximo y pedí dos rusos. Bebí el mío de un solo trago. El ruido no lograba enmascarar la densidad del silencio que se interponía entre nosotros, por lo que decidí forzar una puerta.

—Bebe —le dije.

Santiago tomó su vaso, dio dos sorbos y lo estampo sobre la barra. Luego encendió un cigarrillo, me miró y fingió otra sonrisa. El humo se balanceaba con dificultad. Azul, verde, rojo y nuevamente azul erraba manipulado por el capricho de una realidad mucho más tenue.

—Preeda lo siente mucho, *bāt siú* —me dijo, casi gritando—. Pero jamás te lo dirá. *Chøng mei*. Deberías intentar hablar con ella. *Neí døi kõi kæng*.

Iba a responderle cuando la música se detuvo.

Adelaide apareció en el escenario. Sabía perfectamente de qué se trataba: Leslie haría su debut como estelar. Con acento impostado presentó a Leslie. La actuación duró unos veinte minutos e incluyó un elemento para mí insólito: la voz. Una voz estrepitosa, plegada a destiempo, interrumpía la grabación. Sentí pena por Leslie. Estaba acabado, acabado desde el principio, completamente acabado por carecer de la moderación que la gloria exige. Al terminar la

representación el público aplaudió con el entusiasmo propio de quien aún no cae en cuenta del engaño al que lo ha empujado la ausencia de estímulos recurrentes. Leslie había traicionado la esencia de los roles. La desmesura que lo había llevado a desconfiar del gesto lo aporreaba por la espalda. Aquel esplendor era falaz por excesivo. Leslie había fracasado en grande y lo ignoraba. Había fracasado completamente.

La música volvió y con ella el silencio de Santiago. El Bruto se acercó y levantó las cejas. A falta de respuesta nos deslizó dos Sangres. Sin haber tocado su botella, Santiago se puso de pie y empezó a caminar hacia la salida.

—Merecían odiarse —le dije como atascándolo y, en efecto, se detuvo.

—*Māt yeé?*

—Aquel día en el Spider —me expliqué—. Le dije que merecían odiarse.

Aquella rápida confesión no era otra cosa que una petición de misericordia, la llamada telefónica que todo recluso espera realizar antes de la media noche, con un poco de conciencia jurídica y otro poco de desesperación. Entre ambos se interponía la lobreguez de ese presente que era como un objeto minúsculo y oxidado que dejábamos estar junto a nosotros.

—Camila solo habla de ti —me dijo Santiago, *Khí chøng neí zhií yáú gónǵ*, y reanudó su marcha.

La muchedumbre me ocultó su figura mucho antes de que el portón de escape se encontrara con las puntas de sus zapatos. El orgullo residual que me habitaba, que punzaba temeroso como un pichón abandonado me impedía acariciar el recuerdo de la silueta de Camila o del rostro de Camila o de su nombre. Recordé, por el contrario, el diálogo de una antigua comedia. «¡No me digas!», exclamaba un hombre que bien hubiese podido ser el Bruto. Cheché contemplaba mi abandono. «¡Te besuqueas con todo el mundo!» Con sus descomunales piernas, el mulato empezó a acercarse hasta donde yo estaba. Mientras balanceaba su tremebunda masa, una pesadilla iba invadiendo paulatinamente los detalles de su rostro. «¡Con Ralphy, con Al, con Leo, con ese cojo del 32, con Gil, con Bernardo, con Cliff!» Y aquel gorila de aspecto temible

y alma bondadosa se acomodó las trenzas tirándolas por detrás de las orejas sin lograr dominarlas.

—Ya está bien, Rey —me dijo y le hizo una seña al Bruto.

—Está bien —le dije.

Bajé la mirada. Mi vaso aún conservaba algo de licor. Lo apuré y avancé hacia los camerinos no sin dificultad y con un ligero ardor en la garganta. Cheché se apresuró a escoltarme. ¿Por qué me fui a los camerinos si lo que deseaba era correr, dar brincos? Mis uñas brillaban con una intensidad metálica. ¿Era aquel brillo la razón de mi pasividad? ¿O era acaso el neón que manaba de mis tacones? Quería recordar la última vez que tuve una conversación animada con Santiago, pero no pude recordar siquiera haber tenido una conversación con él. Mientras más luchaba, más claro se hacía mi desconcierto. ¿Quién era ese tal Santiago? Y entonces volvió ese otro hombre que, vestido de gala, exhibía una lucidez mórbida que no aplacada ni su figura rolliza ni su melena canosa. La voz metálica y en sus manos empalidecidas, el frío metal de una Thompson. «Ahora de rodillas». Imaginé una mueca de perversidad. «Ahora de rodillas y dime que me amas».

Se establece etiología médico legal de la muerte de tipo violenta homicida como consecuencia de múltiples lesiones por arma blanca punzo cortante en el brazo izquierdo, antebrazo derecho y en las partes anterior derecha e izquierda, posterior derecha y lateral izquierda del tórax. Las puñaladas se habrían producido a corta distancia, no superior a medio metro, con una trayectoria que va de arriba abajo y de izquierda a derecha, provocando lesiones mortales en tráquea, vasos sanguíneos, corazón y pulmones.

Dra. Wú Xīnyí. Dictamen de necrópsia de Preeda Saensuk. Informe pericial médico forense (pág. 2).

Julio, 10, 2066

Transcribo a continuación, aunque no sin cierto artificio, la breve respuesta que, cuidando el tono de mi voz, le ofrecí al detective en la estación de policías de Almirante Lacerda en la que fui retenido:

Para entonces⁸, después de, propiamente, la protesta, cuando la turba enloquecida pugnaba por retornar a las calles más recónditas de Macao, es decir, cuando una bengala había sido finalmente disparada usando como pretexto la furia de una madre que, indignada por el desinterés de las autoridades locales ante el reciente y escandaloso atentado⁹ contra el mayor de sus hijos, había

⁸ Es decir, para cuando llegué a la protesta, un par de horas antes de que me arrestaran acusándome de haber asesinado a Preeda. Ante mis ojos, el cielo se iba tiñendo de rojo como la venda sobre la cabeza del herido. Abajo, la multitud desesperada corría colmando todas las rutas de escape. Yo resistía al llamado de la desesperación con la esperanza de encontrar nuevamente a Santiago perdido entre la gente, pálido, disminuido, intentando pedir auxilio, abriendo y cerrando la boca sin poder decir nada. Anhelaba verlo indefenso, ver que su vida dependía del cilindro que guardaba en mi bolsillo, de esa descarga que le devolvería el aliento y las fuerzas necesarias para volver a ser parte de aquella masa volátil en la huida, el único momento en que Santiago se entregaba completamente a la masa. La evasión lo reconfortaba, le devolvía esa seguridad que ponía en riesgo al asistir a una protesta. El instinto de supervivencia lo empujaba a coexistir, a mantenerse como un animal bajo el amparo de otro, uno de mayor tamaño y fiereza. En el fondo, este era el mismo impulso por el que Santiago amaba a Preeda. Su verdadero amor era una caja llena de pequeños corazones de poliestireno y solo oculto en ella podía moverse hacia cualquier lugar.

Con los oídos casi destrozados seguí buscándolo, grité su nombre sin poder oír mi propia voz. Lo busqué con desesperación, aunque sabía que era casi imposible que lo volviera a encontrar en medio de la turba. Los hechos más importantes de nuestras vidas son justamente aquellos que no se repiten. Pero me había enterado esa mañana lo de la muerte de Preeda y Santiago necesitaba saber que lo venían buscando, que lo querían apresar. Seguí dando vueltas por unos minutos hasta que empecé a sentirme agotado, a considerar los beneficios de tirar la toalla. Me detuve un momento. La muchedumbre golpeaba mi cuerpo en silencio. Tomará solo unas horas recuperarme, pensé, pero no ha existido aún empeño que el malestar físico no melle, ni ha persistido sobre la tierra una promesa. Hastiado de punzadas e impotencia, finalmente, escapé.

⁹ El joven Yip, nombre del muerto en cuestión, fue hallado en un desagadero del noroeste de Nossa Senhora de Fatima con 26 heridas de navaja, dos semanas después de su desaparición y cinco después de su muerte. La última vez que se

lanzado una piedra contra la parte noroccidental del muro¹⁰, **supongo que** con la intención de hacerse escuchar, pero también, y quizás sobre todo, con la

lo vio con vida, caminaba con un grupo de verdes rumbo al parque Mong Há, se presume que con la intención de consumir grapa. Al conocer la noticia, recordé aquella historia sobre la *Gran Hedionda*, nombre con el que Santiago bautizó al cadáver más desagradable que jamás vio.

Era la mañana de un día caluroso, Camila y yo habíamos sido invitados por Preeda a tomar desayuno en su apartamento. Estábamos en el comedor cuando Santiago se puso de pie y se apoyó en el respaldo de la silla que ocupaba Preeda para decirnos que la semana anterior los vecinos de un edificio aledaño al parque Paotishan habían contactado a la compañía en la que trabajaba. Sucedió que el sonido del teléfono despertó a Santiago. Un cuerpo yacía junto al suyo. Mi mujer, pensó reconfortado y contestó la llamada. A causa del extremo aislamiento con que se vive en Zhuhai, la Gran Hedionda había pasado desapercibida hasta que el olfato, finalmente, la denunció. El primero en notar el mal olor fue un niño llamado Fèn, que se quejó con su madre. Esta reunió a la vecindad entera que, después de un largo debate, concluyó que detrás de la puerta número 1803 se hallaba el cadáver de la vieja Mei Ling, una antigua arquitecta que, tras la muerte de su esposo, había decidido destinar la mayor parte de su dinero a llenar los bolsillos de todos los propietarios de los restaurantes de la zona. Diga, dijo Santiago. Entiendo... No se preocupe. Voy enseguida, y colgó. La policía había tenido que derribar la puerta. Estimaron que el cuerpo llevaba por lo menos tres semanas en estado de descomposición. Solo con ayuda de los bomberos se logró retirar el cuerpo del apartamento: 130 kilos de humanidad que alimentaban a todo tipo de organismos parasitarios. La misión era dejar el lugar impecable para que un nuevo propietario engordase la billetera de la única hija que la Gran Hedionda y su esposo habían tenido. Santiago necesitó de toda su experiencia para terminar el trabajo. Antes de que empezara con los detalles de la limpieza, Preeda lo interrumpió. Nada aborrecía más que los pormenores de la muerte. Peor aún, enumerados por la insufrible voz de su insufrible esposo.

—¡Por favor, ya cállate! —Le ordenó.

Todos obedecemos.

¹⁰ Santiago disfrutaba de los paseos por esa parte del muro no porque estuviese próxima a la Universidade de São José, sino porque allí había una larga alameda desde donde se podían observar los elevadores de Zhuhai ascender y descender ajenos a cualquier otra cosa que no fuese su propia constancia. No éramos los únicos visitantes, por supuesto. Entre la arboleda se albergaba una fauna peculiar: motociclistas, patinadores, ancianos libidinosos, comerciantes de drogas, alguna puta bella, putas feas y putas demasiado feas que se montaban en motos, detenían patines, comercializaban grapa y se dejaban toquetear por las mismas manos arrugadas que acariciaban las cabezas de los inocentes hijos de sus hijos. Putas por todas partes (*dō laañ fuú sei haá*). Cheché fue amigo de una de estas putas,

una que había sido la amante de un verde y lo había sido también de Cheché, el Bruto, un proxeneta de nombre Gilberto, Santiago, un negro llamado Alih y Feng, único local al que las pasivas del Before le tenían permitido vender grapa en los interiores del salón. Después de ser asesinada en un hotel de la frontera por un verde muerto de celos o de aburrimiento, Poupeé, que era el nombre de la puta en cuestión, permaneció en la memoria del corpulento Cheché y en ningún otro lugar.

—¿Conociste a Poupeé? —Me preguntó el mulato durante uno de los paseos que solíamos dar por la alameda—. Era de las bellas, Rey. Creo que no la conociste. Yo no conocía a Santiago en ese entonces, a pesar de que ambos frecuentábamos a Poupeé.

Se detuvo un momento como tomando valor para continuar.

—Tenía un hijo —agregó—, y ese hijo tenía un padre, naturalmente, y ese padre, como era de esperarse, tenía una asombrosa habilidad para hacerse humo. Era agradable el muchacho. Hermoso. Si no está muerto, debe andar deambulando por ahí. Debe ser el niño más hermoso de las cloacas.

Mi rostro reflejaba la confusión que me produjo esa repentina elocuencia.

—¡Ese maldito no la merecía! —Exclamó Cheché y agregó algo más para sí un poco antes de acelerar el paso.

Santiago disfrutaba de aquellos paseos, pero eran a Cheché a quien conmovían.

—Este lugar no siempre está así de colmado —me dijo el negro cierta vez mientras esperábamos a Santiago sentados en una de las banquetas verdes que se esparcían a lo largo de la alameda—. Con estas personas, quiero decir. Por las mañanas, la vista es tan agradable que uno se olvida de los elevadores.

Cheché se detuvo y señaló con uno de sus titánicos dedos los rascacielos de la parte de Zhuhai.

—Muchas veces paseé con Poupeé por aquí —agregó—. No era amor lo que sentía por ella, pero su compañía me reconfortaba.

Hizo una pausa para comprarle unos cigarrillos a una niña que pasaba.

Encendió uno y me ofreció el otro.

—Allí está —me dijo creyendo haber visto a Santiago.

—No es él, negro —le dije y solté una bocanada.

—Rey —continuó—, a mí se me ocurre soltar la lengua muy raras veces y, cuando lo hago, lo que digo no se parece a lo que he querido decir. Esto de ahora, por ejemplo. Lo de Poupeé... lo he venido ensayando por años y lo que te he dicho no tiene nada que ver con el discurso que estaba escrito en mi cabeza. Ni siquiera he podido leerlo, Rey. Solo deseaba tener algo que decir sobre ella. Me decía *cariño*, ¿me entiendes? Cuando supe lo de su muerte corrí hasta aquí para saber si era cierto. Todos la querían, Rey, pero nadie quiso acercarse a la morgue para reconocer el cuerpo. ¡Oh, pobre Poupeé! ¿Por qué no pude decirle que la amaba?

Sin darse cuenta, Cheché había empezado a gimotear.

convicción de que allí nadie la notaría por lo que con su gesto podría liberar un poco de su rabia sin poner en riesgo el sueño de ser lanzada alguna tarde fresca de verano¹¹; para entonces, digo, **Santiago**, mi buen amigo, aquel a quien había dedicado los últimos meses de mi gran vida, el mismo que me había recibido en más de una ocasión con un fulgor de penitente emanando de su cara, ese Santiago, vistiendo una camisa de leñador con cuadros verdes y azules y cargando dos o tres maletas que a simple vista parecían decirle adiós a Macao y hasta nunca, **ya había atravesado**, después de firmar y hacer sellar numerosos, y cuando digo *numerosos* quiero decir *vitales*, formularios de oferta laboral y residencia permanente, **las**, en ese momento finas, democráticas y modestamente concurridas, **Portas do Cerco**¹².

—Adelaide le ofreció un puesto de cajera en el Before, pero ella no quiso tomarlo —se quejó el mulato—. «¿Qué voy a hacer yo de cajera, negro? —Me dijo—. Apenas sé sumar». Yo sospechaba que el padre de su hijo era uno de esos proxenetas rubios que se aparecen en el Before cuando han tenido una buena semana y que Poupeé temía toparse con él. Le aseguré mil veces que nadie la tocaría, Rey, pero nada la convenció. También el Bruto y Feng trataron de convencerla de aceptar el trabajo. «¡Díganle a Cheché!», les decía. ¡Díganle a ese negro de mierda que no lo quiero volver a ver! Queríamos ayudarla, Rey. ¿Por qué no se fue al Before?

¹¹ Antes de ser rojo, el cielo fue completamente gris aquella tarde, por lo que en los reportes oficiales de los acontecimientos, en esa página y media que la policía fronteriza está obligada a redactar, se trató de una tarde sin nubes.

¹² Cuando comprendí los hechos, cuando era demasiado tarde para comprenderlos, no perdí la oportunidad de poner en práctica el viejo hábito de la ofensa. Ya en prisión, escribí una carta a Santiago:

¡Infamia! ¡Infamia! ¡Proeza, pero infamia! ¿Quién era aquel que me observó una noche sobre las tablas con cara de haber entendido un verso? Te recuerdo frente a mí, sobre el asfalto, a nada de reventar. No podías siquiera estirar las manos para pedir un poco de aire fresco, una bocanada de aire dócil con que aplacar tu asfixia. Sí, te recibí como a un muchacho quebradizo. Mirándote caído, atragantado con tu propia humillación yo te ofrecí mis brazos. Pero tú, servil a otro deseo, mordiste mis piernas. ¿Pronunciarás mi nombre en la tranquilidad mendiga que hoy te habita, que te habita y que te enclaustra? ¿Qué has sido tú sino el retumbo mortecino de otro nombre? De nada sirve fingir. De nada

sirve ya agarrarse a palos, volarse la cabeza. ¿Cuánto tiempo pasamos frente al muro buscando un desperfecto, una pequeña grieta? Y hasta ahora lo comprendo. Era yo esa fisura que buscabas, la falla en un sistema implacable. ¿Lo negarías? ¡Infame! Infame como una confesión sin pausas, como la pasiva que te nutre. ¿Ahora me ignorarás, no es cierto? No me importa, correré la cortina en este punto y al descorrerla seguirás allí, veré tu rostro de cerca, tu rostro hecho un muñón de angustias y gozaré. ¿Qué puedo decir de Preeda que no pudiera decir de ti? La pregunta no puede ser más que una broma. Siempre ella en el escándalo de ser ella y siempre intentando resaltar sobre el entorno, traicionándote con cada intento. Eres el eco de un eco, la ridícula línea que tallaría a diario en estos muros de poder hacerlo. Eres ella, completamente ella y aun así, debo admitirlo, me has derrotado. Contigo tuve la sensación de haber hallado un huerto; con ella, un jardín de piedras. Desde el momento en que corrí en tu búsqueda con la noticia de su asesinato estuve perdido. Me has derrotado con justicia, que es uno de los nombres de la astucia, y no negociaré, no seré endeble. Recuérdame así: ágil, jactancioso y con la recurrente precisión de un bicho. Te lo digo: toda mosca ostenta una hermosura, una brillantez fugaz. Por mi parte, renunciaré al mal trago de repetir su nombre y guardaré el recuerdo, Santiago, de tu chaqueta negra sobre una mesa del Before. He oído que me estás buscando, te dije. ¿Eres el de la otra noche?, me preguntaste sorprendido. ¡Mira nada más!, agregaste y me mostraste tu sonrisa.

El cadáver presenta lesiones *ante mortem*: Hematomas de color violáceo en el ojo izquierdo, parte derecha del labio superior, y mejillas derecha e izquierda. Herida rasante a la altura del ángulo externo del ojo derecho. Heridas punzo cortantes en la región supraescapular próxima a la columna dorsal y a la altura del borde del hombro derecho; en la región escapulovertebral derecha próxima a la axila; en la región escapular derecha a la altura de la mitad de la columna torácica; en la región infraaxilar izquierda, entre las costillas quinta y sexta costilla, y novena y décima; en la fosa yugular; en la región infraclavicular izquierda próxima a la línea medioesternal; en el apéndice xifoides; en la región mamaria derecha e izquierda, en ambos pezones; en la región lumbar izquierda a la altura de la cadera. Heridas contuso cortante en el antebrazo derecho y en la región supraclavicular izquierda.

Dra. Wú Xīnyí. Dictamen de necropsia de Preeda Saensuk. Informe pericial médico forense (pág. 3).

Julio, 10, 2066

La última vez que hablé con Preeda vestía de una forma que en otro tiempo hubiese resultado por lo menos peculiar. Zapatos negros de cuero liso, pantalón y saco, ambos de un color inclasificable del que diré, sin embargo, que era oscuro, atravesados por unas casi imperceptibles líneas grises. Camisa y corbata, ambas negras. Todo un paradigma fílmico. Yo traía un vestido azul metálico y muy ceñido que contrastaba con la decrepitud de esa persona a quien había visto en los espejos de mi camerino. Era difícil creer que esa persona fuera la misma que lo sostenía y daba movimiento. A esas alturas de lo que me resistía en seguir llamando *mi vida*, no era capaz ya de sentir apetito alguno. Nada lograba estimularme. Con el primer fracaso de Leslie tuve una segunda oportunidad, pero esta solo sirvió para resaltar mi precoz decadencia. Hubo incluso quien murmuró en voz tan alta que tuve que decirle que, por favor, se callara un poco y que se fuera a la mierda. No podía culparlo.

Santiago se había marchado sin voltear a otorgarme un último adiós justo antes de ser lanzado al otro lado de la *gwok gaai*. Cheché no hacía otra cosa que preocuparse por mí, por intentar que mi abandono sea menos solitario.

La noche en que vi por última vez a Preeda, en el Before no había ni la mitad de personas que acostumbraban asistir a mis presentaciones. Dos docenas de verdes y un centenar de locales y extranjeros eran todo lo que tenía a mi disposición. Confié en que, como había sucedido con mi fracaso, los rumores de mi regreso triunfal a los escenarios se dispersaran como el gas CS. Mi regreso había sido anunciado con la esperanza de que el Before recobrará algo de la grandeza que Leslie había terminado por debilitar, pero la noticia no había entusiasmado más que a un grupo reducido de seguidores. A diferencia de los días en que el Before estaba repleto, esa noche cada cosa parecía estar en el lugar adecuado y nada asustaba más a los propietarios que ese orden. Decidieron bajar el precio de las entradas, lo que terminó siendo contraproducente. El lugar rápidamente se llenó de aspirantes a decadentes. Todo aquel que en el pasado podía pagarse una entrada al Before ni se le hubiese ocurrido compararlo con el

Virgin, pero los tiempos habían cambiado de un día a otro y la diferencia entre ambos salones no resultaba ya significativa para nadie. Extrañamente, aquellos pocos seguidores que conservaba eran lo suficientemente fieles como para pasar por alto, con el distanciamiento adecuado, los pormenores del lugar. Otros, incluso, sentían cierta excitación, cierto vértigo, cierto aire de vanguardia. Pero incluso ellos no dejaban de ser ajenos al lugar. La verdadera concurrencia, aquellos verdes aventureros, había sido desplazada, lo que, como era de suponerse, poco les importaba.

Cuando las pasivas del lugar vieron que las entradas no se vendían, decidieron enviarme a la pequeña plataforma que en el pasado me servía como sala de ensayos. Si bien sus dimensiones entorpecieron mis movimientos, ayudaron también a encubrir mis constantes equivocaciones o, por lo menos, a que el ojo competente considerase el perdón. Además de eso, había decidido mostrarme sincero en el declive. El hecho era obvio: descendía vertiginosamente luego de que el huracán de la gloria me hubiese lanzado mil metros sobre las nubes. Descendía y me entregaba jubiloso, haciendo de mi revés un espectáculo. No era, ni por asomo ese amor por el decaimiento tan compun en nuestra época que casi resulta reglamentario. Todo lo contrario, era orgullo desmedido. Búsqueda inagotable de notoriedad. Si iba a fracasar, si ya lo estaba, mi fracaso sería un suceso admirable, el recuerdo que le daría dignidad a mi existencia. Al concluir con mi rutina, el Before empezó a despejarse y, en simultáneo, a colmarse nuevamente. La vieja concurrencia llegaba para ocupar el espacio que la nueva abandonaba y para mimar aquellos deslustrados objetos que estos no se atrevieron a tocar. Todo volvía a la normalidad. Podía liberarme de la opresión del camerino, del franco espejo del camerino, y salir a confundirme entre la muchedumbre, pero lo que al final hacía era clavarme sobre una banqueta a esperar, una y otra vez, la forzosa bondad del Bruto.

Después de apurar una botella de Sangres vi su inconfundible figura rengueante acercarse ofensiva, firme, pausadamente. Además de su vestimenta su rostro lucía radiante con una alegría pura y fresca difícil de confundir con

alguna impostura. Aparentemente, era feliz y lo era sin agregados. La iluminación del bar jugaba atravesando su cuerpo de arriba abajo y hacia los costados. Al llegar a donde yo estaba no dijo nada. Una de las luces temblaba en su entrecejo y así se estuvo parada frente a mí hasta que, con un gesto, le sugerí tomar asiento y, con otro, beber algo, yo invitaba.

—Pensé que odiabas este lugar —le dije.

—Lo odio.

El Bruto colocó una botellita a su lado.

—He venido a decirte que Santiago fue aprobado —continuó—. Nos marchamos en unos meses.

La noticia no me conmocionó. Preeda y Santiago habían pasado a ser figuras fantasmales, meras apariciones portadoras de un apetito menguante como la nostalgia. Aquella rápida adaptación al sombrío teatro de mis días futuros ofendió visiblemente a Preeda. Naturalmente, esperaba alguna otra reacción, alguna divertida negligencia de mi parte. Probó suerte con los pequeños detalles. Me estuvo hablando del transporte, de los rascacielos y de los elevadores, quiso ostentar una delicia en cada una de sus oraciones, que no fueron pocas, pero apenas las pude percibir a causa de la vitalidad creciente del lugar. Vencida por mi apatía, Preeda se puso de pie, dispuesta por entero a marcharse, empezó a caminar, pero de inmediato se detuvo.

—Nunca lo intentaste conmigo —me dijo.

—Creí que preferías la danza clásica.

Preeda estiró la mano invitándome a bailar. Por supuesto que accedí. Necesitaba exhibirme ante un público, desplegarme frente al acoso real o imaginario de mis admiradores. Debía presumir, pues, mi natural disposición para el baile, presente aún en el crepúsculo. ¡Qué mejor oportunidad que el cuerpo hostil y torpe de una lisiada! ¡Una lisiada infiel y alegre y tosca! Mis movimientos no fueron ni de lejos acertados, pero me consolé pensando que los desaciertos Preeda influenciaban mi balance.

—En otras circunstancias —me dijo.

—No lo creo —le dije.

—En otro lugar y en otro tiempo —agregó—. En otra historia, estoy segura de que me hubieras amado. Camila piensa lo mismo.

Las paredes estaban cálidas por el sudor acumulado de la noche. El suelo húmedo. Los habitantes temblaban como animales enloquecidos por la intermitencia. Aquella fue la única vez que percibí el asomo de un gran peso atado sobre la amplia espalda de Preeda. Era como si un largo hilo descendiera desde algún punto impreciso del cielorraso para abrazarla y ser parte de ella o hacerla suya. Esa fue la última vez que hablé con Preeda.

¿Lo estoy haciendo bien?

Camila Soares

Lo que no dije el día en que me detuvieron fue que había estado en la protesta. Nada fuera de lo común, si se lo considera superficialmente. Una mujer sonriendo en medio del alboroto. Una completa desconocida. Pequeña y sorda al parecer, contemplaba el cielo teñido de rojo. Empecé a asimilar la idea de que la policía encontraría primero a Santiago. Lo sabrá cuando regrese, pensé. Extrañará a su esposa y decidirá volver. Entonces, horrorizado, conocerá la noticia por boca de algún vecino y lamentará su ausencia, ausencia que a pesar de todo tendrá que justificar ante las autoridades. Sí. Todo estará en su lugar tarde o temprano. Arrestarán al fisioterapeuta y Santiago empezará una nueva vida en Zhuhai o más lejos quizás. Por mi parte, debía de volver, mantener mi nombre lo más alejado posible de la historia del asesinato de Preeda. Los conocidos siempre son presuntos implicados. Estaba por escapar cuando algo en la desconocida llamó mi atención. Su piel bronceada me recordaba a la de alguien más. ¿Podría haberse tratado de Camila? ¡Ni hablar! No le importaban las protestas. El ruido empezó a ser cada vez más molesto. Abandoné la idea de acercarme. ¿Qué más daba? Necesitaba salir de ese rincón infértil si quería seguir escuchando el ruido de la ciudad. Y así lo hice. Me largué de allí.

Más que en las imágenes, mi criterio frente a la obra de arte, o su intención, se apoyaba en el contraste entre los colores. Un poco de azul contra un dorado extenso y uniforme. Lo importante en mis recuerdos no había sido nunca la figuración exacta, sino la cantidad de sensaciones, sentimientos o revelaciones relacionados a ellos. Al pensar en Camila, por alguna razón el rostro de mi madre acudió a mí, colmaba mi nostalgia. La desconocida había activado todo tipo de recuerdos junto a los que se posicionaba. De pronto se retrataba junto a Camila, a Leslie, a Preeda, a mi madre. No lograba quitármela de la cabeza a pesar de que entonces, pasados apenas unos minutos desde que la vi, no hubiese podido describirla ni siquiera a grandes rasgos.

El Before estaba casi completamente vacío, pero su abandono no me sorprendió. Durante las últimas semanas habían dejado de programarse los

espectáculos que coincidían con alguna protesta. Las viejas pasivas no esperaban nada de esos días. Ni siquiera Leslie, que no desperdiciaba una ocasión para entregarse al aplauso fácil del admirador vulgar, deseaba presentar en esas noches su todavía novedoso número de baile y canto. Cheché, plantado en a la entrada del salón, se aferraba a su labor con el temor del niño que sujeta la falda de su madre. Al acercarme a él, noté algo extraño. El mulato sujetaba una botella de Sangres que se veía ridícula atrabapada en esa mano inverosímil.

Caminé hacia él.

Sentí que el rostro de Cheché había sufrido el mismo destino que el Before, era una porcelana que empezaba a agrietarse. Me acomodé a su derecha. Levanté la cara para saludarlo y, por primera vez, algo en sus ojos me asustó. Esos casi dos metros de masa sólida que siempre me pareció inspiradora, en ese momento me generaba una tremenda incomodidad. Era como si Cheché se hubiese quitado una máscara para observarme, pero más que todo, para mostrarme que él también podía ser otro.

La iluminación era potente, pero inútil. Nadie necesitaba demasiada luz para dirigirme dentro del Before, la consistencia de esa claridad me producía cierto nerviosismo, un temor que cuestionaba la certeza de estar en un lugar conocido, Cheché no me decía nada ¿Qué ocurre con este idiota?, pensé y me alejé rumbo a la barra. Volvió a mi mente el rostro de la mujer que contemplaba el cielo en la protesta. Caí en la cuenta de que podía tratarse de una persona con sordera. A falta de audición, la desconocida podía haber estado regodeándose en la mirada. Aquella mujer no había sido negligente, había estado burlándose del resto, de los que huíamos. Quizás Santiago había cruzado la *gwok gaai* para algo más que para ir a trabajar. Así de sencillo. Había abandonado su antigua vida sin decírselo a nadie, dejado su casa, los muebles de su casa y entre el revoltijo de sus pertenencias, el cuerpo desgarrado de Preeda.

Sentado en la barra pensé en Camila. Cuando le dije a Preeda que era una puta sabía que se lo estaba diciendo también a ella. Me di cuenta de que no la iba a volver a ver y la amé con esa pasión hostil de la necesidad. Era Camila mi cadáver. ¿Qué había sido de ella? Cuando me pesó el orgullo lo comprendí. ¿Pensé alguna vez en Camila realmente? ¿Pensé en Camila más allá de mi reflejo en su vida? ¿Pensé en Camila sin Preeda? ¿En Camila sin Santiago? ¿Podía haber dicho que mis días con ella fueron los más gloriosos que Macao me ofreció? Mientras más pensaba en Camila, más necesaria se me hacía, pero también más distante. ¿Cuántas veces había sentido en su contacto la marca de una adulación odiosa? Había sido yo el verdadero adulator. Con mi rabia había halagado a Preeda, a Santiago, a Leslie, a Mimí. Recordé a Camila contorneándote con torpeza en mi habitación, luego escuchándome criticar sus movimientos, cuestionando tus mínimos reveses. En algún momento, hasta sus caricias me parecieron odiosas. Traté de recuperar alguna escena feliz y solo pude verme sonriendo mientras ella se alejaba, rogando porque no regresara sobre sus pasos, porque no se volviera a despedirse de mí a lo lejos. Esa noche, apoyado en la barra del Before, Camila era la palabra más hermosa de mi vocabulario.

Datos del occiso: Preeda Erlinda Saensuk Navarro. 32 años. Casada con Santiago Ghillerme Vieira da Conceição. Filipina. Profesora de danza clásica originaria del berangaye 25 del distrito de Tondó de la Ciudad de Manila en la República de Filipinas y residente de la Freguesia de Santo António en la Región Administrativa Especial de Macao del Nuevo Ming. Hija de Francisco Edwin Dulay Navarro y Teresita Fe Aguilar Saensuk. Reconocida por Camila Francielle Soares Lima BIR No. 28493750.

Posición del cadáver: Tendido boca arriba.

Características físicas: Mujer de tez trigueña, cara ovalada, frente amplia, cejas pobladas, ojos café, nariz respingada, boca pequeña, labios delgados, pelo azabache lacio, complexión delgada, estatura 1.54 metros.

Vestimenta: Ninguna.

Evidencias encontradas: Ninguna.

Pertenencias encontradas: Ninguna.

Heridas que presenta: Por investigar.

Causas probables de la muerte: Asesinado con arma blanca.

Tatuajes que presenta: Una zapatilla de ballet en el antebrazo izquierdo.

Investigación preliminar: Al Departamento se apersonó la señorita Camila Soares manifestando no haber podido comunicarse con ningún miembro del matrimonio Saensuk-Vieira por más de una semana. Acompañada por la denunciante, la unidad encargada se dirigió al apartamento 705 del edificio Lau Weng ubicado en el 187 de Ribeira do Patane. La puerta principal estaba cerrada sin seguro. Ingresamos a la residencia cuatro agentes de policía. El cuerpo de la

fémica se hallaba tendido en medio de la sala, completamente desnudo y bien higienizado. A simple vista, a la víctima le faltaba un mechón de cabello. La vivienda estaba en perfecto orden, sin manchas de sangre.

Agente de primera clase de la CPSP, Chow Stanley. Informe Policial.

Número de expediente MP 287-8472-00001.

Julio, 9, 2066

La puerta trasera del Before se abrió con un leve chillido que se prolongó por unos segundos, luego hizo una breve pausa y continuó hasta evaporarse por completo. Comprendí que aquellos pasos que alteraban a Cheché portaban un mensaje para mí. Con un leve impulso, giré la cabeza sin despegarme del banco. El inmenso cuerpo de Cheché en algún momento se había acercado a mí y me impedía ver a los recién llegados. Sus ojos eran eran dos lagunas desbordadas. El negro estiró la mano, me ofreció una botella de cerveza y, en una caricia, devolvió mi cabeza a su postura anterior. Algo que se abultaba en mis pulmones me quitó el aliento.

—Bebe, Rey —me dijo—. Te están buscando.

VITA

Jefferson Daniel de los Ríos Trujillo nació en Lima, Perú. Obtuvo el grado de bachiller en Filosofía en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha publicado *Exhibición permanente* (Paracaídas, 2013). Además, poemas suyos forman parte de *Recitales Ese puerto existe. Muestra poética (2010-2011)* (Paracaídas, 2013). Ha sido finalista en el VIII y XX Concurso Nacional de Poesía ‘Premio José Watanabe Varas’ (llevados a cabo en los años 2013 y 2017 respectivamente) y en la XVII Bienal de Poesía Premio Copé 2015. Antes de llegar a El Paso para estudiar la maestría en Escritura Creativa en UTEP, trabajó como tutor y profesor asistente en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), ubicada en su ciudad natal.